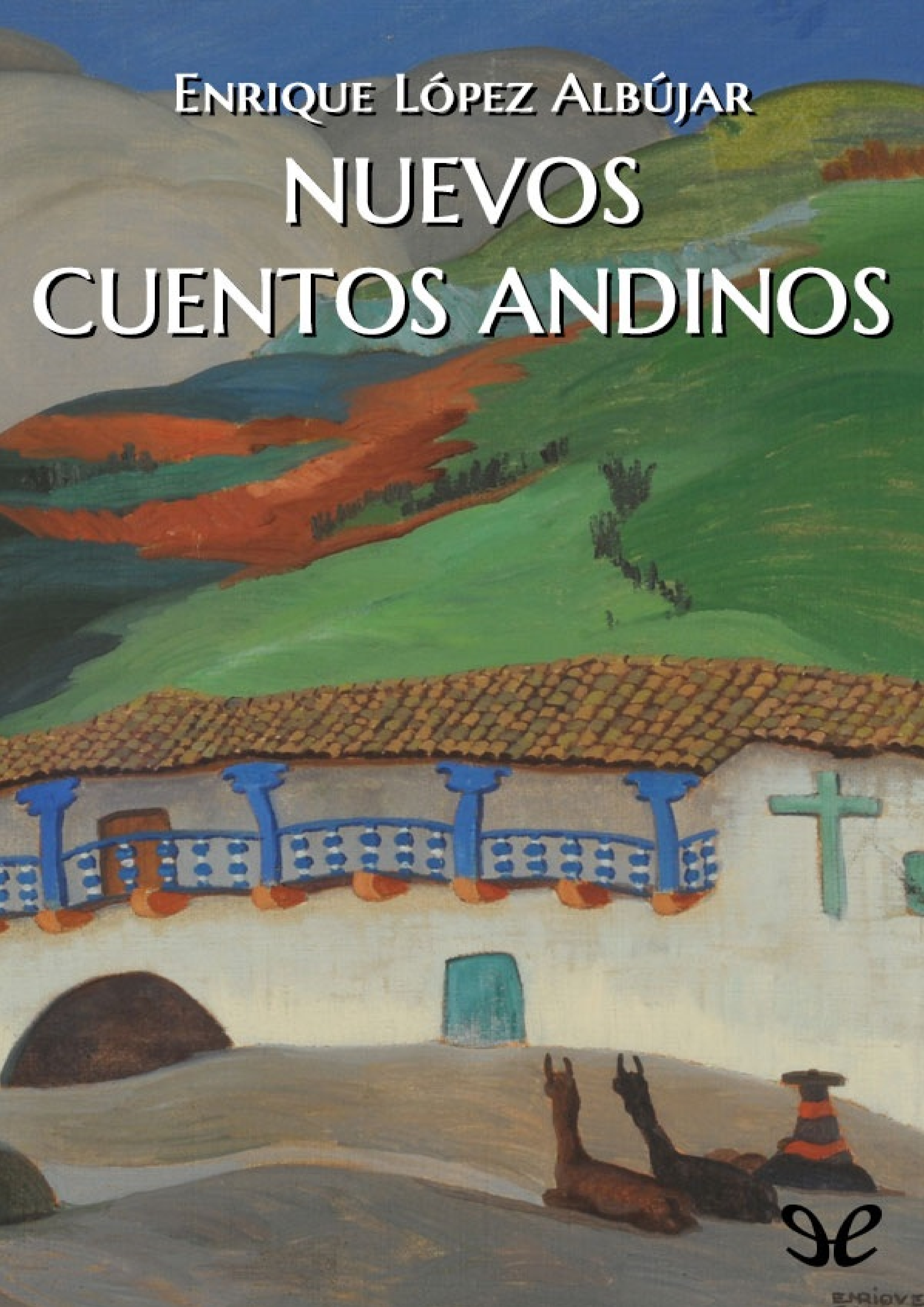


ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR
NUEVOS CUENTOS ANDINOS

La prosa de Enrique López Albújar es fuerte y concreta. Acaso haya influido en su concisión y, a veces, en sus descensos súbitos, un largo tránsito por la magistratura. Juez durante varios años en la sierra peruana, vio desfilar ante sí a muchedumbre de personajes humanos llenos de dolor, de miseria y de angustia.

Nuevos cuentos andinos continúa la primera serie (1920) que significó la consagración literaria de su autor. Relatos hondos, dramáticos, inspirados en tragedias cotidianas y en ocasiones desgarradoras. Un libro hermoso y descarnado, en el que se ve la garra de cuentista, en la plenitud de su humanidad.



Enrique López Albújar

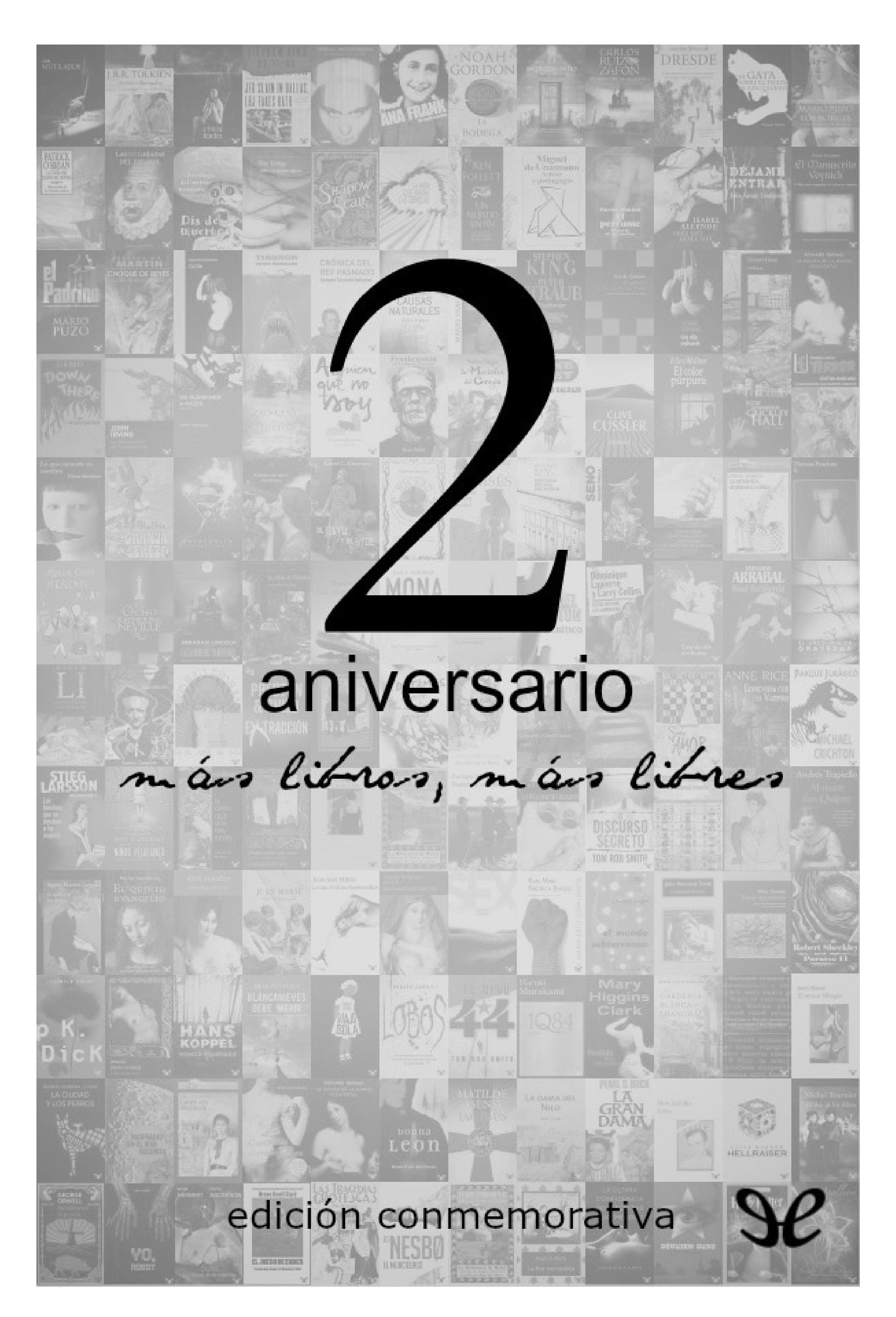
Nuevos cuentos andinos

ePub r1.0
jugaor 23.04.15

Título original: *Nuevos cuentos andinos*
Enrique López Albújar, 1937
Arte de cubierta: *Plaza Mayor de Paucartambo*, 1937. Enrique Camino Brent (pintor indigenista peruano, 1909-1960)

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2




2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

Prólogo

Ignoro si alguien ha dicho ya que el cuento es —en el Perú— la historia del paisaje. Creo, sin embargo, que la frase define con mayor precisión que cualquiera otra las pétreas, telúricas narraciones andinas de Enrique López Albújar. Porque de ninguna raza puede afirmarse con tanta propiedad, como de nuestra raza indígena, que se confunde hasta la entraña con su suelo, que es, ante todo, sustancia y latido planetarios, peñasco de carne, agónica tierra humanizada.

Los mitos prefiguran el cíclico destino de los pueblos. Y desde la Conquista, como en la antigua maldición de Wiracocha, el hijo de la piedra ha vuelto al seno de su madre, ha asumido el aspecto sordo y silencioso de la roca. Pero, debajo de la máscara impasible, el habitante de los Andes vive todavía, sufre, cavila, *chaccha* el odio o la amargura. Y, a veces, trágico terrible, el hombre milenario despierta en el fondo de la estatua adormilada, y sus actos, entonces, lo expresan mejor que sus palabras. Nadie, como López Albújar, ha sabido describir esos instantes decisivos durante los cuales, rasgando la niebla de cuatro siglos de abatimiento, el negro, sísmico relámpago de la pasión nos descubre, en el indio de nuestros días, el alma de los guerreros que, en la involuntaria epopeya de Sarmiento de Gamboa, dominan el abisal espacio americano y se yerguen soberbios sobre el cuerpo de sus enemigos.

Aparte de sus aciertos específicamente literarios, debe reconocérsele al autor de *Cuentos andinos* el mérito indiscutible de haber sido el primero en romper, después de muchos lustros de indigenismo plañidero, con la mansa, elegiaca tradición de Garcilaso, para demostrarnos que la humillación y la miseria no han apagado por completo el fuego vital de la raza que construyó Chavín y Machu-Picchu.

Moradores del infierno más próximo del cielo, los héroes de López Albújar se parecen en realidad a la naturaleza circundante. Una oscura, volcánica fuerza palpita bajo su inmóvil apariencia. Y el drama humano madura lentamente hasta que de pronto, sin signos precursores, estalla con la violencia, desnuda, elemental de una catástrofe geológica.

Sostiene Unamuno que de cualquiera de los cuentos andinos «se podría hacer, hinchéndolo, una excelente novela». No cabe duda de ello. Pero me atrevo a pensar que, en más de uno, existen los materiales necesarios para edificar una estupenda tragedia indígena. En el feroz «*Ushanan-jampi*», por ejemplo, y en el coral, alucinante «Brindis de los *yayas*», se siente pesar sobre los hombres el fardo ciego del Destino. Puede decirse que en estos relatos —como en el Teatro Antiguo— la fatalidad es el invisible protagonista. Porque la rebeldía de los personajes de López Albújar no es, en el fondo, sino una entrega total a las potencias telúricas, una aceptación estoica de los atávicos mandatos. Por eso la venganza adquiere en ellos la ritual grandeza de un sacrificio religioso.

En habernos hecho oír el intenso, ensangrentado grito del indio que busca a tientas la justicia, en habernos revelado su capacidad de acción cuando un primitivo

pero esencial sentido de la honra se lo exige, consiste, creo yo, el mayor aporte de Enrique López Albújar a nuestra literatura. Gracias a él sabemos ya que el hombre del Ande encontrará el camino de la libertad el día que un ideal colectivo le devuelva —plena y transfigurada— su esperanza.

JUAN RÍOS
Lima, marzo de 1957

El brindis de los *yayas*[*]

A Waldo Frank

I

Ponciano Culqui había logrado revolucionar a todo Chupán en menos de seis meses, que era el tiempo transcurrido desde su vuelta del servicio militar. Tenía inquietos a los mozos y alarmados a los viejos con las ideas traídas de allá abajo. Según él, no eran sólo los años los que daban autoridad y sabiduría; también las daba el cuartel. Y en poco tiempo. No había necesidad de envejecer y pasarse toda la vida amontonando experiencia como los *yayas*.

¡Los *yayas*! ¿Qué sabían, por ejemplo, los *yayas* de tomar la línea de mira frente a un blanco, de educar, de rasquetear y manejar un caballo, de ejercicios ecuestres, de obligaciones para con la patria y la bandera, de la importancia de saber leer y escribir y de la satisfacción de verse con un libro o un periódico en las manos? Nada de esto podían saber los infelices.

Así venían pasándose las centurias sin que nada hicieran ellos por salir de los viejos y trillados caminos. No, él no había regresado a su pueblo para esto. Un sargento como él no iba a resignarse a que la madurez le sorprendiera antes de haber alcanzado el honor de sentarse en el Consejo de los *yayas*. ¿Cuántos años de espera significaba esto? Lo menos veinticinco; más del doble de los años que él contaba.

¿Qué iba a hacerse durante ese tiempo? ¿Lampear[*] tierras de otros o las que quisiera darle temporalmente la comunidad? Si fuera en tierras definitivamente suyas… ¡Un primero de su talla, calificado de tirador de preferencia y jinete excelente, labrando chacras ajenas, como un jornalero, tarde y mañana, para luego no saber qué hacerse en las noches y días feriados! Si siquiera hubiera cine una vez a la semana… Pero ni esto. Indudablemente sus paisanos estaban muy ignorantes. ¿No sería cosa digna de un sargento sacarles de esta oscuridad?

Mas ¿de quién valerse para esta empresa? ¿Con quién consultarse para conocer los puntos vulnerables de aquellos a quienes seguramente había que combatir? Como buen soldado no ignoraba que para atacar una posición hay que enterarse primero de las fuerzas del enemigo, del sitio en que está acampado y de sus elementos de defensa. Y para esto nada mejor que la información y el reconocimiento.

Había, pues, que servirse de alguien, y nadie más a propósito para el caso que don Leoncio, el *misti*[*] de Pillco-Rondos[*], que hacía veinte años que vivía entre ellos y había conseguido, a fuerza de lealtad y desinterés, ganarse la confianza de los *yayas*, de que le tuvieran por suyo y hasta se dignasen pedirle consejo. Se resolvió, pues, a abordarle.

Llegada la noche, mientras el pueblo dormía, Ponciano, deslizándose por las callejuelas del pueblo, cautelosamente, para evitar un encuentro con algún *campo*[*] y que pudiera éste tomarle por hombre de malas costumbres, se encaminó a la casa del viejo *misti* y, una vez adentro, comenzó a franquearse.

—Venía a hablarle, don Leoncio.

—Tú dirás.

—Se me ha metido una cosa entre ceja y ceja a poco de volver del servicio.

—¿Qué es ello?

—Ser alcalde de Chupán no más…

Don Leoncio hizo algo parecido a un respingo y, escupiendo el bodoque de coca que estaba *chacchando*[*], clavó en el indio sus dos ojos saltones, inyectados de asombro y malicia.

—¿Alcalde tú?… ¿Estás en tu juicio? Un mozo que apenas sabe dónde tiene las narices.

—Junto a la boca, taita[*] Leoncio.

—No; yo creo que las tuyas las tienes junto a esas bandas revoltosas que llevas enroscadas a las pantorrillas día y noche, desde que llegaste. ¿Has pensado bien lo que has dicho? ¿Qué has hecho tú hasta hoy para pretender un cargo que sólo puede merecerse después que se haya cumplido con todo lo que las leyes de la comunidad mandan? ¿Ser soldado no más?

—Y sargento, taita Leoncio.

—¡Sargento! Eso y nada es lo mismo. Sargento, y sirviente o *pongo*[*] de los *mistis* es igual. En Chupán ser alcalde es ser jefe de jefes. Taita de taitas, esto es, señor de señores. ¿Has entendido, Ponciano?

—Cómo no… Ya lo sabía antes de ir al servicio. Pero ¿qué es todo esto cuando se llevan *suchuyes*, calzones parchados, camisas mugrientas, ojos que no saben leer, manos que no saben escribir y piojos en la cabeza?

—¡Cállate la boca! No ofendas así a tus antepasados. ¿No sabes tú que el bienestar y la felicidad puede pasárseles sin papel ni tinta?

—No, mi don Leoncio; la felicidad y el bienestar me parecen mejores con tinta y papel. El automóvil es mejor que el caballo; la luz eléctrica, mejor que el candil. Se lo dice Ponciano Culqui, acabado de llegar de Lima.

—Entonces, ¿a qué has venido acá? ¿Por qué no te has quedado allá abajo, sirviendo a los *mistis*?

—Porque yo soy un buen chupán y no he nacido para *pongo* de nadie, ¡carache! Yo soy un chupán de los nuevos, de esos que han aprendido en el cuartel y en los periódicos lo que es la patria, lo que debemos hacer todos por la patria. Por eso estoy aquí, mi don Leoncio. Por eso he venido a que me dé un consejo y, si puede, una ayudita.

—No puedo dártelos. Me expondría a que se me aplicara el *jitarishum*[*], cuando menos. No, yo no soy desleal ni traidor.

—¿Que no sabe usted, don Leoncio, que todos los mozos del pueblo se han comprometido este año a sacarme de alcalde pedáneo[*]? Me lo han jurado delante de nuestros *jircas*[*].

—Si tal cosa pasara, la división y las rencillas se desatarían en el pueblo, desaparecería la paz y la peste caería sobre nuestros campos, volviendo todo ruina. ¿Es esto lo que quieres? Y luego ¿con qué contarías tú para responder a todas las obligaciones del cargo desde el instante que salieras elegido? ¿Dónde está lo que tienes?

—Ése es mi secreto, taita. Ya sabría yo de dónde sacarlo. Ayúdeme no más, que yo sabré componérmelas.

—¡Nunca! ¡Nunca! Es como si quisieras dar un salto desde aquí al mar. Y con qué piernas, ¡pobrecito!… Tú no has ayudado todavía a todas las fiestas que se celebran en el pueblo; ni has desempeñado todas las tesorerías de esas fiestas; ni has intervenido en la distribución de la cera de los santos, ni sabes cómo se labra ésta. No has sido Atahualpa, Huáscar, Pizarro; ni *huanca*, negro, lado, traslado, guiador, trasguiador en materia de danzas. Tampoco apóstol, sirviendo fiestas de ceras, ni *decurión*[*]. Sobre todo, óyelo bien, no has viajado a Huari por ollas, a Huacho por sal, a Sayán por ají. Y esto es lo que menos te dispensarían. No entiendes todavía el quipu[*], no sabes *catipar*[*] ni distinguir los *jircas* buenos de los malos, ni a sus enemigos. ¿Qué sabes, vamos a ver, de las estaciones, del estado de la atmósfera para cuándo conviene sembrar? ¿Has aprendido allá en el cuartel algo de medicina, de historia natural, de veterinaria siquiera? ¿Sabes curar el tabardillo, el *costado blanco*[*], la angina y la *terciana muda*[*]? ¡Qué vas a saber, hombre! Yo creo que no sabes ni cómo se saca un pique y se cura en seguida el hueco para que no se pudra. Te habrán enseñado en el cuartel, a toques de corneta, cómo se sube y se baja del caballo, lo que no tiene gracia; pero no lo que desean y pueden los santos de nuestra Madre Iglesia. Seguramente el sable no te ha dejado tiempo para buscarte en la capital de nuestra provincia padrinos para cuando necesitemos apoyo; ni compadres en Pillco-Rondos para el hospicio, ni recomendaciones para el vicario y los comerciantes ricos, cuando se necesitan para algún asunto importante.

»Todavía te falta más. Tú te crees un gran tirador; pero aquí hay quienes pueden enseñarte, sin necesidad de tus reglas, a poner una bala en la boca de un cholo a dos cuadras de distancia. ¿Cuentas acaso con la amistad de los pueblos que tienen *illapacos*[*] famosos? Debes alcanzar primero, grado a grado, y por orden, las varas del cabildo, como las de regidor, alguacil, *campo*, fiscal, capilla y escribano. ¿Qué, te has creído tú que es cosa fácil ser alcalde de Chupán? Estás equivocado, Culqui. Más fácil es llegar allá abajo a presidente que acá arriba a alcalde. Allá hasta los sargentos Huapayas se atreven a ir a Palacio. Aquí hay que haber pasado antes por muchas pruebas. Aquí es muy difícil presidir los destinos de la comunidad, porque un alcalde es entre nosotros como un padre; pero un padre sabio y prudente, capaz de resolver por sí solo lo que los demás no pueden.

—Aprenderé, don Leoncio. Pero basta ya de viejos de *shucuy*[*], taita, con perdón suyo. Los viejos no quieren que nos pongamos zapatos ni corbata; prefieren que nos sonemos las narices con las manos, que los de fuera no vengan a vivir entre nosotros por no ser indios; curarse sin médico; no ensanchar los *chaquinani*[*] para que no pase el automóvil; seguir con el quipu en vez de la escritura del *misti* y con el *tocus* y el *jacha-caldo*[*], habiendo tantas cosas mejores y más alimenticias que comer. Si usted no nos ayuda, don Leoncio, al primero que vamos a botar del pueblo es a usted, por nocivo, por interesado en que este pueblo no progrese. Porque ¿cómo es que usted, siendo tan leído y escribiendo tan bien, no les haya enseñado nada a mis hermanos en tanto tiempo? ¿Será porque no le conviene? ¿Pero qué será, pues, taita Leoncio?

—No es por nada de eso, malpensado. Es porque a tu raza no le gusta el cambio. La matan primero. Prefieren el paso de la llama a las carreritas de la ardilla y a los saltos del mono.

—Pues yo voy a hacerles andar a paso de marcha. Un dos, un dos, un dos… Y al que no lleve el paso, palo con él. Va usted a verlo, don Leoncio.

—Pues si tanta fe y poder tienes, Culqui, pruébalo.

II

A pesar de la profunda división que se había originado en todo Chupán, con motivo de las pretensiones de Ponciano Culqui y de las ideas que éste había logrado difundir, las fiestas preliminares a las del primero de enero habían comenzado a celebrarse con la ritualidad y pompa de costumbre. En el día de la Navidad se había hecho el depósito de las varas para los *moshos*[*]; el 29, el desarme del nacimiento del Niño y su restitución a la casa cural, y en este mismo día todos los chupanes, amigos y enemigos, habían concurrido a la iglesia, encabezado cada bando por sus jefes. Ahí, después de encenderle cada «autoridad pasada» una vela al *Capac Eterno*[*], pidiéronle, entre oraciones y rogativas, que les mandara de las selvas, por medio de sus *jircas*, a los nuevos *cargos*[*].

Los días 30 y 31 tampoco habían sido infringidos; todos habían *entrado en alma*, esto es, sometido al precepto del ayuno, pero no a ese ayuno quieto, reconcentrado, claustral del *misti*. Esas 48 horas de hambre voluntaria, de paro estomacal, habían sido empleadas en asear e higienizar al pueblo, hasta dejarlo limpio y resplandeciente como un relicario, según rezaba la orden de los *campos*, y en los preparativos de la celebración del primer día del año que se iba a recibir.

Se había molido la jora para la chicha[*], recibido y depositado los aguardientes, raspado las nuevas varas de quishuar[*] y colectado flores en todos los campos vecinos para el adorno de los bailarines. Todo esto mientras las danzas, venidas de

fuera, invadían el pueblo. Entre esos danzantes, de extravagante indumentaria y acompasados y sinuosos movimientos, estaban los *negritos*, con sus carracas giratorias y sus látigos enroscados al cuello, como víboras domesticadas; los *huancas* de poncho, llevando el compás de sus cautelosas pisadas con nasales graznidos; los *chunchos*, emplumados y colorinescos, y todos moviéndose al son de las arpas de los *campos*, de los violines de los regidores, del *arihuay*[*] de las mujeres de los cesantes y de los *pincullos*[*] y tambores de los alguaciles. Y durante estas dos noches, un incesante vaivén de la iglesia al cabildo y del cabildo a las casas de las autoridades entrantes y salientes.

Sólo un pequeño grupo de hombres se había retraído a última hora de intervenir en estos preparativos. Habían ideado una especie de *boicott* contra el licenciado sargento. Si había de ser éste el nuevo alcalde, como los mozos del pueblo lo tenían resuelto, ¿para qué dar nada ni ayudar? ¿Para qué ir a pedirles a los *jircas* una buena autoridad si ya se sabía que la que les iba a llegar no habría de ser la que ellos querían? ¿Qué cosa buena podría hacer un mozo que todavía estaba apestando a cuartel? ¿Qué podía haber aprendido allí, como no fuera a sablear a la gente?

Pero la abstención no debía ser completa. Si estaba bien no impetrar nada al *Capac Eterno*, ni al Niño, porque esto habría sido un sacrilegio, en cambio, no estaba mal ir al cabildo a la hora en que ese *huele-misti*, revestido de la capa de bayeta negra, volteada, fuera a recibir la vara de los claveles para darse el gusto de reírse de él cuando se quedara sin decir los discursos, ni supiera qué contestar a las preguntas reglamentarias, ni cómo dirigirle la palabra al Niño-Dios. Porque ¿cómo los iba a saber si ni los *yayas* ni el escribano saliente, encargado de prepararle, le habrían enseñado nada?

Aquello iba a ser como una tempestad, como un terremoto, algo nunca visto por ojos chupanes y dignos del *jitarishum*. Y todos, llenos de maligno regocijo ante la idea del fracaso, irrumpieron en la casa municipal en el instante en que el audaz y ambicioso sargento, al pie del alcalde cesante y rodeado de todos los nuevos *cargos* y de algunas centenas de mozos, armados de sendos garrotes, le dirigía al pueblo, entre el asombro de los unos y la alegría de los otros, el siguiente discurso, transmitido por boca de diez generaciones:

«Pronto voy a recibir la vara que el Niño ha querido confiarme para dirigir su grey. Yo soy un mozo pobre, ciego, sin juicio, y sin *lapones*[*] que ladren en mi favor y me defiendan, sin personeros que puedan gritarme *¡guapi!*[*] cuando vengan los gavilanes a llevarme. No podré, quizá, hacer que les llene a ustedes la barriga con los locros y las chichas; me quitarán las naranjas en el *jitanacuy*[*]. Puede que el taita cura no quiera venir a las fiestas, pretextando que no se le han pagado las primicias, de lo que yo no voy a hacerme responsable, y entonces, por no haber misas, pretendan ustedes romperme mi cabeza. No sería justo. También han de querer hacerme responsable de las contribuciones, de las pérdidas de las cosechas, de la falta de harina para su pan, de los hielos, y mucho más ahora que los aguaceros se están

adelantando y que los veranos de San Reyes y de San Sebastián y de la Candelaria secarán los pastos y quemarán las papas, sembrando el hambre y atrasando el ganado. Tampoco sería esto justo. Los hombres no somos *jircas* ni podemos más que Dios».

«Espero que las riñas entre las familias de los Maille y los Ambicho no terminen en muertes, como otros años. Si ustedes me prometen formalizarse, aquí estoy, valiente pueblo chupán, a tu disposición».

Los confabulados *yayas* escucharon, sin pestañear, todo este discurso. Algo de lo suyo le había agregado el mozo, pero, en sustancia, era el de costumbre. El aire de reto y suficiencia con que Ponciano lo pronunciara les había dejado entullecidos.

Mientras el pueblo aclamaba al nuevo alcalde y le prometía, en medio de juramentos, obediencia y ayuda, ellos, llenos de estupor, no hacían más que mirarse recelosamente. ¿Quién de ellos o de los otros *yayas* había violado tanto el secreto de la tradición como la promesa, hecha la víspera, de no transmitírsela al innovador intruso?

Pero la llegada del Niño en procesión, encabezada por el cura y los danzantes y cuya anda fue colocada al pie del elegido, sacó de su actitud y de sus tumultuosos pensamientos a los *yayas*, haciéndoles arrodillarse y entonar, junto con todos, la clásica plegaria del *rigcharillag*[*]. Terminado el cántico, el juez de paz, con un crucifijo en la diestra y en la otra mano la vara, cuya entrega debía hacer, después de besar tres veces los claveles de plata de uno de sus extremos, dirigiéndose a Culqui, el cual permanecía aún arrodillado, le interrogó:

—¡Alcalde! ¿Juras igualdad en el reparto del locro, la chicha, el aguardiente y los panes?

—¡*Aumi*[*], taita!

—¿Juras aumentar el *ganado*[*] que nuestro patrón San Pedro y Santa Rosa te entregan por manos del taita Niño?

—¡*Aumi*, taita!

—¿Juras dejar de comer por ellos?

—¡*Aumi*, taita!

—¿Juras taparlos y guarecerlos contra el frío, de las deudas del *ragrapacho*[*], los abusos de las autoridades y conservar los secretos del pueblo?

—¡*Aumi*, taita!

—Si así cumples, el Niño te dará vida y te sentará a su lado; los *jircas* te harán producir buenas cosechas, si no, Tullo-Calpa, Tancuy y Sumarag[*] te roerán las carnes por las maldiciones de su comunidad, y por las lágrimas que le hagas derramar te coserán las tripas. No des, pues, lugar a quedarte riendo dentro de las aguas cristalinas de Puma-Saca[*].

—¡*Manachi*[*], taita!

—Bien, en nombre del Niño y de todos los patrones de nuestro pueblo, te entrego esta comunidad sana y a todos ricos de salud y alegría. Haz lo que quieras; dispón de

ella como te convenga.

—En la entrega que me haces dispondré lo conveniente.

Todo el diálogo fue escuchado con el mayor recogimiento. Los mismos *yayas* se sintieron compenetrados de la solemnidad del acto y casi desarmados en sus odios y rencores. Su asombro fue mayor cuando Culqui, alzando los ojos hacia la imagen que tenía delante y la cual parecía mirarle compasiva, le dirigió esta invocación, con voz clara y llena de sentimientos y calidez:

«Taita Niño, hijo del *Capac Eterno* y del taita San José: tú has caminado con los pies desnudos; conoces las espinas y el cascajo, el peso de los ataditos; has saboreado la pobreza y has conocido el hambre y la sed, subiendo detrás de tu burrito tierno por esas cuestas empinadas. Tu padre hacía puertas, cucharas, arados, como hacemos nosotros, y nuestra madre María Santísima cocinaba y llevaba las ollitas para el camino, con sus matecitos[*] y servilletas, como nuestras mujeres lo hacen para nosotros.

»Nuestra Madre fue la primera que descubrió la coca: mascándola encontró el consuelo. Sus cinco dientecitos están estampados en cada hoja recién cogida; ella nos enseñó a *chacchar*. Por medio de esto conocemos el bien y nos apartamos del mal. Nosotros somos fieles a tus doctrinas y a tus ejemplos, que no olvidamos. Los *mistis* son los que idearon la cruz para hacernos jurar. Ellos son los que te hicieron cargar con ella, los que te estiraron, te clavaron y te lancearon. Esos *shapras*[*] no han creído en taita Santiago, en taita San Pedro y taita San Francisco, ni en mama Santa Rosa, en mama Natividad, en *mama-ahuilla* Santa Ana. Esos *shapras* mataban gente, la quemaban, la hacían comer de los pumas y otorongos[*]. Nosotros somos buenos, sencillos y de corazón grande; por eso, el *misti*, cicatero, nos odia, nos quita nuestras chacras y nos vende. Hasta los curas, que también son *mistis*, nos hacen pagar contribución, nos quitan nuestras tierras y sólo nos las devuelven por plata. Con perjuicio y escándalo roban nuestras crías y lo que guardamos en nuestras chocitas.

»No permitas, Niño-Dios, la venida en este año del *misti* maldito, que lo parió el diablo, porque él trae enfermedades. Viene con su comercio, nos ruega para que le compremos y luego nos endeudamos y esa deuda no se acaba nunca. Este año te serviré yo. Tengo ya mis dos toros para matar el martes de Carnaval; tengo mis *guayuncas*[*] para la jora; mis papas en flor y mis carneritos de mano para degollar el Jueves Santo. Pero hazme amistar con Niceto Huaylas, que está resentido conmigo y mis compañeros *moshos* porque no ha salido de alcalde, y con los demás *yayas*, que han estado en contra nuestra y parece que nos han tomado odio; con Filucho Sudario, que no me habla porque le dije, con razón, *alcabite*[*] de su hija, y con Dorote Ambicho, que me ha amenazado con matarme porque lo tengo *actado*[*] por una vacona que no quiere pagarme. Y con esto te he dicho todo».

—¿Dónde están Dorote y Filucho, que no se presentan? —gritó el gobernador, que era el llamado a hacer la reconciliación, blandiendo un tremendo garrote.

—Aquí estoy, taita —respondió cada cual por su lado.

—¡Ah, cholo marrajo! ¡Toma!, para que otra vez no mires mal a Ponciano —rugió el gobernador, propinándole a Filucho unos cuantos trancazos y haciéndole depositar sobre una mesa la consabida multa, para indemnizar al agraviado.

Repetido el mismo procedimiento con Dorote y hecha, por ambos, de rodillas, promesa de no volver a ofender a Culqui, transgrediendo, una vez más, las leyes consuetudinarias del ayllo[*], exclamó, en medio de la admiración de todos:

—Filucho, Dorote, guárdense sus multas. Ponciano Culqui no recibe dinero por los agravios. Los castiga inmediatamente o los perdona. Y yo ya se los tengo perdonados hace tiempo. Venga un abrazo y ayúdenme, como los demás, a hacer el bien de nuestro querido Chupán.

III

Las fiestas del *jitanacuy* estaban a las puertas; apenas faltaba para su celebración una semana. Culqui, el odiado y a la vez querido Culqui, se preparaba a hacer algo nunca visto. Toda la mozada giraba en torno de él haciendo acopio de lúcumas, limas, granadillas, plátanos, naranjas y huayruros[*] para los *denarios*[*] y el juego. En cambio, nada de *chacta*[*], ni de chicha, ni de guarapo[*]. Bebidas inofensivas y refrescantes no más para que el alcohol no se subiera a las cabezas y después los cuchillos y los garrotes hicieran de las suyas.

El nuevo alcalde quería un Carnaval sin riñas, alegre, con juegos inocentes y premios adecuados para los vencedores del torneo; con bailes y máscaras como los que había visto allá abajo, en casa de su jefe y de donde nadie salía riñendo y menos a curarse unos y al cementerio otros. Eso era cosa de salvajes y propia para beneficiar al juez de paz, al escribano, a los papelucheros, al cura y hasta a los mismos *yayas*, quienes sabían sacar de esto buena renta.

Con él no iban a pasar tales cosas. Ya lo había hecho pregonar por bando, y estaba resuelto a aplicarles a los que desobedecieran multa, palo o el *jitarishum*, según la magnitud de la falta. Los *cargos* pasados y los pretendientes a los nuevos, que fueron vencidos en la última elección, eran los que más ofendidos se sentían con estas disposiciones, que calificaban de despóticas y fuera de toda ley y razón.

Resuelto a contrarrestar este viento de reforma, con que se amenazaba destruir las sagradas tradiciones del pueblo, Niceto Huaylas, el frustrado alcalde, había reunido la noche de aquel sábado a los principales *yayas* de la comunidad, para exponerles el caso y la conveniencia de deshacerse, de una vez, del odioso innovador.

Practicada la *catipa* y bebido cada cual el trago de *chacta* correspondiente, el taimado Niceto rompió con estas palabras, llenas de reconcentrado despecho:

—No estoy enojado por no haber salido de alcalde. La alcaldía no da más que pesares y responsabilidad. Se sube a la alcaldía con plata y se baja sin ella. Lo que me

duele es que ese mostrenco[*] de Culqui se la haya agarrado y nosotros lo hayamos permitido. ¿Es que no hay hombres en Chupán? ¿Es que le tienen miedo a ese piojoso, de lengua dulce y ojos *ganchudos*[*], porque ha traído un librito[*] en que lo llaman *illapaco-jumapa*[*]? ¿Que no hay entre nosotros quien haga lo mismo y mejor? ¿No está aquí Jacinto Orbezo, que mata *huampas*[*] al vuelo con su carabina? ¿Que no está aquí Sabiniano Illatopa, que tiene más letra para empapelar y adormecer que cualquier Culqui? ¿Qué se ha hecho Marcos Valencia, que sabe clavar a veinte pasos *orongoyes*[*] con su cuchillo?

—Aquí estamos todos —respondió sombríamente Illatopa, más herido que nadie por habérsele escapado en esta vez la escribanía—. ¿Pero tú crees, Huaylas, que deshaciéndose de Culqui se acabaría todo? ¿No saldría de su bando otro Culqui? ¿No crees tú que el viento que nos ha traído se le ha entrado a toda la gente moza en el corazón y que ni el rifle, ni el puñal, ni el palo se lo sacarán de allí?

—¿También se te ha metido ese viento, Illatopa? ¿No estarás entendiéndote con los otros a nuestras espaldas?

—Me estás ofendiendo, Niceto, y mira que si yo llego a ser alcalde alguna vez, no te perdonaré los palos ni la multa, como este tonto de Culqui lo hizo el otro día con Filucho y Dorote.

—Creía que estabas ya procediendo como escribano. ¡Perdona, Illatopa!

Marcos Valencia, temeroso de que el objeto de la reunión se frustrara con este cambio de intencionadas frases, intervino:

—Illatopa no podría traicionarnos aunque quisiera. Tiene deuda con Culqui y debe cobrársela, si es que ya sabe lo que muchos sabemos.

Illatopa se estremeció. ¿Una deuda de ese mostrenco? ¿Cuándo la había contraído?

—¿Estás hablando de verdad, Valencia? ¿Desde cuándo un Illatopa ha podido tener tratos y contratos con un Culqui?

—¿No sabes tú que ese sargentucho ha venido de allá abajo parchado y hambriento? Tú no, Sabiniano, pero sí tu hija. Pregúntale qué hace el nuevo alcalde en las noches por el corral de tu casa, después que los *lapones* duermen.

Sabiniano, lastimado en su amor propio de hombre que presumía de listo más que de honrado, y enardecido por la sorna con que todos se le habían quedado mirando, contestó:

—Te agradezco, Marcos, tu noticia y veo con gusto que seremos dos los que le cobraremos a Culqui lo que nos está debiendo.

—¿Quién es el otro?

—¿Quién ha de ser sino tú? —respondió el interrogado, sarcásticamente, devolviéndole la maligna indiscreción—. Cuando vayas a acostarte con tu mujer, pregúntale si antes no ha estado calentándote tu cama Ponciano.

—¡Mientes! La Nicolasa no ha dado jamás qué decir ni de joven. Tú la calumnias por malquistarme con Culqui.

—Pues pregúntale al nuevo *campo* Valerio, que hace no más tres noches, junto a la iglesia, me decía, guiñándome el ojo y riendo: «Ponciano tiene mucha suerte con las mujeres. Todas lo buscan y se lo quieren comer con los ojos, hasta la de Valencia, aunque está veterana». Y como yo le dijera: «Mientes, Valerio», él, muy molesto, me respondió: «¿Cuándo has visto tú mentir a un *campo* en servicio? Espera hasta la hora del gallo, si quieres, y lo verás salir del corral, aprovechando de que Valencia está en Pillco-Rondos». ¿No has estado en Pillco-Rondos, Marcos?

Un silencio hostil, preñado de infinitos odios, impidió por largo espacio que estallara la cólera que ahogaba a aquel conciliábulo tenebroso. Y durante él se preguntaban todos mentalmente: ¿Sería cierto lo que acababan de oír? ¿Así es que Culqui no se había contentado con quitarle la alcaldía a uno de ellos, y los *cargos* a los otros, sino que también les seducía a sus mujeres? No, hasta allí no era posible tolerarle.

Si la convocatoria de Huaylas había sido únicamente para acordar el medio de resistirse a las medidas innovadoras que Culqui pretendía introducir en el *jitanacuy* y ver la manera de expulsarle, haciéndole atravesar el Chillán, para siempre, ahora había que ir más lejos, aplicarle, sin misericordia, y por excepción, el *ushanan-jampi*[*].

Y bajo la inspiración de este pensamiento, que espigaba ya en todas las mentes, el *yaya* Niceto Huaylas, explotando la situación hábilmente, se irguió, onduloso como una víbora que se prepara a morder, y dijo:

—Todos tenemos resuelto ya en el corazón la muerte de Ponciano Culqui. ¿Es verdad?

—¡Verdad! —murmuraron todos.

—Pues entonces antes del *jitanacuy* habrá muerto él o todos estaremos con Supay[*]. Pido sólo una cosa: que juren todos por nuestros *jircas* obedecerme en lo que voy a disponer.

—¡Te juramos, hermano Niceto!

Después de este solemne juramento, nueve hombres, emponchados y calzados de *shucuy*, abandonaron cautelosamente la casa de Niceto Huaylas, con esa precaución y disimulo del indio de las cumbres, en tanto que aquél, poseído ya por el pensamiento homicida, que acababa de lanzar, miraba con sonrisa diabólica el atado de yerbas misteriosas y terribles que tenía en la mano.

IV

Huaylas y sus partidarios fueron los primeros en instalarse bajo la techumbre que, como un solio, amaneciera levantada ese día en el centro de la plaza de Chupán y con el frente a la iglesia. Sobre un tabladillo, diez asientos de macizo laupi[*], patinados por el roce del tiempo y las posaderas de los hombres, y en cada uno de ellos un *yaya*.

Delante de esta hilera de fetiches incaicos, como presidiéndoles, un desmesurado tinajón de chicha, traído de la casa de Huaylas, y una vara clavada, de cuyo extremo superior pendía un jarro de latón. Un símil de don Quijote y Panza. Muchas ramas de sauce en torno, traídas de lejanos lugares, ramilletes de molle, guirnaldas de flores y huayruros, colgajos de panochas, lúcumas, granadillas, naranjas y chirimoyas, adquiridas en Huánuco. Telas de algodón y lino, de abigarrados y encendidos colores, dispuestas a manera de cortinas, recamadas de pájaros de la selva, disecados, saturados de cedrón y resinas extrañas y la imagen de un santo inidentificable, abrumado de arte barroco, sobre una mesa menguada, testigo irrecusable del acto que se iba a celebrar.

En vano un psicólogo habría pretendido leer en el rostro de esos hombres, acostumbrados a impasibilizarse, no sólo por temperamento sino por hábito. Sobre todo, en los momentos solemnes.

Ante el dolor, ante la amenaza, ante el peligro, ante la muerte el rostro debe permanecer velado de mutismo e impasibilidad, sin soltar lo que la boca pugna por decir ni descubrir el pensamiento. Pero un indigenista habría sonreído ante esa actitud, porque a través de ella habría visto que los ojos de esos hombres dialogaban. Particularmente los del viejo Huaylas. Fluían de ellos consejos, advertencias, recomendaciones, que en caso de no oírse, de una indiscreción, de un descuido, de un gesto, el plan acordado por ellos esa noche podría malograrse. Y las consecuencias podrían ser fatales: la muerte nada menos.

Y los del *yaya* Illatopa parecían responder: «Ya sé que tú eres un viejo zorro, pues por eso te hemos hecho jefe y nos hemos sometido a tus órdenes. Estamos seguros de que cuando tú le preparas las yerbas a un indio, aunque ese indio sea más listo que Supay, no escapa. No hay nadie como tú en Chupán para dar una toma que no deje rastro sospechoso. Los que tú matas con tus yerbas aparecen como disentéricos o tercianientos unas veces, y otras parecen cogidos por el *costado blanco* o el tabardillo. Así lo aseguran esos curanderos bestias, llamados médicos por los *mistis*. Huaylas sabe mucho. Para eso te fuiste a la montaña a aprender la virtud de esas yerbas y prepararte para hacer un día un buen alcalde. No, el perro de Ponciano no se escapará esta vez. No verá ni presidirá mañana el *jitanacuy*. ¡Cómo iremos el año entrante todos a verle reír en Puma-Saca!».

Los de Marcos Valencia decían algo peor y más conciso: «Si Supay mete su cola y no nos deja envenenar a ese bandido de Culqui, esta noche, cuando vaya a rondar mi casa, le meteré una bala en la barriga».

Y habrían seguido monologando alrededor de su odio si el estallido de los petardos y el estridor de los *pincullos* y tambores, anunciadores de la llegada del señor alcalde, no les hubiera sacado de sus tenebrosos pensamientos.

El pequeño grupo de partidarios que se había apostado a las espaldas de los *yayas*, como cubriéndoselas, se arremolinó ante el estrepitoso anuncio, mientras éstos, aliviados del peso de la espera, resollaban profundamente y saeteaban con miradas

oblicuas al hombre que en ese instante se paraba ante el tabladillo y les hacía, cuadrándose marcialmente, un saludo militar.

—Niceto Huaylas, aquí está Ponciano Culqui, que viene a darte un abrazo de reconciliación, acompañado de todos sus muchachos, para que vean que desde hoy entramos a ser amigos.

—Sube, que Niceto Huaylas te estaba esperando para brindarte un jarro de su chicha y aceptar un jarro de la tuya.

El alcalde ascendió en medio de los vítores de su cortejo, y del redoble de los tambores, yendo a colocarse al pie de la enorme y panzuda vasija de chicha que dos *decuriones* de su bando acababan de subir.

Apagado el ruido, Huaylas, dejando su sitial, avanzó con natural majestad, hasta casi tocar a Culqui, y, abriéndose de brazos, exclamó:

—Aquí tienes, Ponciano, mi pecho para que recuestes tu cabeza en él y escuches cómo redobla por la alegría que siento al abrazarte.

Los dos pares de brazos se enroscaron como cuatro serpientes que se midieran y alistaran a devorarse. A través del ropaje de ambos se adivinaba la fresca y acerada musculatura del uno y la sarmentosa del otro. Era un bello grupo escultórico, en el que la juventud y la madurez parecían haberse juntado para simbolizar un pasado que se iba y un porvenir que llegaba.

Pero al desasirse estos dos hombres, se diría, por las miradas del uno y las sonrisas del otro, que jamás la separación había sido más profunda entre ellos que en el instante en que se estrechaban. Se habían penetrado y descubierto en ese abrazo. Los pechos habían entrado en contacto, pero no los corazones. Un hálito de desconfianza fluía de ambos.

—Ahora vamos a remojar la reconciliación, Culqui, para que no se seque —prorrumpió Huaylas—. Aunque tú eres fresco y donoso como la flor del maíz, un rieguito, por mezquino que sea, como este que te ofrezco, te fortalecerá. Voy a servirte.

Y el *yaya*, cogiendo el jarro que pendía de la vara de quishuar, lo sumergió en la tinaja de chicha, que había hecho conducir de su casa.

—Está bien lo que dices, Niceto —contestó Culqui, sin aceptar el jarro que se le alcanzaba—. Pero debemos quitarle primero, cada uno a su chicha, la mala capa que se forma encima cuando ha dormido mucho. La mía ha estado durmiendo tres días.

Niceto y el resto de los nueve *yayas* tuvieron un golpe de sístole. ¿Habría descubierto Ponciano el plan, tan meticulosamente preparado? Todos se miraron oblicuamente, mientras Huaylas, deshaciéndose en una sonrisa aguda y forzada, tratando de convencer a su adversario, repuso:

—Siempre ha sido costumbre en toda reconciliación que los que se amistan beban el primer trago de chicha cambiado. ¿Quieres tú, Ponciano, romper también esta costumbre, precisamente cuando debemos mostrarle a Chupán que la respetamos?

La insidiosa flecha estaba bien dirigida, pero Culqui no se perturbó. En materia de

arte política y de astucia rayaba él a mayor altura que cualquiera de los *yayas*.

—Nuestra costumbre no manda eso que dices, Niceto, porque es la primera vez que un alcalde y un *yaya* han estado enemistados y se reconcilian. El caso es nuevo; no está previsto por nuestras leyes y este amistamiento, a la vista de todas mis queridas ovejas, ha sido ideado por ti. Yo quise que fuera entre los dos no más, en casa del buen *misti* don Leoncio, con una simple botellita de *chacta* y un puñadito de coca; pero tú has querido hacer aparato para que suene. No hay, pues, costumbre que nos obligue. Acompáñame a hacer lo que yo hago en este momento, para que todos los que vienen detrás beban con confianza. Después beberemos como tú quieras.

Niceto, derrotado por este razonamiento, cedió y, levantando el jarro, que mantenía en la diestra, dijo:

—¡A tu salud, pues, mozo Ponciano!

—¡A tu salud, viejo Niceto!

Y ambos levantaron el jarro, pero mientras el joven alcalde bebía hasta la última gota y mostraba después el pocillo invertido, para que el público viera que nada sobraba en él, el viejo Niceto, tomando una simple buchada que se cuidó de pasar y volviéndose a uno de sus compañeros, al primero de la izquierda, que era el que le seguía en jerarquía, intentó pasarle el recipiente.

—¡No! —gritó Culqui imperativamente—. Eso no está bien, Niceto; no has concluido tu jarro. Tienes que beber como he bebido yo. Si no lo haces me sentiré agraviado y entonces mi cuchillo te pedirá estrecha cuenta.

El *yaya*, desistiéndose de su actitud, pues ésta habría infundido sospechas, sin ningún gesto de contrariedad o de rabia, para no descomponer la majestad del poder que en ese instante representaba y que le habría desconceptuado ante todos, apuró, disimuladamente, la buchada y replicó:

—No quedará por eso, Culqui. Yo y todos mis compañeros sabemos beber como tú. Quería no más evitarte que bebieras tantos jarros con nosotros y no pudieras beber después la *chacta* para que la chicha no se te asiente. ¡Salud!, y prepárate a beber la mía sin recelo.

—¡Que te haga buen provecho, viejo!

Y el *yaya* apuró socráticamente el jarro hasta las heces colgándolo en seguida de la vara, no sin haberlo antes volteado, y luego fue a sentarse, ceñudo, en su sitial, reemplazándolo en el brindis Ventura Maille. Y a éste le siguieron los demás, al principio indecisos, pero al fin animados por la actitud estoica e impenetrable del viejo Huaylas.

Estaba Culqui para beber el décimo jarro, esto es, listo para corresponder el brindis de Illatopa, el escribano frustrado, cuando la voz angustiosa de una mujer que llegaba corriendo y pugnaba por abrirse paso entre el arremolinado gentío, le detuvo.

—¡Ponciano! ¡Ponciano, no bebas de la chicha del *yaya* Huaylas! ¡Está emponzoñada! ¡Te lo juro!

Culqui se volvió como electrizado por el eco de esa voz que tanto conocía. Era la

hija de Illatopa quien así le gritaba, la misma que desde el primer día que él tornó a su pueblo le había hablado al corazón; la que le había decidido a saltar por encima de las leyes y costumbres de la comunidad chupanense; la que le hacía rondar en las noches su casa y tocarle la concertina, con peligro de que el padre le metiera una bala en el cuerpo o le echara encima los *lapones*… la que, en fin, le había hecho aceptar la reconciliación en pago del servicio que le prestase, enseñándole, a fuerza de repetírselo en sus honestas entrevistas, todos los discursos e invocaciones que pronunció el día que empuñó la vara de alcalde, sonsacados a Illatopa.

El mozo, visiblemente conmovido por el sincero dolor de esta mujer, de la que tan prendado estaba, exclamó:

—Ya había sospechado, linda Marcela, que la chicha de este viejo zorro, que está ahí aparentando firmeza para que no se descubra que el veneno le está arañando las entrañas, no era limpia. Por eso no quise beberla y he obligado a todos esos perros a que la tomaran primero que yo. No tengas, pues, cuidado por mí, ¡ángel de mi guarda!

La muchedumbre, indignada por la perfidia de los *yayas* y emocionada por la actitud de la moza que había tenido la entereza de desafiar la cólera de todos ellos, hasta la de su terrible padre, gritó enfurecida:

—¡Asesinos! ¡Traidores! ¡Hijos de Supay! ¡Échalos abajo, Ponciano, para *retacearlos*! *¡Ushanan-jampi! ¡Ushanan-jampi!*

—¡No! —ululó Culqui, desparramando sobre la multitud una dominadora mirada—. ¡Para qué *ushanan-jampi* si ya ellos se lo están aplicando, si de aquí no ha de salir ninguno hasta que se beban la última gota de chicha maldita!

—¡Perdón para mi padre, Ponciano! Si lo obligas a beber, la Marcela no podrá jamás ser tuya.

—¡Tienes razón, *huampa* de mi alma! Sabiniano Illatopa, a nombre mío y de Chupán entero, ¡te perdono! Deja el jarro y anda a sentarte mientras los otros vuelven a beber.

—¡Nunca! —gritó despectivamente el *yaya* Sabiniano—. Trágate tu perdón, indio mostrenco. Y tú, hija descastada, que nos has traicionado, ¡maldita seas y que Supay te muerda las entrañas toda la vida!

Y el indio, olímpicamente, apuró, a grandes tragos, la bebida fatal, mientras los demás *yayas*, pálidos, sudorosos, trémulos, vacilantes, con las pupilas casi apagadas por el soplo de la muerte, aprobaban, con marcados movimientos de cabeza, este apóstrofe del feroz Huaylas:

—Ponciano Culqui, alcalde hechizo y mostrenco, aprende a morir como nosotros para cuando te llegue la hora, que deseamos sea pronto…

Huayna-pishtanag

A don Miguel de Unamuno

I

Un jinete de poncho listado y hongo negro, hundido hasta las cejas, desembocó, a toda rienda, en el patio del caserón de Coribamba, describiendo una elegante y cerrada curva. Sofrenó a dos manos al poderoso bruto y se desmontó de un salto, mientras una multicolor bandada de palomas caseras, espantada por la brusca aparición, estallaba en vuelos estrepitosos, tejiendo fugaces y concéntricos giros por encima del sucio bermellón de los tejados.

Aquel jinete era don Miguel Berrospi, dueño y señor de esa especie de feudo enclavado en el estrecho valle del Huallaga, a unos cuatro kilómetros de Huánuco, entre la margen izquierda del turbulento río y las estribaciones de los Andes, y tajado por la franja arcillosa que sirve de carretera entre la muy hidalga e industriosa ciudad de los coloniales tiempos y esta otra de hoy, la frígida y metalúrgica capital de Junín.

Don Miguel aparecía trémulo, demudado, poseído por el vértigo de una cólera tremenda. Sus ojos, un tanto oblicuos y crueles, entronerados bajo el ajimez de unas cejas bravías y enmarañadas, se habían quedado inmóviles, con una fijeza estrábica, como si en esa divergencia visual hubiese encontrado una válvula de escape la pasión que en ese instante le hervía en las entrañas.

Tiró la falda delantera del poncho hacia atrás, dio dos palmadas violentas, imperativas, y gritó:

—¿Que no hay nadie aquí? ¡Venga un diablo cualquiera, inmediatamente! ¿Desde cuándo no sale nadie a recibirme?

Una docena de perros enormes, membrudos, de pelaje y tipo indescriptibles, producto de un descuidado cruzamiento de sabuesos, galgos y mastines y quién sabe de qué otras razas, se precipitó por uno de los ángulos del patio, en atropellada carga, ladrando y tarasqueando con furia, conteniéndose sólo a la vista del amo, ante el cual se dispersaron mansamente.

A pocos pasos de la apaciguada jauría, firme, mudo, militarmente cuadrado, no por obra de una disciplina de cuartel, sino por razón de la atávica ley de una servidumbre milenaria, se erguía un hombre, descubierto, en solemne actitud de espera.

El amo, luego de repartir unas cuantas manotadas y puntapiés entre las más cariñosas y confiadas bestezuelas, echose atrás el hongo y clavó en el pobre siervo una mirada escrutadora y sombría, terminando, después de una lenta y molestosa pausa, por interrogarle:

—¿Qué es de Aureliano? ¿Dónde anda metido ese indio mostrenco?

—Con su yunta, taita.

—¿Con su yunta…? ¡Mientes! Acabo de verle, al pasar por el camino, sentado detrás de una carreta de caña con una de las mozas, con la Avelina. ¿Por qué está ahí la Avelina? ¿No sabes tú que las mujeres no deben entreverarse con los hombres en el trabajo? ¿No sabes tú que no me gustan cabreos en los cañaverales? ¡Contesta!

—¿Por qué estará, pues, ahí la Avelina, taita? La Avelina no es acarreadora de caña, taita.

—¡No me repitas las preguntas! Tú debes saber por qué está ahí esa moza. Para eso te he hecho mayordomo de la hacienda. Para eso te he encargado que me vigiles todo, ¿has oído?, todo, especialmente a ese condenado de Aureliano, a quien voy notando, de poco tiempo a esta parte, un poco maula para el trabajo. Y por eso también te prometí aumentarte el sueldo. ¿No es verdad?

—¡Verdad, taita! Pero Encarna sólo tiene dos ojos y dos pies. Cuando voy a los potreros a hacer curar los ganados, todos los peones que quedan en la caña se ponen a cabrear con las mozas. Cuando vuelvo a la caña, los ganaderos se pegan a las tetas de las vacas a tomarse la leche, o se meten *porai* a despiojarse, o a *chacchar*, o a latir como toros para ver quién lo hace más propiamente. Si voy *atrasito* de los que acarrean la caña, para que así arreen más pronto, los trapicheros descuidan la molienda y se sientan a hacer *chacchita*. Así son todos, taita. Cada uno me está aguaitando para robar tiempo. ¡Qué quieres que haga, papacito! Encarna no puede repartirse…

La franqueza y sencillez del mayordomo aplacó un tanto la cólera de don Miguel y una ráfaga de serenidad le oreó la frente, desarrugándosela.

De buena gana habría limitado su interrogatorio a lo preguntado, porque, en realidad, lo que le había enardecido hasta ponerle fuera de sí y hacerle entrar al patio de la hacienda de modo tan atropellado y alarmante, no valía la pena de que un hombre como él, amo y señor de todo lo que vivía y se agitaba dentro de su fundo, descendiera hasta olvidarse de los respetos que a sí mismo se debía y cayera en la vulgaridad de un arrebato.

Después de todo, lo que acababa de ver lo había visto infinidad de veces en todas las encrucijadas y senderos, detrás de los tapiales y de las carretas protectoras, a los bordes de las zanjas y los surcos, encima de las parvas de trigo y de los tercios de caña de azúcar, en los vericuetos del trapiche y en las penumbras de los patios y los rincones perdidos de la casa.

El idilio de la pareja amorosa era ahí, como en todos los campos donde el cultivo de la tierra obliga a la promiscuidad de los sexos, un espectáculo inevitable… Y no había por qué indignarse de ello. El amor, como una ley, pesaba por igual sobre todos. Un soplo de fecundidad flotaba en el ambiente y se filtraba en las entrañas de los seres con ardores incontenibles. Y es que en el campo todo es conjunción fácil, espasmo, fruto, vida. El día nace y muere cantando, sin que a la naturaleza le

importen los rigores del tiempo, sin que las tristes horas invernales ni las laxantes tufaradas del estío la perturben en su obra de infinita renovación.

El mismo don Miguel, a pesar de su aire de huraña continencia y del respeto que pudiera merecerle su condición de amo y marido, no podía sustraerse a aquella ley. Cuántas veces él, aprovechándose de las largas y periódicas ausencias de su mujer y de sus hijos a Huánuco o a Lima, excitado por la misma libertad en que quedaba, no arrastró por su alcoba señorial la púrpura de sus arrogancias y de su conyugal dignidad. Y en medio de esta orfandad pasajera, cualquier momento fue una ocasión y toda ocasión, un deseo. Bastábale extender la mano para coger lo que apetecía. Apenas si alguna esquivez o resistencia, más instintiva que voluntaria, lograba enardecerle o interesarle.

Era entonces cuando, al amparo de la noche, a las llamadas de su voz, imperativa y rijosa, asomaba por la entornada puerta del dormitorio una cabeza femenina, un tanto medrosa o vacilante, a cuya vista don Miguel, como la Caperucita del cuento, lleno de fingida compunción, simulando un repentino malestar, una vez confiada la presa y a su alcance, echábase sobre ella y empezaba a devorarla irremisiblemente.

Pero una de esas noches aretinescas el clásico golpe le falló. Al pretender empuñar por la cintura a la moza que acudiera a su llamada, un puñetazo brutal entre los dos ojos le hizo tambalearse y soltarla, mientras la esquiva agresora, reculando hasta la puerta y prendida la faz en ruborosa indignación, escapaba murmurando: «¡Para eso me habías llamado, taita! ¡No está bueno! La Avelina no es polla de tu corral».

El reproche le cayó sobre el rostro como un chicotazo.

Todo su orgullo de amo omnipotente y macho vencedor, alimentado desde mozo por sus fáciles encuentros y el suave discurrir de una vida satisfecha y poco complicada, se le desbordó vibrante, turbulento, inmisericorde, y, rebulléndole en las entrañas, se le escapó por los ojos en una explosión de cólera y despecho.

Aquello le pareció una enormidad, una protesta inaudita contra el menos regateado y más inofensivo de sus derechos de amo y señor. Jamás le pasara cosa igual en los veinte años que venía disfrutando de ellos. Todas, todas, más o menos, tuvieron siempre la misma manera de resistirse y de caer. Primero un azoramiento de oveja, que de repente viera las fosfóricas y fascinantes pupilas del tigrillo; luego el zarpazo desgarrador, bien calculado; en seguida la tarascada lujuriosa, especie de succión de pulpo rabioso, que hacía vibrar y desfallecer a las pobres mozas ingenuas en involuntarios estremecimientos y cubrirse los ojos con las manos, crispadas todavía, en actitud de vírgenes mancilladas y transidas. Y luego el triste despertar a una realidad vacua, insípida, cuando no llena de indiferencia y olvido.

Entonces todo terminaba para ellas. Ya no más preferencias en los socorros y adelantos, ni regalos de baratijas para las fiestas, ni tolerancias en el servicio, ni miradas codiciosas en los encuentros solitarios, ni palmaditas y cachetes, hipócritamente obispales, a la hora del saludo matinal. Todo esto quedaba de repente

sustituido por la crispatura de una leve y cínica sonrisa, en la que tanto podía haber de satisfacción como de desencanto.

Las pobres víctimas, ante este cambio brutal, jamás supieron tener recriminaciones ni lágrimas. ¡Llorar! ¿Para qué llorar? ¿Acaso lloraban ellas cuando la peste asolaba sus ganados, o las plagas arrasaban sus sembríos, o el rayo y el huaico destruían sus chozas? ¿Y acaso estas violencias eróticas podían ser peor que todo aquello? Un amo así, que podía pasar sobre ellas, roturando la pureza y frescura de sus vírgenes carnes y ante el cual toda resistencia habría de resultar, a la larga, tanto o más calamitosa que los elementos de la naturaleza contra los que siquiera hay la esperanza de evitarlos, por lo mismo que embisten ciegamente, había que soportarlo con resignación, en silencio, tal como les decía, al predicarles, el taita cura en la capilla de la hacienda, que habían de recibir los males inevitables.

Había, además, contra aquellas fuerzas ciegas y terribles el recurso de la piedad, de la ofrenda, del ruego. Para eso estaba el *jirca* siempre vigilante y pronto a oír y atender las humildes peticiones de sus devotos ante el cual los hechizos y los males caían pulverizados como las arenas de los ríos; las misas y procesiones de desagravio; los exorcismos del taita cura; los lamentos atronadores de la plegaria colectiva. Un bizcocho, un cirio, un puñado de coca, un asperges de *chacta* bastaban para apaciguar la cólera de los poderes infernales.

Pero nada, nada había que pudiera contra los caprichos eróticos y las cóleras del amo. Para ellas éste representaba, desde otro punto de vista, la más poderosa e irresistible de las fuerzas: la de la costumbre, a la cual ni los curas, ni los *jircas*, ni los mismos santos podían sustraerse.

Y costumbre era la de ceder y entregarse, después de una leve resistencia, la suficiente para dejar a salvo el instintivo pudor femenil, a los caprichos sexuales del patrón. Así habían venido haciéndolo sus madres y las madres de sus madres. Una cadena interminable de caídas, perpetradas con asalto y violencia, cuyo número no podía precisarse, y a través de la cual los efectos de una bastardía fecunda llegaban hasta ellas, bajo la forma de una pasividad silenciosa y sumisa.

Pero en medio de la estoica resignación con que las mozas parecían recibir los desvíos de don Miguel, yendo hasta fingirle un olvido absoluto del acto violatorio, y a mirar extrañadas e impasibles los guiños intencionados con que él, a veces, intentaba despertarles un recuerdo o insinuarles una cita, lo que en realidad había era una rabia sorda, un desdén contenido, capaces de estallar alguna vez en llamaradas funestas.

Una rabia y un desdén que no eran fruto del despecho o del amor, de nada parecido a este sentimiento. El despecho, la desilusión, la deslealtad, el abandono, el olvido, todo este cortejo doloroso de los amores infelices, no existían para ellas tratándose del amo. El hecho de la posesión no les significaba nada. Si para mujeres de otra raza y de otro medio, la posesión es un vínculo más o menos fuerte, más o menos dulce, que da derechos, más o menos durables, para ellas no era más que uno

de los tantos tributos de pago obligatorio, una deuda que, una vez cancelada, quedaba olvidada para siempre.

Los derechos del amo no iban, pues, hasta los misteriosos y sagrados dominios del corazón. Un hermetismo inconmovible le cerraba el paso a todo intento violatorio. Lo único que podían dar era su cuerpo. El alma, para los otros, para los suyos, para sus iguales, para esos que, al amparo de la choza, entre el calor del fogón mortecino y el abrigo de las pieles ovejunas, saben, sólo con la quejumbre monótona de un canto primitivo, unas cuantas copas de *chacta* y una persecución tenaz y acechadora, hacer vibrar en sus corazones la oculta cuerda del amor.

Bien estaba que se dieran alguna vez, que pasaran por el duro trance de ofrendarse al amo en un acto de resignación, sometiéndose así a esa especie de bautismo cruento, del que salían unas laceradas y sollozantes, y otras, tristes y deprimidas, y todas con el sabor amargo de las uniones violentas y desiguales.

Aquello, más que una condescendencia, era una derivación del derecho de propiedad, una como accesión de la tierra. Ser dueño del suelo es como ser dueño de todo lo que en él existe, vive y crece: montes, aguas, quebradas, bosques, sembríos, chozas, ganados; y con esto hombres y mujeres. Todo está a merced de este derecho. Nada importa que el indio pase, a su vez, de mero pisante a arrendatario. Esta forma de posesión no es, bajo el concepto de la mentalidad india, más que una gracia, una liberalidad que el amo puede suprimir en cualquier tiempo.

De ahí las complacencias de la hija y hasta de la mujer, el odioso sistema de las gabelas y los mandos, que, como una maldición, vienen pesando siempre sobre los hombros del marido y su descendencia masculina. Y una de las maneras de aliviar el peso de esta abrumadora carga y de asegurarse contra los avances de la rapacidad caciquista del patrón y de sus capitanes y esbirros, es esta de la propiciación de sus favores por medio de la ofrenda carnal.

Lo que, después de todo, no es para el oferente un verdadero sacrificio. En el indio el dolor de dar no está en darse él mismo; está en el desprendimiento o despojo de sus cosas, en ver pasar a ajenas manos el más insignificante producto de su esfuerzo, aún recibiendo en cambio su legítimo valor. Pero dar los hombres su trabajo, su independencia, su libertad, y las mujeres, su cuerpo, equivale a no dar, en buena cuenta, nada. El favor pasa y se olvida. Nada se pierde con él, como no sea una virginidad inútil. Cierto es que se corre el riesgo del hijo, pero el hijo no es una carga que asusta. Aparte de que el indio vive y medra con poco, cada hijo representa para él la posibilidad de un nuevo poder adquisitivo, de una fuerza más para la labranza de la tierra, que es la gran madre del indio.

Era dentro de este estado de cosas, de este superviviente feudalismo, que el señor de Coribamba, encastillado ahí desde hacía veinte años, explotaba sus tierras, disponiendo de la suerte de un rebaño de siervos, analfabetos y sumisos, y cobrando, entre asaltos y estrupamientos, sus derechos de pernada.

II

Y las resoluciones de este hombre eran como sus cóleras: repentinas, rápidas, inexorables. Con la misma facilidad con que se irritaba, tomaba una decisión y la ponía en práctica. No admitía postergaciones y menos todavía cuando estaba de por medio uno de sus caprichos.

Aureliano fue, pues, confinado, como lo había dispuesto su patrón, a uno de los cocales de Chinchao. Doce leguas de cuestas, de quebradas, de torrentes, de *malpasos*, de lluvias y nieblas para llegar hasta ahí. Sobre todo, lo que más le satisfacía a don Miguel era la facilidad para dejar a un indio embotellado en esa especie de destierro montañés. Sólo había una ruta para ir y volver, y una sola salida, desde la cual el tambero del fundo vigilaba, aun sin querer, a todos los que pasaban por ella.

La montaña de Chinchao es como un golfo y el camino que conduce a ella, desde Acomayo, una ceja acantilada, de curso obligatorio para todos los que van desde Huánuco. Es forzoso pasar por la cuesta de Michu, atravesar el Alto de la Esperanza, descender por el Balcón de Judas, hacer *pascana* en Pan de Azúcar y salvar un largo trecho de terraplén, fangoso y movedizo verdadero tremendal antes de desembocar en la estrecha y tasajeada cuenca del Chinchao… Frío, niebla, fondos grises y abismales, por entre los que se adivina un trajín de gentes silenciosas y se alzan, como leves surtidores, humos de hogar o de montes en tala. Toros y caballos que, más que pastar, parecen lamer las costras de una tierra eczematosa moteada de hongos y líquenes, obstinados en sacarle alguna gota de jugo para completar su mezquino sustento. Chozas que pregonan barbarie y miseria, ruidos que alarman al supersticioso, murmullos de corrientes que se precipitan y deshacen en la oquedad de los abismos.

Más acá, en la orilla del golfo, entre las arrugas de un plano inclinado, la osamenta de una capillita, custodiada por una rústica cruz, tambaleante como la silueta de un espantapájaros. En el fondo, sobre el tablero de una plazoleta, el caserón de San Fermín, la negociación de don Miguel, uno de los más valiosos fundos de coca de la región.

En torno de la casa, pabellones de anémica blancura, establos y corrales enmurados de piedra y cactus, un patio de desmesurada extensión para las tendidas de la coca y del café; hilos y postes telefónicos para recibir las órdenes del amo y enterarle del tiempo y la cosecha; dos *matohuasis*[*], un canchón y un hormigueo de algunas centenas de hombres durante el día por los cocales y cafetos. Y al frente de todo esto, un mayordomo, especie de administrador y hombre de confianza, y cuatro caporales para vigilar a la peonada y una docena de sabuesos y mastines, para perseguir y coger a los que pretendieran fugarse. Toda esta ruda labor, toda esta pobre vida entregada a un indio semicivilizado, cazurro, bellacón, de disciplina cuartelera y rigidez acomodaticia.

Era allí donde la orden de un patrón arrojaba, quién sabe por qué tiempo, a un infeliz. Pero Aureliano supo componérselas para caer bien. Desde el primer momento el mayordomo le tomó bajo su protección, a pesar de la ojeriza con que los montañeses reciben a todo el que viene de fuera. Un bracero más en la montaña es una comodidad menos; unos brazos que suman o multiplican para el patrón, pero que restan para la boca de los otros. Porque en la montaña todo se pesa, se mide, se escatima y se hace difícil.

A pesar de la carta con que el indio fuera enviado al mayordomo, éste le recibió sin prevención cuando le vio llegar con su atadito a cuestas, su *huallqui*[*] y su bordón de chonta, respirando salud y alegría por todos los poros de su cuerpo y contestando a sus preguntas sin ningún embarazo. No le importó perder el tiempo en sopesarle y averiguarle por su familia, para inspirarle así confianza y otearle sus intenciones. Le tocó, le pulsó y hasta acabó por olfatearle, ni más ni menos que un perro, para descubrir todo lo que podía ocultar y sacarse de él, concluyendo por tirarle de las orejas, al saber que era hijo de un viejo amigo suyo.

—¡Buen taita tienes, cholo! Valiente, leal y trabajador como un macho. Si así eres tú te voy a distinguir en la ración y a echarme pajitas en los ojos cuando no ajuestes todo tu tarea. Porque has de saber que el patrón Miguel te ha mandado para que te quedes aquí Dios sabe por qué tiempo y te compongas. Te recomienda mucho, y una recomendación del amo, por si tú no lo sabes, es peor que el tifus. Del tifus puedes escapar con tomas y emplastos de cuy negro, pero de una recomendación de taita Miguel, ni con todos los santos de Huánuco.

—¿Y qué te dice el taita Miguel en la carta?

—¡Ah, sabías que te ha mandado con carta!

—La vi cuando el patrón se la entregó a uno de los que me ha traído.

—Pues… dice lo de siempre, cuando algún cholo como tú le fastidia allá abajo y me lo manda: «Te mando a ése para que lo endereces, que se ha torcido un poquito y se ha vuelto medio *rogro*[*]. Hazlo trabajar de seis a seis para que pierda la grasa que se le ha estado criando con la flojera. Mídele la ración bien medidita y no le permitas los domingos estar a pico de botella, ni *chacchar* más de una vez. Si no trabaja bien, ponle al costado uno que lo vigile, o enciérrale unos días, quitándole la coca; y si así no se enmienda todavía, vuélvelo a encerrar y tenlo allí hasta que aulle y pierda el grito».

Al indio se le enfosforescieron los ojos y algo feroz cruzó por ellos, pero tan fugazmente que el mayordomo no lo advirtió. Conque para eso había sido mandado allí, bajo la custodia de dos indios aviesos, que apenas le habían permitido durante el viaje tomar un descanso en Carquincho y poner en uno de los recodos del camino su cruz de ramitas, para que el *jirca* de la montaña le dejara volver y no acabar ahí con sus huesos.

Y todo ¿por qué? Porque el patrón le pilló besándose con la Avelina y porque la Avelina no quería hacer esto con su patrón.

—¡Carache! Eso dice… Se le ha ido la mano al taita Miguel. Yo no estoy descompuesto, te lo juro, ni soy *rogro*. Soy el mejor cortador de caña que hay por allá. La caña más gruesa la corto de un tajo. En un día aligerado hasta dos carretadas. ¡Que más! Y todo por un poco de ración mala y cuarenta centavos, que casi nunca me los pagan, porque cada vez que pido algo para ir a dar una vueltecita por Huánuco, el patrón saca su librito y me sale con éstas: «Tú todavía no le has cancelado tus adelantos a la hacienda; le estás debiendo más de cincuenta soles, pero como tú trabajas aquí de firme, te daré un par de soles para que te emborraches si quieres…».

—Pero algo grave le habrás hecho cuando se ha desprendido de ti, siendo tan buen machetero, como dices, y te me manda *recomendado*. Porque sabrás que aquí sólo vienen a trabajar dos clases de operarios: los habilitados, *traídos* a la fuerza por los enganchadores, y los *recomendados*, que manda don Miguel de Coribamba, para que los corrija. Tú eres de los *recomendados*. ¿Qué le has hecho, pues, al taita Miguel para que te mande?

—¡Nada! Sino porque me vio besando a la Avelina.

—¡Huy! ¿Y quién te manda besar lo que el patrón tendrá reservado para su gusto? Has hecho una barbaridad.

—¿Cómo iba yo a saberlo? ¿Acaso la Avelina es una *chirriampa*[*]? ¿Cuáles son, pues, las mujeres para nosotros?

El mayordomo se rascó la cabeza, embarazado por la pregunta, y, después de meditar un poco sobre la gravedad del punto sometido a su consideración, contestó:

—¿Cuáles? Las mujeres como la Avelina. Son de nuestra misma sangre, pero cuando son bonitas como ella, se le encandilan los ojos al *misti* y quiere picarlas como los pájaros a la buena fruta. Un *misti* enamorado es como el gavilán cuando ve una nidada de pollitos. ¿Acaso ignorabas tú que taita Miguel es el gavilán más pollero de totas estas tierras? ¡Buena la has hecho!

Y queriendo sonsacarle más al indio, continuó el mayordomo:

—Falta que te hayas ido más allá del beso, porque tú tienes mirada de zorro, indio marrajo, y el zorro a la hora de comer pollitos es más listo que el gavilán.

Aureliano, en evocadora actitud, sonrió maliciosamente.

—Cariñitos no más, taita, cariñitos.

—Cariñitos que no te van a dejar salir de aquí quién sabe hasta cuándo. Pero puede que a don Miguel, una vez que parta el queso y lo saboree y vea que es como todos, se olvide de la Avelina y salga de repente mandando por ti. Pues si eres tan buen cortador de caña, como aseguras, tiene que acordarse de ti alguna vez y volverte a Coribamba.

—No, taita; si me saca de aquí no vuelvo a cortar caña. Me voy al Cerro, que allí pagan bien los gringos.

—Pero a los ocho o diez años no servirás ya para nada. La mina es como la tarántula; al que lo empuña no lo suelta hasta que se lo ha chupado todo.

—Cierto, pero los patrones de por acá son como el trapiche, que lo sueltan a uno

cuando ya es bagazo. En el Cerro nos acabamos más pronto, verdad, pero los gringos no nos tocan a nuestras mujeres ni a nuestras hijas; pagan cuatro o cinco veces más y no permiten fiestas ni curas que se lleven todo lo que ganamos.

—Sí, sí, casi tienes razón, Aureliano; pero esos *ragrapachos* nos desprecian profundamente y nos miran con asco, ni más ni menos que nosotros al áñax[*], y esto no lo puede sufrir el que se siente hombre.

—También los *mistis* nos asquean, ¿qué te crees?, y disponen de nosotros peor que si fuéramos mulos. Y si no ¿por qué estoy yo aquí?

—Hombre, estás aquí por lo que todos hemos hecho alguna vez, viejos o mozos, pero tú no has tenido suerte.

—No me quejo del todo. Me parece que he caído en buenas manos. Mi coca me ha dicho en el camino que me recibirías bien; que seríamos amigos y que no harías con Aureliano como la tarántula, que has dicho…

—Te echaré no más hilitos para que no te cimarronees y me dejes ensartado con don Miguel. Aunque aquí se está más seguro que en San Agustín. De San Agustín se sale haciendo foraditos; de aquí ni con cien cruces que pongas en el camino.

Aureliano, desparramando la mirada por el alto y torvo horizonte, sonrió con incredulidad. «Qué campo no tiene su puertecita para salir», pensó.

—De veras, no te miento —añadió formal el mayordomo—. Siempre que alguno ha intentado escaparse, no bien ha llegado al Alto de la Esperanza cuando ya el patrón ha sido avisado por el alambre. Y entonces es de ver toda la gente que le echa encima al mostrenco. Los perros son los primeros que le echamos por delante.

—Yo no haré eso y si alguna vez lo hago será para internarme más adentro.

—Peor. El que se mete para adentro va a dar a la montaña real, donde es seguro que se lo come el tigrillo o el puma, o se pierda y, mientras agoniza de hambre, las *utacas*[*] lo devoran. ¿Qué te crees tú, cholito *piquipillco*[*]? No es tan fácil como parece salir de aquí. Si fuera esto una pampa, como allá abajo, o un valle como el del Huallaga, donde por cualquier parte arranca uno y llega a donde desea, todavía. Pero de aquí, de San Fermín, aún no se ha dicho que se haya escapado ninguno. Mira, el último que lo intentó, un cholo chaulán, que no sabía lo que era el miedo y que, lo mismo que tú, tenía la idea de irse para dentro en vez de para fuera, fue cogido en la montaña de Chiguángala por el *ragrapacho* Marconich, un *shapra* más malo que Judas, e internado en sus cocales, donde dicen que lo hizo trabajar día y noche hasta que echó los bofes y estiró la pata. Aunque hay quien asegura que al pobrecito lo hizo sebo para no sé qué uso. ¿Qué te parece?

El indio se acurrucó sobre sus talones, sacó una pulgarada de coca y se puso a *chacchar*, quedando de pronto sumido en una especie de nirvana, mientras el mayordomo, dando una media vuelta y palmoteando, gritaba a pulmón lleno:

—¡Mushica! ¡Mushica! ¿Dónde estás metido, maldito?

—¡A tus órdenes, taita!

—Cuando acabe éste de *chacchar*, llévalo al canchón y dile a Liberato que *ai* se

lo mando para que lo destine al cocal desde esta tarde. ¡Ah!, no te olvides de decirle que es *recomendado*.

III

Pocos meses después de su confinamiento en San Fermín, Aureliano era el hombre de confianza de taita Melecio, el mayordomo. Ayudábale a hacer las cuentas en la noche de los sábados, para saber el alcance de cada operario al fin de la semana. Contábale las truculentas historietas que oyera a los viejos labradores del valle huanuqueño; los chismecillos recogidos en Coribamba, cuando estuvo al servicio doméstico del patrón, de los que no salían bien librados algunos señorones de la ciudad; las atrocidades sexuales de don Miguel cuando su esposa doña Rita lo dejaba solo en la hacienda; las borracheras de cerveza y *chacta* en los días de algún cumpleaños o fiesta memorable; los trapicheos de las mozas en los cañaverales y hasta llegó a hacerle la confidencia de sus amores con la Avelina, causa de su maldito confinamiento y de todas las desdichas que estaba pasando.

—No te quejes, cholo —le interrumpió el mayordomo, cierto día, al terminar sus confidencias—. Confiesa que aquí estás mejor que allá. Bebes y *chacchas* conmigo; te permito echarte bocarriba en la era las tardecitas de sol, mientras los otros sudan la gota negra en los cocales. Las tareas que te doy no son para destroncar a nadie. Cierto que en la *huria* no lo has hecho mal y en la poda tampoco. Creo que con el tiempo lo harás mejor que todos.

—Y así no quieres dejarme que vaya a Pipis a ver a mi tío Juancho, ni a Macora a ver a mi prima Duviges.

—Porque sería comprometerme, y todos los *recomendados* me pedirían lo mismo, y entonces llegaría el día que la mitad de la gente se mandaría a mudar y muchos no regresarían. ¿Y qué me iba yo a hacer entonces? Yo soy cabo licenciado, como sabrás, y sé lo que es una orden del superior: es cosa sagrada.

—Cuando se está de soldado, taita Melecio, pero no de mayordomo. San Fermín es una hacienda, no un cuartel. Podrás soltarme un poco el hilito, cuidando no más que no lo rompa.

—¿Y si te da por tirar fuerte?…

—No hay hilo más fuerte que la palabra. Si yo te doy la mía, te aseguro que no me largaré.

—Pero como no me la has dado hasta ahora…

Y el mayordomo, medio asustado y arrepentido de la frase que acababa de decir, se apresuró a rectificarse:

—Y aunque me la dieras. Yo, la verdad, no te conozco todavía. En tres meses no se puede leer en la cara de un hombre como tú. Tu cara me dice una cosa, pero la carta de don Miguel me dice otra muy distinta. ¿A cuál, pues, creer?

—Don Miguel sabe decir mentiras cuando le conviene. En la carta que te ha mandado ha mentido. ¿Y sabes por qué? Porque ha querido quedarse solito con la Avelina. Y eso no está bueno. La Avelina es india como nosotros, taita Melecio, y su cariño no puede ser para un *misti*, aunque ese *misti* sea don Miguel. Estás protegiendo un abuso, una maldad.

—No, no, yo no protejo nada, ni sé nada; quiero decir no lo sabía hasta ahora. Como todos los indios que me mandan aquí me los mandan por tramposos o informales, creía que tú también eras de ésos.

—Yo no soy tramposo, ni habilitado. Yo he sido primero *pongo* en Coribamba, contratado por mi padre para ayudarle a pagar los mandos, y después, operario en la caña. No le debo nada a la hacienda; más bien la hacienda me debe a mí cerca de un año de trabajo. En todo este tiempo no se me ha dado más que comer y uno que otro solcito para ir a Huánuco a las fiestas. Si por deudas se manda aquí a la gente, ¿a dónde habría que mandar a don Miguel por lo que me debe? A ver, di tú, taita Melecio.

—*¡Tatau!*[*] ¡Todas esas teníamos! Ya se ve. En los papeles puede decirse todo lo que se quiera. ¿Así que tú no eres un mostrenco, ni un *rogro*, ni un peleador, ni un piojoso? Y todo esto me dice de ti don Miguel…

—¡Mala lengua! *Rogro* dice, y soy el mejor machetero del cañaveral. Peleador dice, y todavía no he matado a nadie, apenas dos o tres cuchilladas a los que han querido cruzarme con la Avelina. Piojoso dice, y sé leer y escribir y sacar una cuenta, como has visto. Mostrenco dice, y mi padre Conce tiene cuatro suertes de caña, y seis yuntas, y siete vacas lecheras, y más de cien carneros y cabros. ¡Todo eso dice!…

—¿Y cómo teniendo tu padre lo que tiene, no te ha reclamado hasta *hora*, ni ha buscado por *ai* quien le haga un escrito para el juez?

—Qué sabré yo lo que le habrá contado ese hombre a mi taita para que no haga nada y me deje por acá. Tal vez le ha dicho que me he venido con mi gusto. Porque yo no me vi con mi padre antes de venir. Me sacaron a la medianoche de mi chocita, dejándome apenas tiempo para hacer mi atadito. Y cuando les pregunté a los dos que se presentaron montados qué cosa querían, me respondieron: «Que eches andar por delante». Y como yo intentara resistirme, uno de ellos, sacando debajo del poncho una carabina y apuntándome, dijo: «Si no obedeces y quieres escaparte, te meto una bala en tu cabeza. Tenemos esta orden». No tuve más que echarme el atado a la espalda, coger mi bastón y salir andando.

—Y te trajeron en menos de diez horas. Han podido reventarte en el camino.

—No tanto como eso. Caminar no me hace daño. Yo puedo ir desde aquí a Huánuco y regresar en el mismo día. De seis a seis me hago quince leguas. Y si precisa más, más. Yo salí un día del Cerro a Coribamba, 18 leguas de espolique del patrón Miguel, y nunca me dejó atrás. Lo que me hace daño es no ver a la Avelina, a mi *huampa*, que es lo que más quiero en el mundo. Me duele no saber de ella tanto tiempo. ¿Le habrá hecho dar una paliza por su padre, don Miguel? ¿La tendrá

encerrada en alguna bodega o la habrá mandado a las Concebidas para que le lave a las madrecitas y el amo se desenoje?

—¡No creas, cholo zonzo! Si don Miguel está interesado por la moza, ésta es la hora que no la suelta ni con perros. Es como el tigrillo, que cuando le echa al ternero la garra no lo afloja ni aunque le den en el sobaco. Quién sabe la estará amansando. Don Miguel es buen chalán…

Aureliano sintió un desgarrón en las entrañas, a la vez que algo odioso cruzaba por su imaginación. Le pareció ver unas manos de espatulados dedos, crispados sobre las caderas de una moza, cuyo rostro esquivaba los besos de una boca ansiosa de morder. ¿Sería éste uno de los momentos por el que la Avelina habría pasado? ¿O habría preferido ésta matarse, como se lo ofreció una vez que hablaron de las persecuciones del patrón? ¿O estaría más bien entendiéndose con otro, gozada y abandonada ya por don Miguel y resignada, como todas, con su suerte?

El indio dejó de *chacchar*. Se echó a la espalda el *huallqui*, que le colgaba sobre el pecho, con un gesto de desdén, como si así hubiera querido expresar que lo que iba a decir era grave y valía para él más que todas las cosas del mundo, y escupiendo el bodoque de coca que había estado rumiando, puso sobre él un pie y exclamó, uncioso, dominador, convincente:

—Taita Melecio, déjame ir a ver a la Avelina una vececita no más, un sabadito, y te prometo que el lunes, muy de mañana, estaré de regreso. No me dejaré ver en el camino. Iré solo por el *chaquinani*. Te juro por esta coca que estoy pisando no *chacchar* nunca más en la vida si no cumplo. Puedes matarme después como un perro donde me encuentres.

—¡Hum! Lo que me pides, Aureliano, es muy serio. Si por un acaso no vuelves, no sólo perdería la confianza del patrón, sino mi puesto, y tal vez todos los realitos que estoy ahorrando y que se los he dejado a él para que los críe. Y puede que hasta me haga apalear. Don Miguel no es hombre que perdona, ya te he dicho.

—Pero ¿quién lo va a saber, taita Melecio? A la tardecita del sábado me encargas algo para el cocal que está en el fondo y yo voy por él, y cuando todos crean que ya he regresado, aprovechando de la nochecita, estaré lejos, hasta el lunes, muy de mañanita, que estaré otra vez en mi puesto.

—Hombre, son como treinta leguas, que no sé cómo las harías en día y medio.

—Por el camino quizás no podría, taita; pero ya iré cortando. Mira, subo la cuestita que está al frente, tuerzo a la izquierda, paso por encima del Alto de la Esperanza para ir a caer en los montes de Pillao, y luego, de frente, cortando siempre el sol, atravieso las alturas de Matibamba, en seguida cruzo el río y ahí no más está la casita de la Avelina, en donde caeré al mediodía.

—Oye, ¿quién te ha dado ese derrotero? —interrogó el mayordomo amenazador —. ¿Cómo has podido saberlo, si es la primera vez que has entrado a la montaña?

—Mi *jirca*, taita Melecio, mi *jirca*. Una noche que no podía dormir, pensando en la Avelina, le pedí a mi *jirca* que me enseñase un caminito y me lo enseñó.

—¡Venme con ésas, indio mostrenco! ¡No eres tú mal *jirca*! —repuso, medio enojado, taita Melecio y sin poder negar la exactitud de la ruta que acababa de indicar Aureliano.

La verdad era que si el indio se resolvía a fugarse y él descuidaba la vigilancia, cualquier día iba a quedarse sin él. Y habría que darse por bien servido si se iba solo. ¿Cómo no se le había ocurrido nunca semejante cosa? Y lo que más le inquietaba era la idea de que en San Fermín hubiera alguien que le hubiese dado el derrotero a Aureliano. ¿Quién podría ser…? Había que descubrirle y avisárselo al patrón para que viera la manera de sacarlo de ahí. Por supuesto que también a Aureliano. Dos hombres así en el fundo era suficiente para que cualquier día San Fermín se quedara sin operarios.

Aureliano, que en espera de la respuesta definitiva, no le quitaba los ojos de encima al mayordomo, perspicaz, intuitivo, se apresuró a atajarle sus pensamientos.

—No te inquietes, taita Melecio. Yo no me he ido hasta *hora* ni me iré sin tu permiso, porque la Avelina es precisamente la que aquí me detiene. Si me voy de fuga, don Miguel me pondrá paradas antes de que llegue a Coribamba y sus perros se encargarán de buscarme y cogerme, y entonces tal vez perdería a la Avelina para siempre. Si voy con tu permiso y vuelvo, tomarás confianza en mi palabra y ya cuando te pida volver a verla me dejarás. Y así podrá aguantarme hasta que don Miguel, viendo que ni yo me muero por acá ni la Avelina lo consiente, se canse y me deje salir. O hasta que ella me olvide y me lo mande a avisar…

—¡No piensas mal, cholo! ¿Dónde has aprendido tanto? Hablas como un mismo *misti* papeluchero.

—Para eso he estado en la escuela en Huánuco, y he hecho toda la primaria. ¡Qué te crees, taita Melecio! Y, además, al lado del patrón Miguel se aprenden muchas cosas. ¡Si supieras todo lo que hace para que su mujer no se entere de sus trazas! Y el que ve jugar, aprende.

—Pero, volviendo a lo del derrotero, ¿por qué no me dices quién te lo ha enseñado? ¿No ves que si hay aquí quién lo sepa además de ti, puede enseñárselo también a otro? Mira que si no me lo dices te hago encerrar en el *matohuasi* y se lo escribo al patrón para que disponga de ti. Si me lo dices, quizás me compadezca y cualquier sabadito de éstos te permita ir a ver a tu *huampa*.

—Te juro por mi *jirca*, taita Melecio, que el que me lo enseñó me lo enseñó sin querer, sin intención. Se lo saqué con mañita.

—¿Y cómo fue eso?

—Fue el otro día, en la era, mientras el erero, a la vez que tendía yo el café para que se asolease, escogía los granos más colorados y les chupaba la mielcita. «Te gusta», me preguntó, viendo que yo me saboreaba después de chupar uno. «Muy rico», le dije. «Pues no hay nada como la coca y estos granitos para darles fuerza a las piernas», volvió a decir. Y siguió: «Cuando yo era mozo como tú, antes de emprender viaje desde Macora a Matibamba, donde tenía mi terrenito, cargaba bien mi *huallqui*

de coca y de granitos mi bolso, y me lanzaba por el *chaquinani*, un ratito chupando y otro ratito *chacchando*. ¡Una dicha, Aureliano! Me hacía las doce leguas, de seis a seis, sin sentirlas». Y como yo le dijera: «Perdona, taita Pedrucho, que te diga que eso no puede ser. De Macora al valle de Matibamba hay muchas leguas. Así he oído decir». Entonces me contestó, medio molesto: «¡Bruto! ¡Tú qué sabes! Será por la carretera, pero no por donde yo iba. Yo conozco toda esta montaña como mis manos, y cuando yo quería ir de una parte a otra no tenía más que tomar la altura, ver de dónde me soplaba el viento, aguaitar las nubes para descubrirles las intenciones a esas malditas y que no fueran a destaparse cuando yo estuviese en el fondo de la quebrada, y buscarle la cara al sol, que no siempre se deja ver aquí, para enfilar el rumbo. Lo demás corría de mi cuenta. Tomaba la línea derecha todo lo que podía y allá me iba yo cortando, cortando, cortando hasta pisar mi terrenito». Y concluyó diciendo: «Macora está ahí y Matibamba allá, detrás de ese cerro». «Bueno», dije yo otra vez; «todo está bien para dicho, taita Pedrucho. De Macora podías tomar la línea porque alguno te la ha enseñado, pero ¿cómo podrías tomarla de aquí si nunca has hecho el viaje, ni te has encaramado en aquel cerro?». «No importa», me respondió, más molesto todavía. «Yo no necesito subir hasta allí. Suficiente con que sepa por dónde sale el sol por aquí y por dónde se mete». Y tomando una varita, taita Pedrucho se puso a hacer unas rayas en el suelo, diciendo: «Fíjate; aquí están los cocales de San Fermín. Por aquí se sube al cerro que está al frente. Detrás del cerro, mirando a la izquierda, está Pan de Azúcar; de ahí, siguiendo por *chaquinani*, se alcanza a ver la montaña de Pillao; de Pillao bajas a Acomayo, dejándolo un ladito. Luego, cortando sol, sigues y sigues de frente hasta que topas con alturas de Matibamba, y ahí no más, abajito, está la casa de la hacienda con sus eucaliptus, que se divisan desde bien lejos, y más allá, el Huallaga. ¿Qué más?».

—Cierto, ésa es la ruta para el que no quiere ir por el camino real —murmuró, medio contrariado y reticente, el mayordomo—. Pero hay el riesgo de quedarse perdido por ahí. Mucho monte, mucho bejucal, muchas quebradas. Y también tigrillos. Yo lo hice una vez y no me *quedó ganas*.

—Cuando hay al otro lado una mujer que nos está esperando, el camino se hace corto, taita Melecio, y no hay pierde. Haz la prueba conmigo y verás que voy y vengo en un instantito y sin que me suceda nada. Te doy mi palabra.

En la cara del mayordomo se esbozó una ironía. «Te doy mi palabra»… ¿Qué podía valer la palabra de un indio como Aureliano? ¿Desde cuándo los indios como él tenían palabra? ¿Acaso la palabra no les servía a ellos para engañar? Todos los *recomendados* que ahí tenía, ¿no se los habían mandado precisamente por no tener palabra, por no haber sabido cumplirla y haberse valido de ella para sacarle a don Miguel adelantos con la intención de no pagárselos nunca con su trabajo? ¿Y por qué este indio de ahora no habría de seguir la regla?

Todas estas reflexiones se le atropellaron en la mente al irresoluto mayordomo. Pero resolviéndose al fin, acercó su rostro al de Aureliano, quien, rígido como una

estatua, esperaba la respuesta decisiva y dijo, después de cerciorarse de que nadie les espiaba:

—Bueno; el sábado, después del trabajo, cuando estén ya todos comidos y recogidos en el galpón, te vas al corral, y de ahí verás tú lo que haces. Pero el lunes, muy tempranito, en tu puesto. Si no cumples, mejor desbarráncate por ahí, escóndete para siempre en una cueva, déjate comer del puma, o de las *utacas*, o que te trague el *jirca*, porque yo te busco hasta el cabo del mundo, y donde te encuentre te como las entrañas. Ya sabes. Con taita Melecio no se juega. Por algo tengo aquí más de diez bandidos a mi custodia. Yo adivino el pensamiento, y como he adivinado que el tuyo no me miente, te voy a dejar ir. Si te ves con tu padre, dile que este favor que te hago a ti es por cuenta de los que él me prestó cuando yo caballeaba por Chaulán y me perseguían los *milicos*. Goza de la Avelina si puedes, pero ruégale a tus *jircas* que no salga con bulto, porque si sale, *¡tatau!*, que le hace comer el hijo don Miguel.

—Ya te he jurado, taita Melecio, volver. Una vez no más promete el hombre de palabra. Que el Señor de los Cielos me guíe, que el ángel de mi guarda me acompañe, que mi *jirca* no me abandone…

Y después de estrecharse rudamente la diestra los dos indios, unidos para siempre por el vínculo de una promesa solemne, se separaron bajo el recogimiento de una tarde moribunda y al son de los bramidos fanfarrones del Chinchao.

IV

La escapada sabática se repitió una vez más. La primera fue para la Avelina, más que una sorpresa, un suceso presentido y aguardado con fe, porque ella sabía de todo lo que era capaz su indio. Aunque no lo esperaba tan pronto y menos en la forma cómo se la explicó Aureliano.

Ella hubiera querido, una vez juntos, no separarse más e irse de Coribamba para siempre; alejarse de esta tierra maldita y refugiarse con su Aureliano aunque fuera en la soledad de las punas, aunque tuviera que comer sólo yerbas, y con un solo pellejo para dormir, y una sola manta para cubrirse. Todo esto era preferible a las persecuciones libidinosas de don Miguel, a su sonrisa de sátiro, que tanto daño le hacía; a los jalones que le daba a hurtadillas con sus manazas peludas, como las de un mono, y pecosas como un huevo de pava. Y aunque ella se sentía fuerte para resistirse a sus violencias, no dejaba de temer que concluyera al fin por recurrir a algún recurso odioso para someterla a su capricho.

No en vano había conseguido, con pretextos, que su padre la retirase del trabajo del campo y la pusiera a su servicio. Cualquier día, en una de las tantas veces que se quedaba sola en el caserón, iba a armarle alguna trampa, don Miguel. Así lo había hecho con otras que habían sabido resistirse.

¿Por qué, pues, Aureliano no había querido aceptar la propuesta de la fuga en la

primera de sus entrevistas? ¿Por qué le salió con eso de su palabra? ¿Qué palabra era ésa, que después de permitirle juntarse con ella por unas cuantas horas, los separaba luego tan cruelmente, en lo mejor de su dicha y quién sabe si para no volverse a ver? ¿Acaso Aureliano era *misti* para dejarse amarrar por las palabras, para respetarlas cuando a ellos nadie les respetaba y cualquiera se creía con derecho a disponer de su libertad y de sus bienes?

Pero tuvo que ceder y conformarse. Los ojos de Aureliano le impusieron. En ellos vio, a la vez que el agradecimiento por una felicidad hondamente saboreada, una promesa para más tarde. La promesa de algo que al fin llegaría para unirlos definitivamente. Aureliano no era de esos indios medrosos y que miraban de soslayo ante las amenazas del patrón. No, Aureliano era de los que miraban de frente a los *mistis*. Así lo había visto mirar y hablar a don Miguel cuando éste se presentaba en los cañaverales a inspeccionar el trabajo, o en el patio de la hacienda, a la hora del ajuste de los socorros.

Sin embargo, esa conformidad no iba a ser ya posible. El día anterior don Miguel se le había quedado mirando fijamente y le había dicho, con un aire de malicia que la inquietó bastante:

—¿Qué te pasa? Noto que te estás inflaqueciendo por arriba y engordando por abajo. Yo creo que tú te has dado un atracón de indio, y como sea cierto te hago desnudar en el corral y que te suelten los perros. En mi casa no consiento porquerías…

—Las tuyas no más, taita…

—¿Qué estás diciendo, india *malagusa*[*]? Pues ahora mismo me vas a confesar lo que tienes.

—Nada tengo que confesarte. ¿Acaso eres tú mi padre, acaso eres tú mi marido, acaso eres tú siquiera mi taita cura…?

—Si no me dices la verdad te cuelgo.

—¡Aunque me colgaras, abusivo! ¿Qué te voy a decir si yo misma no sé lo que tengo? Tal vez la pena de lo que has hecho con el pobre Aureliano, que lo has mandado a la montaña. La pena enflaquece. ¿Qué te crees que nosotras no sentimos también? ¿Cómo quieres que esté alegre y sana como antes, si me has quitado lo que más quiero?

—¡Ah, ésas teníamos! ¿Y no sabes tú que yo no era gustoso de que le gustaras a Aureliano? ¿No sabes tú que yo también te quiero para mí, para mí solo, india malagradecida?

—*¡Tatau!* ¿Qué estás diciendo, taita? ¿Has olvidado que eres *cuchiguatu*[*]? Y el *cuchiguatu* mancha y ensucia para toda la vida a la mujer que toca. La fataliza para siempre. ¿Para qué te casaste, pues? ¿Para qué tienes mujer, pues? ¿No te basta la que tienes, tan hermosa? ¿Qué vale la Avelina junto a ella? La Avelina apenas sabe hablar, apenas sabe vestir, apenas sabe leer. ¿No has reparado, taita Miguel, en tu mujer? Ésa es más linda que todas las mujeres de Huánuco, más linda que una

virgen…

Don Miguel sonrió muy sutilmente al oír esta femenil apreciación, sincera y justa en el fondo, y a pesar de la cólera que desde tiempo atrás lo poseía, no pudo menos que replicar:

—¡Está bien! Quiero creerte lo que me dices: que no hay nada de lo que he pensado de ti. Pero, óyeme bien, si me estás ocultando algo malo y lo descubro, ese día será el último de tu vida y de la de Aureliano.

Este incisivo y cortante diálogo, sostenido de un lado con toda la soberbia y jactancia del fuerte, y del otro, con la astucia y firmeza de una voluntad indomable, bajo la fronda de los naranjos de un jardín opulento, fue como una voz de alerta para el corazón de la moza agobiada ya por los síntomas de una maternidad apenas disimulable.

Había que hacer algo, resolverse antes de que el amo, brutal, dispusiera de su suerte y de la del ser que palpitaba en sus entrañas. Por eso en esta vez, al ver entrar furtivamente a Aureliano a su habitación, donde solía esperarlo los domingos, después del mediodía, de antuvión, esquivándole sus caricias, díjole sollozante, nerviosa, azorada, como si detrás de la puerta que acababa de cerrar su amante estuviera alguien espiándoles:

—Aureliano, no te confíes. El patrón Miguel está malicioso. La otra tarde se quedó mirando mi barriga y parece que le disgustó. Me ha amenazado con echarme los perros si descubre lo que está pasando entre nosotros. ¿Qué haremos, pues?

—No creo que te los eche. El patrón puede mucho, verdad, hace lo que quiere en sus tierras también; pero en Huánuco hay justicia. Ya no se abusa por aquí como antes. Te ha dicho eso por asustarte, porque le confieses. Confiésale, pues, mañana en un papel y ponle que el hijo es mío y anda a Huánuco a ampararte en la casa del juez Arbuja, al que se lo contarás todo. Es juez que no le tiene miedo a los *mistis* y se encara hasta con los prefectos cuando abusan, y los hace enjuiciar, como a ese *milico* de cabeza colorada.

—Y tú ¿cómo te quedas? Si yo me escapo, cuando tú regreses a la montaña quién sabe qué hará contigo. A no ser que ya no pienses volver y te quedes escondido por aquí.

—Eso sería si yo me durmiera —gritó desde afuera una voz, al mismo tiempo que la puerta se abría, descerrajada de un empellón.

Era don Miguel, quien, avisado por sus espías, apostados desde días antes, disimuladamente, en torno de la hacienda, de que el indio acababa de penetrar a la casona por los corrales, se apresuró a seguirle hasta la habitación de la moza y ponerse a escuchar detrás de la puerta, en rebajante actitud.

El indio, lleno de una fiereza insospechada, se irguió retador, mientras don Miguel, contenido por tal gesto, en el que vislumbrara un peligro, retrocedió unos pasos, intentando desenfundar el revólver que llevaba al cinto.

—Deja quieto tu revólver, taita Miguel —guturó, impositivo, Aureliano a la vez

que blandía su tremendo bordón—. Si no obedeces te rompo tu brazo, y si gritas, te abro tu cabeza antes que venga tu gente piojosa.

—¡Bien! Veo que no eres tan tonto como parecías —respondió don Miguel achicado y fingiendo tomar a broma la amenaza—. Sal, pues, y vete lejos, donde yo no vuelva a verte y tenga que acordarme de esta insolencia tuya.

—Bueno, me iré, pero llevándome a la Avelina por delante, que a eso he venido. La Avelina es mi mujer y el hijo que tiene en su barriga, mío. Por eso no ha querido aceptarte, *¡cuchiguatu!* La Avelina no es como las otras mozas de tu fundo, que al menor empujón que les das se dejan caer y quitar lo que tienen más tapado.

—¡Cállate, indio hijo de perro! No abuses de mi paciencia, porque puedo reducirte a polvo. ¿No sabes tú que yo soy aquí el que manda? ¿No sabes tú que todo lo que hay en estas tierras, hasta los piojos que ustedes comen, es mío? ¿No sabes tú que lo que te han enseñado en la escuela me lo debes a mí?

—Sí, una escuela donde el preceptor enseña mentiras que sólo a ti te sirven, ni más ni menos que las del cura que viene todos los domingos a decir su misa y a comerse después tu comida y beberse tu vino. ¿Qué te crees tú que Aureliano no le ha dado vueltas a todas esas mentiras? ¿Hasta cuándo vamos a estar consintiendo que nos quites todo, hasta las mujeres? ¿Por qué has de andar detrás de las que no te quieren? ¿No tienes bastante con la tuya?

Don Miguel se exaltó. Era demasiado lo que oía para dicho por un indio, que no sólo era su siervo, su cosa, su bestia de trabajo, sino su protegido, según criterio suyo. Retrocedió rápidamente, para ponerse fuera del alcance del indio, y, con pasmosa habilidad, desenfundó el revólver, pero no bien saliera éste a relucir, cuando un certero golpe en el brazo se lo hizo saltar por el aire.

—¡Encarnación!, ¡Encarnación! —gritó don Miguel—, suelta a los perros y échalos por acá. ¡Pronto!

El indio no esperó más. Salvó la puerta de un salto y se lanzó a carrera abierta por los corredores y pasadizos del pétreo caserón, en pos de la salida, a la vez que procuraba evitar el encuentro con la jauría feroz, que ya sentía latir, y a la cual el mayordomo iba azuzando con estas voces:

—¡Busca!, ¡busca! ¡Cómetelo, cómetelo, cómetelo!…

—¡Por ahí no, bestia! —rugió rabiosamente don Miguel, desde uno de los corredores, con el brazo derecho alicaído y el revólver en la izquierda, en son de disparar—. Ha tirado para los corrales. Que te acompañen Glicerio y Jacinto, que tienen buenas piernas, y atájalo en la quebrada, si logra llegar hasta allí, y si lo cogen, tráiganmelo, aunque sea en pedazos.

La Avelina, que también saliera corriendo detrás, aunque sin rumbo, sin propósito fijo, pues la terrible escena la había dejado semialelada, al oír la salvaje orden del amo corrió en dirección al barranco que cerraba el fondo del jardín, con el ánimo de despistar a la jauría, consiguiéndolo casi por un momento, desviándola hacia ese punto y obligándola a detenerse frente al precipicio, para luego retroceder, dándole

así tiempo al perseguido para escapar.

Pero no bien había concluido la Avelina de cruzar el jardín, cuando don Miguel, saliéndole al paso, le gritó:

—¡Regrésate, india bribona, y anda a esperar a tu cuarto, hasta que yo vaya a ajustarte las cuentas! ¡Cochina!

—¡Nunca! Quiero ver lo que van a hacerle al pobre Aureliano. Si lo traen como has dicho, me tiro en el trapiche para que me muela y se te quede maldito para siempre.

Don Miguel se aproximó, y al ver de cerca la fiera resolución de la india, su incitante gravidez y la bruñida y dorada belleza de su aguileño rostro, sintió renacer, más pujante que nunca, su sensual codicia, y más avasallador lo que él tuviera siempre por un simple capricho, pero que, bien mirado, era realmente una pasión turbulenta, y exclamó, conciliador:

—Oye, Avelina, si me aceptas y vas esta noche a dormir conmigo, te prometo olvidar todo lo que me ha dicho y hecho Aureliano, y te ofrezco ponerte en Huánuco una casa para ti solita.

—¡Eso quisieras, abusivo! Quédate con tu casa y déjame a mi Aureliano. Yo no soy gallina de tu corral, ya te dicho, y el hijo que llevo en mi barriga no me lo perdonaría jamás…

Iba a responder don Miguel, cuando las voces de unas mujeres, que llegaban corriendo a avisarle lo que acababa de pasar en la quebrada con Aureliano, se lo impidieron.

—¡Taita Miguel, taita Miguel!, tus perros han cogido a Aureliano allá abajo y se lo están comiendo. ¡Ya ni respira el pobrecito!

—¿Verdad? —preguntó sombríamente el patrón, al ver que entre las mujeres aparecía el mayordomo.

—¡Verdad, taita! Al saltar el indio la cerca del corral de los ganados, se desnucó y los perros lo remataron. No lo pude impedir. Ahí te lo traen para que lo veas.

La Avelina se retorció de dolor ante la funesta noticia y en su túrgido vientre estalló una vibración, que fue a morir en las ampulosas combas del seno.

¿Muerto?, pensó. ¿Muerto el hombre que acababa de tenerla en sus brazos, ése que cada quince días, por sólo estar con ella unas horas, venía desde tan lejos, desafiando al tigre y al puma, a las víboras, a la tempestad, a los precipicios, a los torrentes y a la terrible cólera del señor de Coribamba, el más terrible taita de esas tierras? ¿Qué iba a ser de ella sin él? ¿Quién la ampararía en adelante y la ayudaría a cuidar y mantener a su guagüita, ésa que la rebullía en ese instante en las entrañas, como una protesta contra la brutalidad de un amo implacable?

Su soliloquio fue interrumpido por la aparición de un cortejo abigarrado y doliente, a cuya cabeza cuatro jayanes, medio cimbrados, avanzaban conduciendo en una manta un bulto invisible. Detrás, labriegos con lampas[*] al hombro y mujeres ligeramente encorvadas por el peso inevitable de sus críos, colgados a la espalda,

todas ellas gimoteantes, lacrimosas, hiperbólicas en su dolor, y seguidas de chiquillos astrosos y de perros babeantes, que eructaban acecidos, teñidas en sangre las remangadas narices y en un incesante vaivén de fieras insaciadas.

—Aquí te traemos, taita, a Aureliano —prorrumpió uno de los jayanes, posando en tierra la fúnebre carga—. Está bien muerto el pobrecito, pero no hemos sido nosotros sino tus perros.

Don Miguel alzó maquinalmente la diestra y se descubrió, mientras la Avelina, lívida, mortal, ceñuda, enigmática, después de cerciorarse, con una mirada sondeante, de la dolorosa y tremenda verdad, comenzó a gritarle, con toda la rabia de su impotencia:

—¡Maldito! ¡Que tu boca no pueda comer más! ¡Que tus ojos se te revienten! ¡Que tu corazón se hinche y se pudra! Me has matado a mi Aureliano porque no te he querido. Pensarás que quedándote tú solo voy a ensuciar mi cuerpo contigo. ¡*Cuchiguatu* del diablo, quédate ahí con tus *pongos*, con tus caballos, con tus perros, con tus mancebas! Yo me voy para siempre jamás. Aureliano me llama. ¡Ahí está Aureliano, ahí está!

Y como fascinada y atraída por algo visible sólo para ella, la moza tendió los brazos y echó a correr hacia el jardín, a la vez que gritaba:

—¡Allá voy, allá voy, Aureliano! ¡Allá voy! ¡Recibe a tu Avelina, que va con tu guagüita!…

El amo intentó atajarla, intuyendo, posiblemente, el propósito de la india, pero ésta, sorteando a sus perseguidores llegó hasta el borde del escarpado barranco que cerraba el jardín, y sin detenerse, sin vacilar, se lanzó al abismo.

Desde entonces, cuando un indio se ve precisado a cruzar por el fondo de la quebrada, que ciñe, en un abrazo de piedra, la meseta sobre la que se yergue la casona de Coribamba, se santigua y murmura:

—¡Barranco de la *Huayna-pishtanag*![*] ¡Pobrecita la *Huayna-pishtanag*!

El blanco

A Luis Alberto Sánchez

I

El título no me había servido de nada. Ya fuera porque lo hubiese obtenido a costa de muchas *jaladas* y aplazamientos, o porque no supiera yo explotarlo, lo cierto era que ningún rendimiento apreciable sacaba de él.

Durante cuatro años mi *plancha* de abogado había tenido que soportar el agravio de las miradas indiferentes de los transeúntes y las oxidaciones de la intemperie sobre los barrotes de una ventana de reja, en la calle de Ayacucho, a media cuadra del Palacio de Justicia. Ni siquiera esta aproximación me había favorecido. Se diría que la gente del papel sellado no quería tomarme en serio, que de mi estudio fluía algo que la apartaba y que le decía del riesgo que podían correr confiándome su pleito.

Esta indiferencia me había hecho meditar mucho sobre mi propia capacidad. ¿Por qué otros colegas míos, tan jóvenes y tan «aplazados» como yo durante la persecución del título, resultaban de la noche a la mañana metiendo estrépito en los estrados judiciales, ganándose cada día un litigante y cobrando insolentes honorarios, si profesionalmente e intelectualmente el mercurio de su capacidad jurídica seguía marcando, según opinión de los del gremio, la misma línea que en la época estudiantil? ¿Farsa, *posse*, audacia, diligencia, puntualidad, mundología…? ¡Vaya usted a saberlo!

Pero lo cierto era que los hechos estaban ahí hablándome con elocuencia abrumadora. Así, mientras mi colega de enfrente apenas se daba tiempo para atender a litigantes y escribanos, yo me pasaba el día leyendo o atisbando a través de la celosía el movimiento callejero. Algunas veces me entretenía en llevar la cuenta de los autos que pasaban durante cierto tiempo, para luego hacer el cómputo y sacar deducciones estadísticas sobre el tránsito. De aquí pasaba a hacer otras, como por ejemplo, cuántos de esos autos estarían todavía a medio pagar por sus envanecidos dueños. Cuántas privaciones costaría el sostenimiento de este lujo o de esta necesidad. A cuántas aventuras pecaminosas se prestaban estos vehículos. Cuál sería la influencia del automóvil en las costumbres y en el índice de los delitos contra el honor sexual. Puestos en una balanza los beneficios indiscutibles, traídos por el carro automotor y los daños que en la moral y en las costumbres tienen que haber ocasionado, cuál sería la diferencia y de qué lado estarían las ventajas.

Así se me pasaban los días y los años. Semejante situación estaba llamada a concluir desastrosamente. Los pocos reales de la herencia paterna se habían ido de mis manos en pos de otras mejores insensiblemente, mejor dicho, lo más

sensiblemente posible, entre faldas, automóvil, Zoológico y Palais Concert.

Estaba visto que como abogado nada tenía que hacer con los jueces ni qué esperar de los Códigos. Y como los alquileres de la ventana de reja corrían con incontenible rapidez y yo me sentía impotente para alcanzarlos, pues por lo general siempre me llevaban dos o tres meses de ventaja, tuve al fin que pensar en la resolución de este dilema: resignarme al desahucio, trance un poco ridículo y desopinante para un hombre de leyes, o aceptar una subprefectura, puesto que en cierta ocasión me ofreciera, entre risotadas y bromas, el director de gobierno, antiguo compañero mío de *jaladas* universitarias y parrandeos *bajopontinos*[*], y el cual parecía animado de la mejor intención de cancelarme en esta forma un viejo y gordo préstamo.

Opté, no sin un poco de emoción —pues ningún complejo, y menos el profesional, puede romperse sin sentirse su percusión en las entrañas— por la subprefectura, y pocos días después de expedido el nombramiento y de una champañada nominal, netamente periodística, que un cronista agradecido quiso adjudicarme, me dirigí inmediatamente en pos de mi cargo, temeroso de que fuera a declararse insubsistente el nombramiento, cosa, por lo demás, muy frecuente en las «esferas oficiales». Como soy de los que piensan que la vía más corta no siempre es la mejor, elegí la más larga, por parecerme más interesante, y una mañana, soñoliento todavía, tomé el tren de la sierra en Desamparados, camino de Abancay, vía de Ayacucho.

Nada de polainas, más o menos flamantes, ni de fuete de cuero trenzado y puño de plata, ni de revólver al cinto, ni de pluma-fuente en el bolsillo de pecho, ni de anillo de oro monogramado… Una maleta modesta, de esas criollas de Polvos Azules, dos sueldos adelantados —lo menos que un director de gobierno, sin ganas de pagarme una vieja deuda, podía hacer en mi favor— y un paquete de instrucciones, digo mal, un memorándum que, para no correr el riesgo de que se me extraviara, rompí al salir del Ministerio.

¡Abancay! ¿Dónde quedaría eso? Jamás me había preocupado mucho de la geografía del país. Especialmente de la geografía serrana. ¿Cómo serían los abancayinos, las abancayinas particularmente? De aquella tierra sólo conocía a ese rubio rebelde, demócrata sempiterno, más sempiterno que rebelde, que metido después a «hombre serio», han dado en llamar todos «don David». Y de mujeres, sólo a Rosario Araoz, esa maestra que a la hora de enseñar y de perorar vale por diez hombres juntos.

La muestra no podía ser mejor: un bello *specimen* de cada sexo. Pero ¿serían todos así? ¡Hum! Había oído decir que andaban por ahí unos Montesinos y unos Gonzales y unos González y unos Pelayos que ponían las carnes de gallina. Y unos Ocampos que le metían el resuello hasta a los prefectos y que a la hora de juerguear mandaban por mujeres y aguardientes a la primera autoridad que tenían a la mano. ¿Y cómo iba a componérmelas yo para mandarlos al cuerno a la primera insolencia de éstas?

¡Adónde me aventaban, por Dios Santo! ¿Por qué había sido tan débil en aceptar esto? ¿No hubiera sido mejor un nombramiento cualquiera en la costa, entre gente de mi misma psicología? Los serranos, según había oído yo decir, son taimados, quisquillosos, recelosos, tornadizos. Tan pronto se les ve resplandecientes de alegría como nublados de tristeza. Pasan de la cólera a la cordialidad con una rapidez nubarrónica, ni más ni menos que el celaje de sus cielos. Parece que cada uno de estos hombres lleva en el alma una garra, que, aun en la caricia, tan pronto se contrae como se extiende, rasgando lo que toca.

Qué diablos entendía, pues, yo de psicología serrana, ni de intrigas gamonalistas, ni de amaños electorales. Porque uno de los puntos que más se me recomendara en el memorándum era el de «dejar hacer» a los amigos del gobierno «sin hacer», esto es, sin innovar, como diríamos en jerga procesal y, a la vez, hacerles sentir a los otros, a los enemigos, todo el peso de la autoridad que estaba al frente de ese gobierno, aunque se ciscaran en la mía.

Y tuve que emprender el viaje lleno de prevención y presentimientos. En la Oroya me sentía ya menos inclinado a cumplir las instrucciones del memorándum. Al pasar por Huancayo, ya fuera por efecto del soroche o por las tarascadas del frío, lo cierto era que la imagen del Director de gobierno aparecía ya un poco borrosa en mi memoria, y la del ministro, enteramente perdida. Todo era en mi imaginación cerros, llamas, nieve, coca, ponchos listados, faldas repolludas y colorinescas, mocosuelos a horcajadas sobre pacientes lomos maternales…

Días después, ya en Ayacucho, comencé a sufrir una especie de superposición en las imágenes y una manía de comparación. Así, la de pampa, por ejemplo, era otra; el plano movedizo de las dunas costeñas lo había reemplazado por el frío y hierático de las punas; el cálido desierto de los llanos por la frígida desolación de las alturas. El San Cristóbal de mi añorada Lima me parecía ahora un cerrito de nacimiento, una excrecencia andina, una insignificancia geográfica. ¡Y yo que tan orgulloso estaba de mi cerro, de este cerro de mis *vacas* y dominicales ascensiones! La naturaleza empezó a decepcionarme de mi limeño mundo y a darme lecciones de humildad.

Me miraba y remiraba íntimamente sin poderme encontrar. Sentíame otro y al buscarme, lo único que palpaba eran los dos sueldos recibidos la víspera del viaje, un poco mermados ya, a pesar de mis recientes pujos económicos, el retrato que me diera una chica al despedirnos y el título del cargo que iba a desempeñar.

Hasta mi manera de hablar, un poco cotorrera, me parecía transformada. Las palabras no me salían ya destacadas y crepitantes, sino sincopadas o arrastradas. Creía notar en la *ch* o en la *sh* un silbido; comencé a descomponer la *ll* dulzonamente y la *r* a marcarla y morderla. Y ante la idea de que la *i* me saliera de repente convertida en *e* o al contrario, mi limeñismo se sentía profundamente humillado. Me propuse entonces hablar poco, lo preciso, midiendo la pronunciación, recargando todo lo posible mi acento capitalino. Evité mezclarme en las charlas de mis compañeros de viaje, la mayor parte de ellos «made in sierra», de contener ese

inconsciente espíritu de imitación que hay en todo hombre, por culto que sea, cuando se halla en un medio enteramente distinto del suyo.

Pero nuestros Andes no sólo «son imponentes», como diría un cronista de clisé, sino impositivos. Una vez en ellos se agarran a nuestras entrañas fuertemente. Comienzan por impregnarnos de sus efluvios terráqueos, mesológicos; después, por arrasarnos las visiones de la llanura y exaltarnos con la emoción de las cumbres; luego, por jugar con la ilusión del vértigo en nuestra mente y hasta por perseguirla durante el sueño y sustituir todas nuestras viejas formas oníricas por otras caóticas y abismales.

El puente de Izcuchaca, tan famoso en nuestra historia militar, me alivió un poco de la pesadilla de los desfiladeros. Un puente, por lo mismo que es un desprecio al obstáculo, una burla del hombre a la naturaleza, después de pasado, despierta siempre sensaciones de curiosidad, de alegría, de triunfo. Y también la de aproximación a algo que esperamos ver, de lugares habitados por seres como nosotros y en donde tal vez nos está aguardando un poco de dicha escondida desde hace siglos.

No me dijo mucho Ayacucho, es decir, me dijo mucho del pasado y casi nada del presente. Las cariátides de un balcón y las aldabas de algunos portones vetustos me descubrieron algo de su vida colonial y de lo lindamente aretinesca que debió ser esa vida. ¡Cuántas manos de mujer habrían acariciado esas aldabas y cuántos ojos de niños, contemplado las posturas de esas cariátides!

Por supuesto que no voy a hablar de todo lo que vi y admiré de la ayacuchana orfebrería durante la tarde y la noche que permanecí en aquella ciudad. Mi propósito no es éste, ni todo lo que puede decirse de Ayacucho cabe en la reseña de un viaje. Hay para escribir sobre esta prócer e histórica ciudad muchos libros. Si he mencionado lo de las aldabas y cariátides es porque la noche que pasé en ella tuve que empuñar, al recogerme, una de aquéllas, y al reanudar al siguiente día el viaje, que reparar en el balcón de enfrente, desde donde un par de ojos, sedeños e insinuantes, me miraban, diciéndose: «¡Cómo, ya se va usted apenas ha llegado!».

Mi entrada en Abancay fue sutil, casi nocturna e inadvertida, por lo mismo que mi intención fue la de evitarme el aparato de un recibimiento, que, por modesto que sea, siempre distrae y obliga. Desmonté, pues, de mi cabalgadura con mucho silencio en derredor y mucha melancolía en el alma, pero también con una gran sensación de alivio y entre la tibieza de un cálido crepúsculo. Al menos, así me pareció. Cuatro horas de bajada por una cuesta, donde el cuerpo va pasando por cromáticos cambios temperamentales, desde el frígido de la puna hasta el semicálido de la costa, era suficiente para hacerme la ilusión de no estar en la sierra en ese instante.

No fue, pues, muy ingrata la sensación que experimenté al entrar en mi ínsula. Y aunque lo hubiese sido. Un destierro como éste bien valía los 270 soles que iba a ganar desde el siguiente día. Doscientos setenta soles… Mensualidad que jamás pude ganar durante los cuatro años que permaneciera mi estudio de abogado abierto, y que hoy para verla toda junta y por obra de mi propia actividad, me había sido preciso

vender un poco de mi independencia.

II

Dos meses habían transcurrido desde el día que «juré el cargo». Dos meses que significaban en mi vida espiritual: monotonía, aburrimiento, nostalgia, disconformidad, inadaptación; y en la oficinesca: quejas, denuncios, comparendos, lágrimas, detenciones y órdenes judiciales y prefecturales. Oficios con las frases consabidas de «Sírvase usted»… «Haga usted»…, desfile de gentes humildes, analfabetas, cerriles, mugrientas y piojosas, a muchas de las cuales, por no hablar sino el quechua, tenía que hacerlas interrogar por el amanuense, un serrano socarrón, saturado de la atmósfera viciada del cargo, envejecido milagrosamente en él y cuya manera de comportarse me iba descubriendo que por sus manos habían pasado muchas cosas y que sus ojos veían más allá de esas manos.

Hasta entonces una que otra visita de cumplido, de tanteo; dos o tres candidatos a diputado o senador; dos curas, más o menos bien cebados y contentos; un preceptor, que posiblemente se sentía en su puesto poco seguro y que tal vez se imaginaba que yo era el llamado a asegurarle en él; algunos dueños de tierras y *pongos*, y hasta media docena de personeros de comunidades, de esos que siempre están creyendo que toda autoridad que se les envía es para oírles sus quejas exclusivamente.

Pero ningún rostro conocido. ¿Dónde estaban los tres o cuatro condiscípulos apurimeños, sobre todo aquel inolvidable Diego Montes, con quien a veces repasábamos en el patio de Jurisprudencia y me ayudaba a *rajar* de algunos catedráticos? ¿Dónde esos Letonas, de rumbosa vida, y esos Trelles, y esos Montesinos, y esos Ocampos, y esos González, que tanto me interesaba conocer? ¿Por qué ninguno de éstos había caído por mi despacho, ya que no a pedirme algo, a diferenciarme siquiera con su visita de los otros subprefectos de ciento en carga, a que tan acostumbrados estaban, ya que seguramente era la primera vez que un doctor en leyes honraba la subprefectura abancayina?

Meditaba sobre esto una mañana, cuando un sujeto de poncho y espuelas avanzó, a grandes zancadas, hasta la mesa en que me hallaba despachando, sin descubrirse siquiera y dando muestras de una efusividad que ya tenía olvidada desde que salí de Lima.

¿Quién era este hombre que, prescindiendo de la más elemental cortesía, se presentaba así y me abría los brazos, invitándome a hacer lo mismo?

—Mi querido Riverita, por fin te vuelvo a ver. Y había de ser aquí en mi tierra. Ya sabía yo que te habían aventado por acá, aunque no lo quería creer… ¡Subprefecto tú, un doctorazo tan elegante y tan parroquiano de Marrón, del Palais Concert y del Zoológico!

—Hombre, si no me dice usted con quién tengo el gusto de hablar…

—¡Qué rico tipo! Montes, hombre de Dios, Diego Montes, ese a quien sus camaradas sanmarquinos le fregaban la paciencia con aquello de «Donde digo digo no digo digo, sino digo Diego». ¿Recuerdas? Deja, pues, el usted para los otros serranos y permíteme que te abrace.

Efectivamente era aquel condiscípulo, cuya visita había estado esperando, al que tenía delante. Desarrugué el ceño y le tendí los brazos también. Un minuto de *clinch*, del que salí medio estropeado de espaldas y de plexo.

—¡Qué rico tipo! Estás lo mismo que cuando éramos estudiantes —exclamó, después de repasarme con una mirada un poco impertinente—. Un poco calvo no más… Pero supongo que no le echarás la culpa de esto a los Códigos, sino a la vidita que te habrás dado. La buena vida se lleva el pelo con dinero y todo…

—Si así fuera, tú deberías estar más pelado que una bola de cristal, cholo del diablo —respondí, riendo irónicamente y devolviéndole su estocada con otra un poco más a fondo.

—Verdad, pero el cholo serrano es más duro de pelar que el cholo costeño y hasta tiene al frío en su favor. Mientras que un cholo de aquí (me refiero a los buenos) puede pasarse veinte malas noches en claro, entre botellas y mujeres y tornar a la vida seria como nuevito, ustedes, los costeños, con unita no más están al día siguiente queriendo comerse el sol de cada bostezo y más desencajados que un Cristo… Bueno, pero vamos a lo que he venido. Esta visita tiene doble objeto: darte un abrazo, que ya te lo di, y cargar contigo a mi fundo, que está aquí no más. Quiero almorzar y pasar el día en tu compañía; reventarte a preguntas. Que me digas qué rumbo corrió esa chica del Corazón de Jesús, que nos gorreaba cada vez que nos parábamos a *chocolearla* por la ventana; qué de la gringuita esa que despachaba frente a la tonelería de Chirichigó; si la… Pero ya te iré preguntando más despacio. ¿Te parece bien el programa?

¿Cómo resistirme a tan franca y conminatoria invitación? Más que todo, a la idea de tener con quién hablar de mi tierra y hacer evocaciones de mi vida estudiantil. Acepté. La oportunidad de cambiar la monótona escena que estaba representando a regañadas, desde hacía dos meses, no podía llegarme más a tiempo. Y después de algunos minutos de charla y de dictar algunas disposiciones, partimos.

Dos horas de cabalgar por unos senderos endiablados. Atención en grado máximo, conatos de vértigos, ruidos de oquedades fascinantes, riscos incitadores al acecho, quebradas de horripilantes honduras. Apenas me daba tiempo para atender y contestar las preguntas que Montes me iba haciendo en el trayecto. Estaba empeñado en que le llenara, a fuerza de respuestas, esa laguna de nueve años de separación que se había formado entre nosotros.

—Y al fin te recibistes…

—Al fin…

—Yo, como tú sabrías, no quise apechugar con el cuarto año. Estaba aburrido de tanto Derecho. Para todo, el Derecho. ¿Que usted quiere un pedazo de tierra?

Derecho. ¿Qué usted se quiere casar? Derecho. ¿Qué se le muere a usted su padre? Derecho. ¿Qué le dan a uno una trompada y la devuelve con un tiro? Derecho… ¡Qué ricos tipos esos maestritos de San Carlos! ¡Ya quisiera verlos por acá para que digas de qué les sirve su Derecho!

—Hombre, les serviría siquiera para darte un consejo cuando alguno te despojara de lo tuyo.

—¿Despojarme a mí? ¡Caracho! ¿A Diego Montes? Cómo que no sabes tú que todos los artículos del Código Civil y del Código Penal los tengo reducidos a cincuenta carabinas con su respectiva dotación de tiros. ¿Qué mejor derecho para defender por acá nuestro derecho que una buena carabina y un corazón resuelto y firme?

—Sí, pero… Espera un momento… No sé qué le pasa al caballo. Huele y no quiere pasar.

—¿Que no quiere? ¡No digas! Un caballo no puede decirle eso a un hombre. Métele las espuelas para que se dé cuenta de que tiene encima a un hombre.

Al caballo y la mujer
hay que saber espolear,
para así poder lograr
que el uno vuele al correr
y la otra gima al amar.

»No te olvides de esta copla, que aquí es de mucha aplicación.

Un poco avergonzado por la alusión hecha a mi hombría y picado en lo más vivo de mi amor propio, le hundí las espuelas al caballo, haciéndole saltar y seguir nerviosamente su marcha.

—Es el mejor potro que tengo en mi fundo. Apenas tiene tres años. Me lo han querido robar varias veces, y en una ocasión se lo arrearon hasta Cotabambas; pero armé a mi gente y me fui encima de la banda que se lo había robado. Un tiroteo de media hora, en que les tumbé varios cholos a los cuatreros, y otra vez el animalito en su corral. Así hay que hacer aquí, Riverita. Con denuncios ante el juez no habría llegado a ninguna parte. ¡Buena es la justicia y buena la autoridad para impedir o castigar estas cosas! Ya quisiera, repito, tener por acá a Villarancito para decirle: «Mire usted, doctor, usted sabrá mucho de derecho natural, pero aquí el mejor derecho está en la misma naturaleza y en la boca de un rifle». Sí, Riverita; diente por diente y ojo por ojo es la ley. Haz para que te hagan, no hagas para que no te hagan. Y si te hacen y no haces, mándate matar.

—Como en el Putumayo —murmuré escépticamente—. Así no podrá haber nunca paz entre ustedes.

—Oye, ¿y para qué sirve, en buena cuenta, la paz? Será buena para cuando se duerme. Pero ni aun así. Aquí hay que dormir con un ojo cerrado y el otro abierto. ¿Por qué crees que se palomearon a Graucito en Cotabambas? Porque se durmió con

los dos ojos; porque se confió en su valentía. Como si de esto hubiera por acá para dar y vender. No, aquí hay que ser primero que valiente, avisado, precavido, madrugador. Buen ojo, buen olfato y buen corazón. A cualquiera se le ocurre meterse en la cueva de una fiera sin tomar sus precauciones. Hay que ser cauto hasta en la iglesia. ¿Ves a ese cholo que se nos viene cuesta abajo, por la derecha? Pues es uno de mis muchachos, a quien dejé de parada cuando fui a verte, para que me vigile el camino y me dé el alerta si ve a alguno que me está venteando. En todo mal paso, uno. Una sarta de diez perlas preciosas, de las que cada una mata con más certeza y rapidez que un tifus exantemático.

Efectivamente, el indio que venía a campo traviesa avanzó hasta nosotros y, después de hacer una especie de signo masónico y de echarme una mirada inquisidora, se colocó a retaguardia. Y así fueron apareciendo y juntándosenos hasta nueve hombres más, de inofensiva apariencia, mudos, enigmáticos, greñudos, de mirada frías, pero dejando todos ellos entrever que bajo el poncho llevaban algo que ocultaba seguramente la muerte.

Diego Montes me cortó el vuelo de los pensamientos que la aparición de esos hombres me había suscitado.

—Ya vamos a llegar, Riverita. ¿Ves aquellos cañaverales que están a la derecha? Pues al piecito de ellos tengo mi casucha.

Y dirigiéndose al hombre que iba más cerca de nosotros:

—Nicucho, vuela a avisar que ya estamos ahí y que luego nos iremos contra la mesa. Hay que matar pronto el hambre que llevamos.

El cholo, haciéndonos un recorte de gallo, pasó por delante y se abrió en vertiginosa carrera hasta perderse de vista, mientras Montes, sofrenando su bestia y volviéndose a mí, murmuraba, no sé si orgulloso de sí mismo o de aquel pedestre espectáculo:

—¡Qué rico tipo! Como para una Maratón. Es el mejor indio de mi banda. Porque has de saber, ya que me había olvidado de decírtelo, que yo tengo una banda de *ciencuenta* indios como ése. No, miento; como ése ninguno. Si me lo mataran le pegaba fuego a Abancay. Te lo juro, aunque estuvieras tú adentro. Fiel como un perro, corredor como un caballo y valiente como un gallo, como dice el dicho. Me lo han abaleado ya seis veces y en la última, cuando lo trajeron del campo, me dijo sonriendo: «Nicucho tiene siete vidas, como el gato, taita, todavía me queda unita». Y lo mejor de este cholo es su gran espíritu de disciplina. Jamás me observa una orden y siempre la cumple fielmente. Si yo le dijera: vete así no más a pie a Lima y pégale un tiro al arzobispo, se lo pegaba. ¡Qué rico tipo!

—Si así son todos los indios de por acá, supongo que todos tendrán a su servicio hombres de esta clase, pues tú no has de ser la excepción, y teniéndoles, nadie ha de vivir seguro de su vida. Vivir así ha de ser un infierno.

—No creas. A todo se acostumbra el hombre. La vida propia es la mejor garantía de la vida ajena. ¿Qué hará uno que no le hagan los otros? Todos, pues, nos cuidamos

y celamos. Y sólo así es realmente verdad eso que decían esos profesorcitos teóricos de San Marcos: «el derecho de cada cual termina donde empieza el ajeno». ¿Te acuerdas? ¿Y crees tú que por allá abajo eso sea realidad? *Nec quequam*. Allá le ponen la puntería a lo tuyo y te lo quitan, ya con el pretexto de utilidad pública, ya porque a cualquier señorón de ésos se le ha ocurrido ensanchar su propiedad. Y te lo quitan con papel sellado, que es lo peor. ¡Hum! Aquí, ¡que nos vengan con ésas! Claro es que si aquí no se emplean los mismos métodos no es por falta de ganas, sino porque no lo consentimos, porque más tarda uno en embestirnos con el papel sellado que nosotros en meterles una bala. El miedo es, pues, el que nos hace vivir a todos en paz dentro de este aparente estado de guerra. Como las naciones de Europa. Aquí cada patrón, cada propietario, cada terrateniente, es una fuerza, una republiquita, un estado en plena beligerancia. ¿Por qué crees tú que los Montesinos se le enfrentaron a un hombre como Rafael Grau? Porque habían aprendido a hacerse temer de todos y a no temer a nada. ¿Por qué a ese gran puma, conocido por «el viejo González», lo hizo Leguía prefecto *ad honorem*, cosa nunca vista hasta entonces? Porque Leguía sabía dónde le ajustaba el zapato a ese viejo, y como lo sabía se cuidó de hacérselos cambiar él mismo. ¿Para qué? Si entre sus paisanos estaría el que habría de hacérselos cambiar. No sólo, pues, lo dejó con ellos, sino que hasta le dio título encima. ¡Qué rico tipo ese de don Augusto! ¡Cómo sabía adónde le ajustaba el zapato a todos los peruanos!

—Y a ti ¿qué te hizo?

—Nada. ¿Qué más podía hacerme que prefecto o diputado? Pero yo aquí soy más que eso. Un prefecto tiene siempre quien lo mande; un diputado, quien le friegue la paciencia. A mí nadie me la friega.

Y guiñándome el ojo, rectificó:

—Miento; si tengo quien me la friegue; la compañera que vas a conocer. Una cotabambina que me llenó el ojo desde el primer momento. Monta a caballo mejor que yo y mete una bala por el pico de una botella. ¡Qué rico tipo! Era lo que me faltaba.

Una sinfonía de ladridos desaforados, un rosario de ríspidos cantos gallunos, un gorjeo de pájaros que parecían saludar nuestra llegada y la silueta de una hermosa mujer apoyada en el barandal de una casona de piedra y tejado rojizo, nos sacaron de nuestra evocadora charla.

—Ya estás en tu casa, Riverita —dijo Montes, desmontándose de un salto y corriendo a empuñar las riendas de mi cabalgadura para facilitarme el descenso, pero sin conseguirlo, pues yo, no queriendo quedarme atrás y viéndome enfocado por el par de ojos de la mujer que salía a recibirnos, imité y creo que hasta superé a mi compañero de viaje.

III

El almuerzo fue pantagruélico. Una magnífica obra de culinaria en doce tomos, digo, en doce platos desde el *shupe* de entrada hasta el de salida, pues en toda mesa serrana de gente bien es de práctica cerrar todo menú como se comienza. Y en esta obra no sabía qué admirar más, si el barroquismo de la forma o la excelencia del fondo.

Y todo este derroche de magnificencia bajo un chaparrón de vinos blancos y tintos, de rancia prosapia, y de una irisada variedad de licores, desde el criollo y coruscante puro de Ica hasta el melifluo y pegajo curazao. A los postres la mesa estaba convertida en un bosque de botellas, contra el cual cinco bocas —dos de ellas femeninas— disparaban voluptuosamente, con deliquio de inveterados fumadores, sendas chiflonadas de humo, interrumpidas sólo por el tiroteo de las frases, algunas de subida intención.

Pero lo mejor de este almuerzo fue la franqueza y familiaridad desplegada durante él; una franqueza iniciada desde el momento en que la dueña de casa estrechó mi diestra al serle presentado, hasta aquel en que con sonrisa vampiresca me brindara un cigarrillo.

—Aquí fumamos todos, es decir, en mi familia —exclamó Montes sentenciosamente—. Y bebemos también: los machos, por ser una ley del sexo, y las hembras, por no ser menos que los machos. ¿Qué te parece, Riverita?

Iba ya a pronunciarme en contra de la tesis, pero creí una grosería insólita mostrarme en desacuerdo con mis comensales, particularmente con la que me invitaba a fumar y la cual en ese instante, en un esguince de garganta, demasiado provocativo para ser natural, hacía humear el cráter de su encendida boca.

—Me parece bien. Y tu… tu señora es muy amable al darnos el ejemplo.

Una carcajada de Montes, seguida de un coro de sonrisas, no me dejó continuar.

—¡Qué señora, hombre, qué señora!… Todavía no me han marcornado al yugo. Esta que tienes al frente sólo la tengo en categoría de compañera. Espero que al fin acabaremos por donde debimos *prencipiar*… Es cuestión de que lo diga ella. ¿Verdad, Rosina?

—Posiblemente —habló con displicencia la aludida—. No es cosa que urge. La bendición del cura no es la que casa sino la voluntad. Y luego, que siempre es mejor ensayar que equivocarnos cuando la cosa no tiene ya remedio.

La respuesta de esta mujer me causó una extrañeza parecida al estupor. ¿Desde cuándo hablaba así una mujer provinciana? Me pareció no estar en la sierra del Perú, a sesenta leguas de la costa y a seis mil pies sobre el nivel del mar. ¿Conque no le urgía a esta mujer casarse, afirmarse en el hogar en que estaba, sentirse dueña de todo lo que giraba en torno suyo y del corazón del hombre que la había llevado a convivir bajo un mismo techo?

—Pero sería una lástima —respondí— que un ensayo como éste terminara en una equivocación. Ya no estás mozo, Diego, y es mejor hacer pronto lo que ha de hacerse al fin. Con qué gusto me prestaría a ser uno de los testigos de tu boda. Sería el

recuerdo más grato que me llevaría de esta sierra.

—Todo se puede andar… Es cuestión de que Rosina lo resuelva.

—Ya he dicho que no me urge. Hay que probarte mucho, Diego. No eres como el oro cotabambino. Eres muy truhán y no me gustaría verte mañana, cuando ya fuésemos marido y mujer, diciendo por ahí: «Ésta quiero, ésta no quiero». Tú sabes que como buena Pelayo no soporto traiciones y que al que me la hace se la cobro. ¿No es verdad que así estamos mejor, Jesusa?

—Así me parece —contestó la interpelada, una joven de veinte años, dejando de bromear con el mozo que tenía a su derecha—. Precisamente estaba diciéndole a Martínez lo mismo; que ya pasaron los tiempos en que nosotros éramos ceros a la izquierda de ustedes, y que cuando alguno nos burlaba no había más remedio que desbarrancarse por ahí o encerrarse para toda la vida. Hoy ya no hacemos eso. La mujer que se tropieza puede levantarse. Un tropezón es un tropezón, ¡vaya!

Martínez barbotó esta frase brutal, que afianzó con una sonrisa, más brutal todavía:

—Pues entonces ¿por qué no hacemos un ensayito?

—Porque eres muy bruto, Pedro, y porque no estás a la altura de que yo haga ensayos de esta clase contigo.

Una explosión de risas no dejó oír bien la respuesta del corrido Martínez.

—No hay que enfurruñarse —dijo en tono conciliador Rosina una vez hecho el silencio—. No vaya a tomarnos el señor subprefecto por unos serranos quisquillosos y *asuntadores*. Yo estoy por creer que al fin usted Martínez y la Jesusa acabarán por entenderse. Todo está en que usted comience por hacer acto de contrición, como Diego cuando principió a tentarme. Obras son amores y no buenas razones. Bote usted toda la ropa sucia que tiene por ahí y entonces piense en la limpia. Trasnoche menos, mire más por los carneros y los toros, visite menos Abancay y ya verá usted cómo la Jesusa menos ascos le hace.

—Zorro que come gallina… —exclamó el vecino de mi derecha, primo de Montes—. ¡Y las cuentas que tendrá que rendir a sus acreedoras!… Aquí todos, cual más cual menos, tienen su deudita faldera que pagar. Yo creo que hasta Diego no ha acabado de cancelar la suya.

—¿Qué estás diciendo ahí, badulaque? —exclamó la Rosina, recogiendo, con marcada displicencia, la reticente frase de su primo postizo—. ¿Te imaginas, primucho, que vas a excitar mi curiosidad o mis nervios?

—No, primita. Decir que Diego no ha acabado de pagar su cuentecita no es decir que esté abriendo otras. Diego está ahora muy formal y más serio que cuando se pone a disparar sobre el blanco que tiene allá adentro.

—Hombre —dijo Montes, levantándose—, ya que has mentado eso, bueno sería que Riverita nos diera la muestra de lo que él sabe hacer con un revólver. Los limeños tienen fama de ser buenos tiradores. Y como lo supongo socio de algún Club…

—Lo hago muy mal. En Lima casi nadie se dedica ya al revólver. Además,

después de un almuerzo como el que nos has dado, el pulso y el ojo no deben andar muy bien.

—Pues yo cuando tomo mi copita —prorrumpió Rosina quedándose conmigo un poco atrás y cogiéndose a mi brazo—, es cuando mejor apunto.

—¿Es usted también aficionada a esta clase de *sport*?

—A todos. Es la única manera de que los hombres como Diego nos estimen y hasta nos teman. Y luego, que nunca está demás saber poner la bala donde uno quiera. Un revólver parece que dispara mejor cuando siente en la cacha la mano de una mujer. Lo mismo que el caballo cuando nos siente encima. ¿No ha reparado usted?

—¡Jinete, también!

—Un poco con los caballos y otro poco con los hombres…

—Sentir la espuela de usted debe ser una delicia…

—No la uso. Me basta con el fuete y una caricia a tiempo.

—¡Y a destiempo también, picarona! —intervino Montes, incorporándose a nuestra fila, quien, por lo visto, había estado escuchando el diálogo. Y dirigiéndose a su querida—: Anda a hacer ganguear la ortofónica mientras nosotros *quemamos unos tiros*. Quizás le guste a Riverita disparar con música.

Y los tres, con Diego a la cabeza, penetramos en un gran corralón, en donde el indio de las siete vidas se ocupaba en fijar un blanco sobre uno de los muros del fondo.

Concluida la operación, Montes exclamó:

—Bueno, puede comenzar el que quiera. A mí no me gusta mucho disparar sobre esos cartones con circulitos. Prefiero cosas de bulto por ser más práctico. Y cuando son movibles, mejor. Parece que así se establece una corriente entre el tirador y el objetivo. ¿No es verdad, Riverita?

—Para contestarte satisfactoriamente habría que probar tu teoría. La que yo conozco es otra: que hay que comenzar por blancos de esta clase. Es lo elemental y lo que se practica en todas partes.

—Pues a nosotros no nos hace falta. Tenemos por acá demasiadas cosas sobre qué apuntar para perder el tiempo en blanquitos de esa laya. El blanco de los clubs tiene para mí un defecto: que no apunta ni hace fuego sobre nosotros. Así no se puede saber nunca hasta dónde dan nuestros nervios cuando nos batimos, por ejemplo, o cuando vemos a una fiera venírsenos encima.

—Y entonces ¿para qué tienes esos cartoncitos?

—Son de Rosina. Como no siempre puede salir a ejercitarse en los animales del campo, se ejercita aquí, para que no se le oxide la puntería y estar lista, por si acaso… quieren invadirnos. Y si vieras cómo lo hace…

—Debiste permitirle que viniera con nosotros a ponernos una muestra.

—Ya habrá ocasión. Y luego, que no es bueno que se engría. Figúrate que lo hiciera mejor que nosotros… que tú. Y no es bueno quedar en ridículo ante las

mujeres.

—A ver, háganse a un lado —exclamó Martínez sacando su revólver del cinto y apuntando a unos treinta metros de distancia.

Los siete tiros de su browning acribillaron el negro circulito del centro. El primo de Montes, que tampoco era manco, hizo más o menos lo mismo. Sólo Diego y yo no quisimos disparar; él por la razón que expresara antes y yo, por estar convencido del ridículo que iba a hacer entre gente que le daba tanta importancia a esto. El tiro requiere perseverancia, dinero de sobra y hasta cierta rigidez en el método de vida, y, la verdad, yo jamás me sentí capaz de un sacrificio de esta clase. Siempre preferí apuntar sobre las mujeres más que sobre los blancos.

Como la prueba no dejase satisfecho a Montes y, más que todo, como el deseo que se traslucía en éste era demostrar su superioridad, especialmente, hacerme ver a mí de lo que era capaz con un revólver en la mano, ordenó:

—A ver, Nicucho, mide desde aquí unos treinta pasos y tiende cinco botellas sobre el caballete, dejándolas con el pico para acá, que quiero hacerle tragar a cada una su balita.

Las cinco botellas, tumbadas en fila y separadas algunos centímetros una de otra, parecían mirarnos con su única cuenca vacía, desafiadoramente.

—Comenzaré por la de la izquierda. Tú, Martínez, me darás la voz, como de costumbre, como si se tratara de un duelo.

—¡Listo! —gritó Martínez—. ¡Uno… dos, tres!

La botella giró desfondada.

—¿Le he roto el pico, Nicucho? —interrogó Montes.

—No, taita. Entró la bala derechito.

Y mi admiración subió hasta el máximo cuando vi a la quinta botella correr la misma suerte que las otras.

Ante este prodigio de destreza me quedé mudo, estupefacto, cohibido por la sensación de una inferioridad infinita. ¿Era posible que la voluntad del hombre sometiera a su poder una cosa tan rebelde a la precisión como el tiro, tan susceptible de escapar al freno del pulso y al cartaboneo del ojo?

—¿Cómo has podido llegar a esta perfección, Diego? —prorrumpí al fin y después de expresarle mi admiración con un abrazo—. ¡Qué enormidad de práctica y de tiempo me representa tu proeza!

—No creas. Es cosa que no podría explicarte muy bien. Cuestión de atracción entre el ojo de la botella y el mío. No hay más. Lo que pasa es que no todos pueden sentir esa atracción. ¡Cuánto no ha hecho Martínez por realizar esta prueba y jamás ha podido meter más de una bala! ¿No es verdad, Martínez?

—¡Verdad! Yo creo que el tirador nace; que una cosa es tirar sobre un blanco y tocar el punto negro y otra poner la bala donde uno quiere. Hay ojos a quienes un blanco así no les dice nada. Y si no, ahí están nuestros indios, que, sin reglas ni mucho ejercicio, lo hacen mejor que nuestros tiradores de concurso.

Montes, sentencioso, grave, con una gravedad de sabio llamado a opinar sobre un tema científico, concluyó dogmático:

—Ha dicho bien, Martínez; el tirador nace, y para ser perfecto tiene que saber lo que es disparar sobre un hombre, batirse con él, exponiéndose a recibir una bala en cambio de la que uno le envía; hacer sobre una cosa viva lo mismo que sobre una muerta; corriendo el mismo riesgo que uno hacer correr… Por eso el duelo, el duelo de verdad, es la prueba suprema. Hay que apuntar en ese trance sin la preocupación de que también nos apuntan. ¿No te has batido nunca tú, Riverita?

Y como respondiera negativamente, prosiguió:

—Pues en un duelo lo primero que hay que mirar frente al adversario es el ojo que nos va a apuntar. El guión de la pistola es cosa secundaria; puede hasta prescindirse de él. Si el fluido de tu mirada se sobrepone al suyo y se establece la corriente que yo llamo «de seguridad», a la hora de disparar, la mano no hace más que obedecer. Apunta donde el fluido magnético dirige. Y como no siempre has de estar batiéndote para ejercitarte en esta forma, nada mejor que el ojo de una botella, o las cuencas de una calavera si la tienes a la mano, de una calavera de verdad.

Y como Montes notase, por mi sonrisa un poco burlona, que su teoría no me había convencido, añadió:

—De incrédulos está lleno el mundo. Si no lo crees, pruébalo. Ahí tienes otras cinco botellas que te están mirando y aquí tienes mi revólver.

Vacilé. Pero movido por un repentino orgullo y no queriendo insistir en mi negativa, que podría tal vez tomarse en mal sentido, más que todo, estimulado también por la curiosidad, tomé el arma y apunté. Apunté no sé qué tiempo. Lo cierto es que de tanto mirar el agujero de la botella, acabé por imaginarme que algo iba y venía entre ese hueco y mi ojo, y que éste se me llenaba de una fijeza perforante. Hasta que el traquido me sacó de esta especie de alucinación, dejándome con un milagro delante. La botella había saltado del caballete. Todos corrieron a ver qué efecto había hecho el tiro. El impacto había sido magnífico; la botella estaba desfondada, limpiamente desfondada.

Un hurra del grupo, a iniciativas de Montes, glorificó mi éxito. ¿Conque era yo quien había hecho tamaña maravilla? ¿Yo, cuando apenas era la tercera o cuarta vez que disparaba con un revólver? Creí por un instante que se trataba de un truco, hábilmente preparado por Montes. Pero esta idea me la desvaneció el aire de admiración con que todos me miraban, particularmente el indio Nicucho, que, al presentarme el pico de la botella, murmuró:

—¡Buenazo tiro, taita, buenazo! No quisiera me apuntaras nunca. ¡Qué linda pareja harías aquí con patrón Diego!

Por supuesto que me abstuve de seguir disparando. «¿Para qué?», dije con gesto displicente, pero en el que un buen observador habría adivinado toda la farsa e impotencia que encerraba. Y concluí:

—Podría hacer lo mismo con las otras botellas, pero siempre quedaría por debajo

de Diego, a quien me complazco en reconocerle su superioridad. Para igualarte tendría que disparar a la voz, como acabas de hacerlo, y, francamente, fallaría.

Este disparo a quemarropa sobre la vanidad de tirador de mi amable anfitrión fue todavía más certero que el otro. Se lo noté en los ojos, medio ebrios de vino y llenos de extraña y sombría provocación.

—Yo también aplaudo tu destreza, Riverita. Te estabas haciendo el zorro dormido, pero te voy encontrando completo, como para hombre de estas tierras. No lo haces mal a caballo, tiras divinamente, según la muestra que acabas de darnos, y bebes casi al igual de nosotros. Supongo que con las mujeres no te quedarás atrás. Pero quisiera convencerme de una cosa…

—Di tú…

—¿Cómo andarás de prejuicios? Porque aquí sobra un poco de esto. La sierra quita por un lado lo que da por otro. Te da, por ejemplo, independencia, rebeldía, confianza en ti mismo y en cambio te quita escrupulosidad, sensiblería, amaneramiento. La escrupulosidad es como la goma de lustrín, buena para darle tiesura y brillo a las pecheras y los cuellos, pero que de nada sirve cuando la camisa es de lana. Y en la sierra, al menos en esta de Abancay, todo es lana. ¿Me has entendido, Riverita?

—Yo me hago a todos los medios, Dieguito. A lo único que creo que no me adaptaré nunca es a dejar de ser quien soy ni a contemporizar con el abuso. No está en mí; mis escrúpulos sobre esto son más fuertes que yo.

—Entonces temo que no te va a gustar la prueba que te voy a proponer. Es una prueba para templar los nervios; sobre todo, después de almorzar. Una prueba a la que no ha querido someterse la misma Rosina, así tan machuna como la habrás notado.

—Si no me lo dices.

—No es cosa de decir sino de ver. Nicucho, abre la bodega.

El Nicucho dio una vuelta de llave y abrió, dejándonos libre el paso.

—Pues ahí tienes el blanco sobre el cual vengo yo todos los jueves, desde hace un tiempo a una hora fija, a disparar sólo un tirito. Es ese que está sobre la picota. ¿Lo has visto bien?

Esforcé la mirada para descubrir qué era esa cosa informe, especie de morrión astracanado, sobre cuyo centro blancuzco, parecido a un antifaz, revoloteaba un enjambre de moscas, y al fin pude adivinar.

—¡Una cabeza!… ¿Pero es cabeza de verdad? —interrogué con una incontenible sensación de asco y de reproche.

—Ya lo presumía. Estos limeñitos se atragantan con todo. ¿Qué va a ser sino una cabeza de verdad, de hombre? ¿Qué te creías, que era de carnero? Es la cabeza de un bandido, de un respetable bandido, a quien tuve yo que perderle el respeto.

—Un facineroso que no perdonaba ni a los niños —añadió el primo de Montes.

—¿Y por qué la tienes así? ¿Quién fue el que lo mató?

—¿Quién? Yo, naturalmente —exclamó Montes, con tono jactancioso y trágico —. ¿Quién había de ser sino yo, puesto que él fue quien mató a mi padre? ¿Para qué estaba yo en el mundo entonces? ¿Crees, tú, Riverita, que lo iba a coger y entregárselo a la justicia, para que luego saliera soltándole como otras veces?

Retrocedí y traspuse la puerta. Un calofrío me corría por el cuerpo y un deseo de partir y alejarme definitivamente de aquel fundo me espoleaba.

—Oye, Montes —dije, recobrando el peso de mi autoridad—, quita eso de ahí y dale buena sepultura. A los hombres, por malvados que hayan sido en vida, hay que respetarlos en la muerte. Y no olvides aquello de que quien a cuchillo mata…

—… a cuchillo muere. Ya lo sé. ¿Y qué más da que sea a cuchillo que con una terciana? Vamos, Riverita, deja a un lado la goma de lustrín, que tu camisa no la necesita aquí, y volvamos al salón a dar un bailecito.

—No —respondí rotundamente—. Me voy, y no sólo me voy de tu casa, a pesar de lo bien que me has tratado, y lo cual te agradezco, sino de Abancay. Mañana mismo presento mi renuncia.

—Pero si todos sabemos quién eres y por eso te estimamos.

—Sí, pero yo al fin acabaría por no estimarlos a ustedes. A ti principalmente, y me sería muy sensible.

Ya afuera, después de una despedida un poco circunstancial y de una mirada interrogadora de la dueña de casa, salté sobre el caballo y partí, precedido de un espolique, no sin decir antes a Montes:

—Ten mucho cuidado con tu cabeza, que no faltará quien quiera hacer en ella también blanco.

Cómo se hizo *pishtaco*[*] Calixto

I

El pueblo de Chupán estaba profundamente alarmado por la merma sensible de sus habitantes. Dos pestes habían pasado por él durante el año que acababa de expirar, asolándole y sumiéndole en una especie de temor supersticioso.

Por eso en la mañana de aquel 2 de enero, el cabildo se estremecía repleto de gente, reunida ahí no sólo por tratarse de un día de gran solemnidad cívica y religiosa, sino por lo que iba a saber todo el pueblo: el estado de su *maranshay*[*], esa especie de cuenta corriente del capital humano de la comunidad, cuya liquidación debía hacerse anualmente en forma pública.

—Comienza, pues, a entregarme tu *ganado*[*] —exclamó el nuevo alcalde pedáneo, dirigiéndose al cesante, el cual, rodeado de los *rucus*[*] que le habían ayudado a administrar justicia a la comunidad y a velar por sus intereses paternalmente, parecía abrumado por un pesar inmenso.

—Que hable Remigio, que es el que lleva la cuenta.

El aludido, que era uno de los regidores salientes, colocó sobre una mesa la bolsa, formada por un pañuelo payacate, y después de desanudarlo y extender sus cuatro puntas, para que todos pudieran enterarse de su contenido, dijo:

—Esto es lo que me ha quedado hasta ayer no más.

—Veremos cuántos son los muertos, quiénes los que se han ido para siempre y quiénes los que hemos botado —añadió el nuevo alcalde—. Parece que la peste ha podido más que tú, Nastasio. ¿Dónde han estado tus perros, pues? ¿Cómo te has descuidado con el zorro? ¿Para qué te han servido tus *catipas*, y tus *campos*, y tus yerbas que trajiste de allá dentro?

—No me he descuidado, Evaristo. La peste ha sido fuerte. La trajo un *piquipillco* y la regó por todas partes.

—¿Y dónde estaba don Leoncio? ¿De qué te sirvió don Leoncio? ¿Por qué no te pusiste con él al habla? *Misti* Leoncio es ya un *yaya* casi. Sabe lo que es un mal de esos de allá abajo.

—Hablamos y, después de rascarse su cabeza, se dijo: «Esto sólo se cura con limpieza, Nastasio. Este mal que nos ha caído es la *pulicía* del Taita Grande que manda contra la gente sucia». Yo entonces me puse a buscar la limpieza por todo el pueblo, pero no la encontré. Nadie pudo enseñármela. ¿Qué iba a hacer pues, *yaya* Evaristo, sin limpieza…?

—Está bien. Entonces pagarás junto con tu alcalde.

—Lo que quieras, taita —gruñó el regidor socarronamente, a la vez que el alcalde cesante asentía con un movimiento de cabeza un poco enigmático y el público se

desahogaba en cuchicheos de aprobación.

Luego, dirigiéndose al escribano cesante, continuó:

—Llama tú, Santiago, para que mi alguacil vaya viendo si está conforme la cuenta.

El escribano comenzó por donde debía, esto es, por el primero de los casados notables de la comunidad.

—Pedro Maille…

El alguacil del regidor separó un grano de maíz amarillo.

Como el llamado no respondiera ni podía responder, pues hacía dos meses que la gripe lo matara, el nuevo alcalde, aunque bien enterado de esta desaparición, se vio obligado a hacer las preguntas de ritual:

—¿Dónde está Pedro Maille? ¿Por qué no responde Pedro Maille?

—Bajo tierra, taita, en donde no puede oírte —contestó el alcalde cesante.

—Entonces paga tú.

—Te pagaré, taita.

—Que el nuevo escribano anote.

Y las llamadas fueron repitiéndose hasta por veinte veces, interrumpidas sólo por el silencio definitivo de los que no contestaban. De los veinte hombres casados había que hacer el fúnebre descuento de siete. Un saldo en contra de la comunidad chupana, que no se había visto en muchos años. De las mujeres, un poco menos: sólo tres. Así es que los granos de maíz morocho partido habían quedado por encima de los enteros.

Los colorados —*chipitia* brillante— que representaban a los mozos solteros formales, habían sufrido también una baja terrible. Como treinta. El *cancha-jora* o blanco, que simbolizaba a las solteras mozas y honestas, iba por ahí también. Y, cosa de asombrar y que sumiera a muchos de los timoratos en un temor supersticioso, el montón de los chispeados o pintados —*chuspi-jora*— que correspondía a los mozos tunantes, medio mostrencos, entre los cuales había algunos de los señalados ya por el *jitarishum* y la lista de los pendencieros y galleadores, como les llaman en el pueblo, no habían tenido merma alguna. Algo inaudito, diabólico, inexplicable a la sabiduría de los *yayas*, quienes se sentían desconcertados por esta indiferencia del destino.

Y hasta los homicidas, fugitivos por ahí, habían quedado también intangibles. ¿Por qué esta irritante excepción, por qué? ¿Por qué en esos momentos, los más oportunos, no se había acordado el *Gran Taita* de estos malos hombres?

El escribano prosiguió:

—Teófilo Carqui…

—¡Presente!

—¿También éste entra en la cuenta…? —preguntó el nuevo alcalde, mirando de arriba abajo al que acababa de comparecer—. Muy mamón está todavía…

—Te parece, taita —contestó el regidor del *quípuc* gramíneo[*]—. Ya está oliéndole el trasero a las borregas. Hay que apuntarlo, pues, con *chipitia* brillante.

—Hilario Condeso…

—No está —se apresuró a decir el regidor—. Se ha vuelto bandolero y anda dándole tarascadas al ganado de cuatro patas.

—¿Y por qué no lo han matado? —preguntó gravemente el *yaya* Evaristo.

—Porque huele desde lejos el rastro de los perseguidores y el gobernador es el primero que le da el soplo.

—Pues ofrezcan unos dos toros por su cabeza y denle otras dos al gobernador para que se quede mudo.

—Lorenzo Juanico…

El regidor rompió el silencio con esta explicación:

—También se ha metido a bandolero. Ha comenzado a arrearse el ganado de nuestra comunidad.

—Bueno. Téngalo presente para el *ushanan-jampi*, cuando le cojan —apuntó con ceño inexorable el nuevo alcalde—. Aureliano Calixto…

—¡Presente!

—¡Ah, estabas aquí! No te ha tocado la peste —murmuró el *yaya* Evaristo, fijando una escrutadora mirada en un mozo de unos 18 años, que había respondido cuadrándose militarme.

—Aquí estoy, taita.

—¿Y tu hermana Maruja? ¿Por qué no ha respondido a la llamada? ¿Se la ha llevado algún zorro de dos pies acaso? ¿Está ya *en prueba*?

—Peor que el zorro, taita. Cargó con ella el puma.

El viejo Evaristo hizo un movimiento de sorpresa, que no pudo contener.

—¿Puma de cuatro pies o de dos?

—De dos, taita. ¡Puma Jauni!

—¡Puma Jauni! ¡Puma Jauni! ¿Cuándo?

—Hace dos noches no más, taita. Por eso ha faltado.

El alcalde se volvió amenazador a uno de los *campos* salientes.

—¿Has oído, Marcos Arbiloa? La Maruja se la ha llevado Puma Jauni. ¿Qué has hecho tú contra ese perro obasino que se está llevando nuestras mujeres?

—Con ésta ya van cinco en un año.

—¡Cinco! ¿Que no te da vergüenza, Marcos? ¿Para qué te sirven entonces tus piernas, y tus brazos, y tu rifle, y tu puntería…? ¿Cómo has dejado llevarse a la más tiernecita y brincadora de nuestras ovejas? ¡Es una deshonra para Chupán!

—Hace dos días no más que fue, como dice su hermano, y yo no soy ya *campo* desde ayer. Yo no ando, taita Evaristo, pegado al trasero de las ovejas, porque yo también tengo la mía que cuidar. Si Puma Jauni abrió cuenta con los Calixtos, que los Calixtos se la cobren. Ésa es nuestra ley. ¿La has olvidado, taita Evaristo?

—No; está bien escrita en mi cabeza. Pero qué quieres que hagan los Calixtos si no hay más Calixtos que este mozo que está aquí delante, que parece que se le ha metido un *orongoy* en la barriga y lo está comiendo. El resto de la familia son mujeres y esos dos viejos que están arrinconados allí.

Todas las miradas del público se volvieron a aquel par de viejos que, en cuclillas y con una indiferencia de sordomudos, se entretenían en *chacchar* y que habían concurrido, más que por un acto de propia voluntad, arrastrados por el automatismo de una costumbre de más de cincuenta años.

—Pues que sea él quien cobre lo que le deben a su familia —concluyó con un gesto un poco cínico el *campo* saliente.

—Dice bien el *campo* Arbiloa, taita —pronunció resueltamente el joven—. Es a mí a quien le toca cobrar esa cuenta. Y juro, taita Evaristo, por la sangre de mis antepasados y por todos los *jircas* que rodean Chupán, que no volveré a dormir en mi casa, ni a calentarme en su fogón, ni a pedir mujer para casarme, hasta que no le haya cobrado la deuda a Puma Jauni.

—¡Que así sea! —respondió con voz solemne el *yaya* Evaristo.

Y todos repitieron:

—¡Que así sea!

—¡Que así sea!

Terminado el acto de la entrega, y recogido por el flamante regidor, en un pañuelo nuevo, el maíz que representaba el censo efectivo de la comunidad, el nuevo alcalde exclamó por última vez:

—Vamos a ver si durante este año aumenta el ganado que acabas de entregarme.

II

—Pasa. Te estaba esperando.

El mozo del juramento en la mañana del *maranshay*, después de una respetuosa genuflexión, atravesó el portalillo de la casa del *yaya* Evaristo, el flamante alcalde pedáneo, y entró.

—Siéntate. Te he mandado llamar para hacerte yo también una promesa y darte un consejo, aunque para matar un hombre, cuando el corazón falta, el consejo sobra. Si estás resuelto, cumplirás. Si tienes miedo, te quedarás sin verle la cara a Puma Jauni y esperando que cualquier día te coja, te *retacee* y aviente delante de tu hermana, en castigo de lo que le has prometido a Chupán.

—Estoy resuelto, taita. Calixto tiene palabra.

—Bueno. Veo que serás un *pishtaco* de provecho, como tu padre. La primera condición para ser *pishtaco* es cumplir lo que se promete. La ligereza de la boca se paga. Todo hay que medirlo cuando se habla delante de las mujeres y los niños. El otro día se te fue la lengua en el cabildo, y a esta hora estará sabiendo Puma Jauni lo que hablaste. Puna Jauni tiene oídos en todas partes. No has debido prometer tanto. Seguramente te ha puesto ya paradas, como el zorro cuando quiere entrar al corral.

—Yo también se las he puesto, taita Evaristo. Le tengo bien vigilado. No se mueve sin que yo sepa dónde. Varios muchachos me ayudan. Uno de ellos es

Nicéforo Cauni, que es mozo avisado y le tiene ganas a ese mostrenco.

—Sí; ya sé que estás durmiendo con un ojo y que nadie sabe dónde te acuestas y dónde te levantas. Pero se va pasando el tiempo y hasta hoy no vemos nada. Hacen tres meses de tu promesa y hasta hoy nadie te ha visto meterte en los terrenos del puma a ventearlo.

—Yo venteo de lejos, taita, desde mi escondrijo.

—¡Ah, no has perdido el tiempo! Tengo gusto.

—Lo estoy aprovechando. He puesto a Nicéforo sobre su rastro para que me vaya diciendo dónde se mueve el indio, dónde costumbra dormir y dónde ha escondido a mi hermana. Y cualquier diita de éstos, ¡pum!, se acabó Puma Jauni.

—¿Estás diciendo verdad, muchacho? —interrogó el desconfiado y marrullero *yaya*—. Si es como dices, la comunidad te va quedar debiendo un servicio muy grande. Puma Jauni, como buen obasino, descarga siempre que puede su odio contra todo lo que es Chupán. No se contenta con asaltar nuestras estancias y llevarse los ganados y las cosechas. Quiere también nuestras mujeres. Casadas y solteras para él da lo mismo. ¿Dónde iremos a parar así, Aureliano? Todos, los *yayas* principalmente, estamos deshonrados con sus rapacidades. Ya nadie quiere ir a Pillco-Rondos de miedo a ser desnudado y *retaceado* en el camino. Las panochas se han quedado sin desgranar porque no se pudo sacar el maíz a venderlo afuera. La lana se ha quedado. Los tinajones no caben ya de trigo. Los quesos acabarán por ranciarse todos. ¿Qué vamos a hacer, pues, con todo esto que se está quedando? ¡Todo por ese perro maldito!

—La comunidad tiene la culpa, taita. ¿Por qué no le ha puesto precio a su cabeza? ¿Por qué no le han aplicado *ushanan-jampi*?

—*Ushanan-jampi* no se aplica desde el primer momento.

—Entonces *jitarishum*…

—Tampoco. *Jitarishum* es para los que viven en nuestra comunidad y son de la comunidad. ¿Qué le importa al que no es que lo boten? El que no tiene casa ¿qué le importa la casa?

—Dices bien, taita. Entonces han debido contratar un *illapaco* pampamarquino, que ésos tiran bien.

—No han querido. Tiene miedo meterse con Puma Jauni.

—Entonces, Casimiro Huayllas, que es buen *pishtaco*. Está ya en el 29.

—Precisamente por eso no han querido. Hay que tener mucha suerte para pasar el 30. Pasar el 9 es peligroso; tiene mala sombra. Y no te vayas asustar, Aureliano, el 1 también… Es decir, cuando se mata con la cólera fría. Así dicen los *pishtacos*, que tiene por qué saberlo. Por eso te he llamado para aconsejarte.

—Tú dirás, taita.

—Me dirás primero cómo piensas matar a Puma Jauni, ¿con cuchillo o con rifle?

—Con rifle, taita. Con el máuser que me dejó mi padre Rufino. Un rifle precioso, que «solito apunta», como decía el viejo cuando lo preparaba para salir a quitarle los

piojos de encima a un cholo.

—¡Con rifle! *¡Atatau!*[*] Creía que era con cuchillo. El cuchillo es más seguro. Verdad que para eso tendrías que acercarte a Puma Jauni hasta tocarlo, y eso es difícil. Su gente no te dejaría y él es muy malicioso. Tienes razón de ir a buscarlo con rifle. Ese indio hay que matarlo de lejos.

—¡A bala! Lo tengo pensado muchos días.

—¿Y cómo andas de puntería?

—Igualito a mi padre.

—*¡Achachau!*[*] Puedes matar *huampas* al vuelo.

—Y picaflor también. ¡Qué te crees, taita Evaristo! ¿No te han dicho que en la noche de la última Navidad apagué a tiros todas las linternas de la iglesia?

El alcalde bajó la cabeza y se puso a rascársela, para ocultar así su asombro, pues en su condición de *yaya* hubiera sido indigno dejarlo traslucir, y murmuró:

—Patrón Santiago quiere protegernos. Ya decía yo que patrón Santiago de Chupán puede más que patrón San Pedro de Obras.

Y levantando la cabeza y sondeando con la mirada al futuro *pishtaco*, añadió:

—Veo que ya estás preparado para ser defensor de nuestro pueblo. Patrón Santiago te ha elegido. No hay duda. La muerte de tu padre nos tenía a todos tristes. *Yaya* Rufino era nuestro guardián… Mientras estuvo vivo nadie se atrevió a meterse con la comunidad, ni llevarse nuestras cosas. Los *illapacos* de Pampamarca, Obas y de todo el contorno le respetaban y temían. Hombre que encañonaba con su rifle, hombre muerto. ¡Así serás tú! Que el Taita Grande te ayude y que patrón Santiago te acompañe. Ahora sólo falta darte el consejo. Óyelo bien: pon a velar tu rifle la víspera de salir a cazar a Puma Jauni. No te costará mucho. El velorio trae suerte. Llévale en plata la ofrenda al taita Nastasio.

—¡Lo haré!

—La promesa es ésta: si cumples tu palabra te doy la mano de mi hija Isabela, que creo que le has puesto ya la puntería. Y como es solita y ya no da cría mi mujer, cuando me muera yo te llevará algún ganadito, y algunas tierritas y buenas herramientas para trabajar.

—No es necesario tanto, taita Evaristo. Me bastaría con la Isabela.

—Nunca está demás la miel sobre la rosca, muchacho. Ahora un traguito y este puñadito de coca para que te diga lo que le preguntes y no olvides el encargo que voy a hacerte.

—Lo dirás, taita.

—Que me traigas la cabeza de Puma Jauni para hacerla clavar en la plaza, después de pasearla por el pueblo.

—Bueno, taita. Y el corazón también, para que los perros tengan su fiesta.

III

La promesa del alcalde había puesto en suma tensión los nervios del esmirriado mozo Calixto, más, mucho más de lo que había pasado con los de otro indio cualquiera. Y es que aquel mozo no era indio puro ni por el color ni por la sangre. Tenía un cuarto de *misti*, que arrancaba de varias generaciones atrás, de la línea paterna, en la cual persistía un residuo que hacía estallar de tarde en tarde el corazón en llamaradas de altivez y protesta.

Tenía algo que le diferenciaba de los otros indios de la comunidad y le daba sobre ellos ascendiente. Y algo también que le sumía en melancolías extrañas, como si a través de ellas columbrase los destellos de una luz perdida para siempre. Apenas si en las tareas campesinas y en los solemnes días de la cosecha de San Juan se le veía alternar con la mozada.

El *jitanacuy* le dejaba indiferente, quién sabe si porque los resabios de su sangre mestiza no le permitían apreciar toda la prístina belleza de aquella fiesta un poco salvaje, o porque el dinamismo que exigía, tanto a los hombres como a las mujeres, no estaba al alcance de sus fuerzas. Él habría querido ser en esa fiesta el primero, y al no poderlo conseguir, prefería en esos antipáticos días perderse por los campos, para embeberse de cielo, de cumbres y soledad.

Pero embeberse en forma activa, buscando en ese aislamiento una fuerza, un poder que le hiciera respetar y le compensase lo que la naturaleza no había querido darle. Y ese poder lo había ido sacando poco a poco, pacientemente, de su mirada zahorí y de la boca del rifle de su padre.

Fue éste el primero en despertarle la afición al tiro, en comprender lo que un hombre vale y puede con un rifle en la mano cuando el ojo sabe apuntar y el corazón permanece inalterable.

Y como nadie mejor que él sabía cuál era el punto débil de su hijo y la necesidad de sustituírselo con algo que le evitara vivir a merced de la fuerza, la brutalidad y el abuso, tan propios de los pueblos serranos, con acuciosidad un poco siniestra, pero paternal, apenas cumplidos los doce años, comenzó a iniciarle en todos los secretos del tiro, sacados de su propia experiencia.

«El ojo, la mira y el blanco deberán formar una sola línea».

«Cuando un hombre te adelante y veas que te apunta, cuenta hasta tres y déjate caer con la velocidad del rayo. Es casi seguro que no te tocará».

«Quien primero dispara, dispara dos veces».

«Apunta siempre al medio de donde quieres dar, para que cuando falles toques siquiera en el bordecito».

«Cuida tu rifle más que a tu mujer y no lo prestes nunca. Rifle prestado aprende vicios».

«Cuando salgas a *pishtaquear* a un hombre fíjate dónde pisas, escucha todos los ruidos y descansa guardándote del viento».

«Procura tener el sol de espaldas cuando vayas a abalearte con alguno. Si le ganas el sol puedes ganarle la partida».

«No te fíes nunca del indio que se cae cuando dispares; asegúralo con otro tiro y si se queda quieto, acércate cautelosamente y con el rifle siempre listo».

«Un *pishtaco* no mata nunca a traición: trae desgracia. Déjale eso a los bandidos».

«Apunta siempre a la misma distancia, hasta que se te quede en el ojo y el rifle sepa dónde debe dar».

«Un *pishtaco* debe saber tirar de todos modos, hasta panza arriba».

«No estarás listo para *pishtaco* hasta que no mates *huampas* al vuelo y zorros corriendo».

«Cuando una moza te esté quitando el sueño, apaga delante de ella a tiros la linterna de la iglesia para que sepa que eres ya un hombre y puedas matar por ella».

«Cuando entres en pelea y el rifle se te atore, ríete y escapa corriendo como el zorro, si puedes».

Y concluía diciendo:

—Éstos son los catorce artículos, como diría taita *Ramun*, de todo buen *pishtaco*, Aureliano. No lo olvides…

Y Aureliano los había tenido muy presente desde entonces. Y por tenerlos, al día siguiente de su entrevista con el alcalde, después de revisar y limpiar meticulosamente su máuser, con habilidad de consumado mecánico, ya bien entrada la noche, fue a llamar con mucho misterio a la casa del *yaya* Crisóstomo, el sacristán, y mostrándole lo que llevaba debajo del poncho, murmuró:

—Te traigo mi rifle, taita Crisóstomo, para que me permitas ponérselo un ratito a patrón San Antonio.

—Entra.

—También te traigo esta botellita para que bebamos, y este atadito de coca para la *catipa*.

—¿Esto no más? ¿No has traído para la cera de patrón Santiago y para los rezos del taita cura? ¿Acaso te habrás olvidado?

—Aquí está también. Revisa, cuenta…

El sacristán, entusiasmado por la respuesta, se apresuró a desatar el nudo hecho en una de las puntas del pañuelo, y vaciado el contenido, se puso a contar.

—¡Diez soles no más! Cinco para el taita de arriba y cinco para el taita de abajo. ¿Y para doña Santosa? ¿Qué le diré a la mulita del taita cura cuando me pregunte por lo de ella?

—Le dirás que lo de ella lo he gastado en balas para metérselas en su boca cuando me diga *¡guapi!*

El sacristán esbozó una sonrisa falsa, pero comprendiendo que el mozo que tenía delante no era de los que se dejan llevar por donde les tiran y que, como hijo de *yaya*, tenía que estar al corriente de las tretas de que éstos se valían para explotar la credulidad de los ingenuos, optó por guardar los diez soles en el *huallqui* y prender los tres vírgenes cirios que se erguían sobre un rústico triángulo de madera, delante de un San Antonio, medio embutido en una especie de hornacina.

—¡Ya está! Ahora presta el rifle, Aureliano, y dobla tus rodillas.

Calixto obedeció. No parecía el mozo de minutos antes, ni menos aquel que en el cabildo de Chupán, el 2 de enero, hiciera en forma ostentosa lo que en otro, que no hubiera sido él, se habría tomado como jactancia, esto es, acabar con el bandido más famoso de aquellas tierras andinas. Un halo de infantilidad le fluía del rostro. Con la cabeza gacha y descubierta, el poncho plegado sobre la espalda y las manos juntas y recostadas en el pecho, semejaba un niño en su primera comunión. Un niño bueno, un niño que estuviera pidiéndole un juguete al Señor en cambio de una oración, que nada le costaba. O un ángel un poco humanizado, de esos de aparición histórica, en la que había sido preciso hacerse visible para anunciar algo, y que el sacristán, que estaba detrás, se hubiera puesto en la misma actitud para verle y oírle.

El cañón del rifle, cuya boca parecía besar la peana del santo, brillaba también, reflejando sobre su tersura el flameo de los cirios.

El rezo duró una media hora larga; un rezo que apenas podía adivinarse en el tenue bisbiseo de los labios: el del sacristán, intermitente, mecánico, frío, formulista; el del futuro *pishtaco*, continuo, fervoroso, concienzudo. La boca del uno, ribeteada de un verde repulsivo por el vicio de la coca, parecía morder; la otra, fina y resecada por la fiebre de un odio comprimido, parecía quemar. Ambas se completaban, como se completaban en ese cuadro de siniestra oración el espíritu de una raza eminentemente supersticiosa y terriblemente sombría.

Agotada la plegaria, Calixto, irguiendo el busto y levantando los brazos, comenzó a decir en voz alta:

—Taita San Antonio, no voy a matar con mi gusto. Puma Jauni es quien me ha buscado pelea. Él fue quien se llevó mis dos yuntas primero; él, quien limpió después mis sementeras, cargando toda mi cosecha y dejándome apenitas para comer con mi familia. Hará un año que arreó todas mis ovejas a su estancia, matando a mis *lapones*; ahorita no más se ha llevado a mi hermana Maruja, que no podrá honrarla porque es *cuchiguato*. ¿Qué debo hacer, pues?

Y como nadie le respondiese y menos el santo, a quien iba dirigida la interrogación, se respondió a sí mismo:

—Matarlo, taita San Antonio. Baja tu mirada y dime que sí.

Como el santo tampoco hiciera con los ojos ningún movimiento, prosiguió:

—Bueno. Te quedas calladito, pero me estarás oyendo. Lo que te pido es que no me tiemble el corazón cuando me tope con Puma Jauni. Harás que mi ojo apunte bien y que mi rifle no se atore cuando le esté cobrando la deudita.

El sacristán le interrumpió:

—Ofrécele también que si te ayuda le traerás más velitas. Velitas le gustan mucho a taita San Antonio. No olvides tampoco a patrón Santiago, que te estará oyendo, como que está aquí no más la iglesia.

Calixto, dócil también a esta advertencia que tomase como una parte del ritual del acto que estaba practicando, encarose nuevamente con el santo y exclamó:

—Si me sacas bien, taita San Antonio, venderé el más crecido de mis novillos en Pillco-Rondos y te traeré la platita en velas, en un milagrito de oro y haré que taita *Ramun* te cante unas misitas. ¡Te lo juro!

—¡Amén! —gangueó el sacristán socarronamente, con el más puro acento de sabor monacal, al mismo tiempo que se dirigía a tomar la botella de *chacta* traída por Calixto.

—¿Qué has dicho, taita Crisóstomo? —preguntó Aureliano, volviéndose al sacristán.

—Que está bien. Que eres ya un *pishtaco*. Le he visto mover los ojos a patrón San Antonio cuando le estabas pidiendo. ¿No lo has visto tú?

Y como Calixto moviese la cabeza dubitativamente, el *yaya* le hizo esta reflexión concluyente:

—Verdad que tú no has podido verle mover los ojos al taita santo porque todavía no eres *yaya*, ni sacristán… Pero el taita cura te dirá que es cierto.

Calixto, mirando al *yaya* de hito en hito, sonrió. Luego, recibiendo la copa de *chacta* que éste le ofrecía, la apuró de un trago, como con rabia, como queriendo decirle al hombre que intentaba embaucarle: «Así haré en adelante con todos los que me ofendan o quieran burlarse de mí, hasta contigo, viejo embrollón, que quieres meterte con mi plata».

El sacristán pareció entenderle, y esquivándole la mirada, le invitó a sentarse en torno de la improvisada mesa, para comenzar con la *catipa*, que era el último acto de aquella extraña ceremonia, y así permanecieron, entre tragos y mascadas de coca, hasta que el canto de los gallos les advirtió que debían separarse.

IV

—Arrea no más, antes que el cielo descargue su agua.

—¿No nos habrán visto salir, Aureliano?

—¿Quién, pues?

—Los *lapones* de dos patas de Puma Jauni.

—Aunque nos hayan visto. Para eso llevo esta cara y a ti nadie por aquí te conoce.

—¡Qué bien disimulado estás! Parece abuelito con esas barbas de cabro que te has puesto. Un *shucuy* de Chavinillo mismamente.

—Para engañar a esos perros que me estarían olfateando a la salida. Ahora ya puedo quitarme esto. Ya está bien oscurito.

Efectivamente lo hizo así Calixto, que era quien caminaba sosteniendo el diálogo con el mozo que le servía de compañero, guardando el disfraz de danzante en uno de los atados que iban sobre la mula que trotaba delante de ellos.

Quien los hubiera visto en esta actitud les habría tomado por dos inofensivos y

extraviados viajeros, que, atemorizados por la hosquedad de la noche y los flamígeros guiños de la tormenta que les amenazaba, lo único que deseaban era un sitio seguro para acampar.

—Oye, Aureliano, si la lluvia nos coge antes de llegar a la otra quebrada, nos quedaremos sin pasar, y entonces no te aseguro que lleguemos al altillo.

—Eso es lo que yo tampoco quisiera, por eso debemos apurarnos. Después no importa que se venga abajo el cielo. Nos cobijaremos en las cuevas que dices que hay al otro lado.

La observación aquietó a Nicéforo, quien, aunque mozo capaz de muchas cosas, iba un poco preocupado por la aventura en que se había metido. Y si es verdad que él también tenía deuda que cobrarle a Puma Jauni, esto de cobrársela a tiros y en compañía de un mozo, cuyo valor no había sido puesto a prueba todavía, no dejaba de inquietarle. Verdad que él no iba a intervenir directamente. Su papel no era más que el de un simple auxiliar. Guiar a Calixto en la senda que debía seguir y por donde ni las mismas cabras se hubieran atrevido, para llegar al punto en que tendría lugar el encuentro.

Habría querido guiarlo cualquiera otra noche y no en una como ésta en que todo parecía obstaculizarles el viaje. Pero, precisamente, por esta circunstancia, esperada con impaciencia por Calixto, es que éste había decidido salir a «la caza del puma de dos patas», como le dijera cuando le dio la voz para cargar la mula y arrear por delante.

Astuto como su padre y aleccionado por sus constantes ejemplos, Calixto sabía muy bien que, para que una empresa como la que iba a acometer tuviera éxito feliz, lo inesperado era lo mejor. Qué iba a imaginarse Puma Jauni, si es que éste le había echado ya la mirada encima, que un indiecito semejante, que todavía estaba «oliendo a leche de oveja», le madrugara de ese modo, cuando todo el mundo estaría aquella noche encerrado en sus casuchas y hasta los perros ovillados y temblando entre los huecos de las pircas[*] y los rincones de los corrales. ¿Quién podía atreverse a viajar en una noche así, cuando los mismos *jircas* andan sueltos por las quebradas, y los *auquillos*[*], alborotados en las cumbres; cuando los ichus[*] se tornan intransitables y arrojan a los abismos a quienes se aventuran por ellos, cuando los huaycos[*] se desatan por todas partes, arrollando y demoliéndolo que encuentran?

Todo, pues, podría imaginarse Puma Jauni, aquella noche menos que el hijo del difunto Rufino, esa «lombriz de tierra», como le llamaban despectivamente en Chupán y hasta en Obas, estuviera ya pisándole el terreno, en pleno dominio suyo. Más todavía: que le viniera a buscar al sitio en que ni sus mismos hombres podían penetrar sin orden suya, bajo pena de muerte.

Porque el lugar adonde Calixto se dirigía aquella noche era la residencia particular y misteriosa del feroz bandido. Una especie de ciudadela sagrada, en la cual sólo podía penetrarse por un portachuelo escalonado y a pie, por no permitir su anchura el paso de un jinete.

Era allí donde Puma Jauni venía a refugiarse cuando se veía acosado por la fuerza pública o por sus enemigos, o, en ciertos días, a disfrutar de un poco de amor y quietud. Una ciudadela, que sólo la astucia y la sorpresa podían hacerla franqueable. Por estar seguro de esto, el bandido había secuestrado ahí, desde hacía dos meses, a la hermana de Calixto, convertida desde entonces, por obra de la violencia, en su querida y en señora de aquel antro.

Pero la tormenta no llegó. Prefirió quedarse rugiendo a la distancia para no estorbar a Calixto en la obra que iba a ejecutar. Se diría que la audacia y decisión de este hombre inconcluso la habían dejado en suspenso y que, desarrugando el ceño, se preparaba a contemplar el bizarro encuentro de dos hombres andinos.

—Bueno, ya estamos del otro lado, Nicéforo —murmuró Calixto, una vez que pasaron la «quebrada de los laupis»—. Mi coca no me ha engañado y mi *jirca* se ha quedado contento con el regalo que le hice. Ahora dirás tú por dónde debemos tomar.

—Por la izquierda. Siempre por la izquierda, siguiendo *taquinani*[*]. Camino de la derecha, para viajeros, no sirve. Daríamos muchas vueltas y la mañana nos sorprendería sin haber llegado al nido de Puma Jauni. Y la gente de éste debe andar también por ahí desparramada. Podíamos toparnos con ella y entonces, se acabó todo…

—Pasa, pues, delante y jala de la mula, que parece que ya va más voluntaria.

—Oye, Aureliano, ¿quieres decirme para qué trajimos mula y me has hecho que la cargue con ese saco de lana? ¿Era preciso mula y lana para matar a un hombre?

—Para matar a un hombre no, Nicéforo, pero sí para cargar gente, para llevar de regreso a mi hermana. ¿Que no sabes que también voy por mi hermana?

—Hablas muy seguro, Aureliano. Para rescatar a la Maruja hay que matar primero al puma.

—¿Y crees que no podré? No podrás tú que nunca te animaste a venir solo, sabiendo dónde se escondía ese mostrenco. Parece que le has tenido siempre miedo y que la voz comienza a temblarte.

—Por mí no; por ti, Aureliano. Yo no me voy a poner delante de ese indio.

—Entonces ríete, porque mi rifle se va a poner al habla con él y mi rifle habla bonito, ¡carache!

Después de haber caminado unas ocho horas por senderos peligrosos y horripilantes, cuyo fondo si bien no podía columbrarse por la oscuridad, aún sensible, los indios presentían por medio de los pies y la mula lo advertía con intempestivas paradas, dando resoplidos y como deliberando sobre el punto en que debía apoyar cada casco, una especie de muralla arriscada les detuvo.

Nicéforo se puso a tantear con ambas manos la roca, como practicando un reconocimiento y después de unos instantes murmuró:

—No me he equivocado; estamos a la espalda de la guarida de Puma Jauni.

—¿Estás seguro? ¿Te has fijado bien? —exclamó, impaciente por primera vez, Calixto.

—Me he fijado bien. Acércate. Trepando por aquí como gato se puede llegar calladito hasta arriba y divisar lo que hay adentro.

—¿Conoces la subida?

—La conozco. ¿No te he dicho ya que mi padre estuvo allí escondido ahora años, cuando le perseguía la fuerza? Después que murió se agarró el escondrijo Puma Jauni, que sabía el secreto. Allí hay casa, agua, arbolitos, pájaros que cantan, corral para animales. Por eso Puma Jauni ha metido allí a tu hermana.

—Y por eso yo le voy a abrir la puerta a tiros a ese mostrenco luego que el día claree.

—Lo que se va a alegrar Chupán y todos los pueblos de la comarca cuando sepan que les has quitado de encima a Puma Jauni con una bala en la cabeza.

—En la cabeza no; en el corazón, que trae buena suerte.

Ambos rieron silenciosamente, mientras la mula, que parecía haber estado oyéndolos, se detuvo también, como enterada de que el viaje había terminado.

Calixto, que como jefe de la diminuta expedición debía prever todo, ordenó:

—Ponle qué comer a la mula, Nicéforo, antes que lo pida relinchando y se enteren allá arriba.

—Ya lo había pensado, Aureliano.

Y el indio, después de hacer esta operación y restregarse las manos, se las escupió, diciendo:

—Estoy listo. Empezaremos la subida por aquí. Agárrate bien.

Y los dos, con los rifles en bandolera, mantenidos hasta ese momento ocultos bajo el poncho, comenzaron a trepar felinamente. Fue aquélla una ascensión del más puro andinismo, en la cual, a falta de bastones y cuerdas, las manos y los desnudos pies iban haciendo de garfios sobre las aristas de las rocas y las ramas de las plantas rastreras. De cuando en cuando un pedrusco desprendido, que se iba rebotando hasta el fondo; insectos que huían entre las grietas; aleteos de pájaros, que salían espantados de sus nidos. Un escalamiento de más de cien brazadas durante una hora de peligro, en que el instinto, el corazón y la voluntad supieron triunfar de una salvaje naturaleza.

—Ya estamos arriba, ¡carache! Trabajito nos ha costado —murmuró Nicéforo, quedándose agazapado detrás de una roca que parecía un menhir y volviéndose a Calixto, que se había detenido también de sondear con la mirada el espacio.

—Ya está clarito adentro, Aureliano. Acércate y mira.

Calixto se aproximó y se puso a observar. En el fondo, una explanada rectangular de unos doscientos metros de largo por unos cincuenta de ancho. En el centro y un poco a la derecha —lado oriental— una casita, con varios compartimientos de piedra y barro, construidos en forma primitiva y techados de paja. A pocos pasos, un corral, circundado de piedra también, con una veintena de ovejas, de las cuales, las mayores rumiaban pensativas y acostadas, mientras las más tiernas, como electrizadas por la radiante eclosión del día, se perseguían y triscaban entre balidos y estornudos.

Sobre un caballete de tres palos, que semejaban un *goal*, una hilera de gallinas, con su sultán en medio, comenzaban a desperezarse y a ver cómo aterrizar en busca del cotidiano sustento. Y delante de la casucha, tumbado, pero en son de guardián, un perrazo de amarillento pelaje, cuya formidable corpulencia bastaba para imponer temor a los hombres y a las fieras.

—Como apure un poquito más el día, Aureliano, el *lapón* nos va a olfatear, y si nos olfatea nos descubre y se nos viene encima. Entonces se ha perdido todo…

—Eso es lo que deseo precisamente, Nicéforo. Me va a servir para mi plan. Y para que no nos descubra a los dos juntos ándate para allá al frente, al lado de la entrada, y cuando yo te silbe le sueltas una bala a ese *lapón* del diablo. A él no más. A mí me dejas a Puma Jauni; con ése me entiendo yo. Si yerro y me mata entonces tú verás la manera de asegurarlo o escapar.

El indio Nicéforo se santiguó, y después de revisar su arma, empezó a deslizarse en la dirección indicada por Calixto. Pero apenas éste lo hubo perdido de vista, el perro, que ya se había incorporado, comenzó a ladrar sordamente, yendo y viniendo indeciso, tratando de descubrir el lugar de donde le venía el extraño y desagradable olor que olfateaba y que le había interrumpido su sueño.

Simultáneamente se asomaron dos cabezas de mujer, una por la puerta que daba al corral y otra por el lado opuesto, que era la que miraba a la hendidura por donde se penetraba a aquel recinto. Ante estas apariciones Calixto hizo un movimiento de alegre sorpresa. «¡Ah! —pensó—, aquélla es la Maruja y la otra la que le ha puesto de *madrina* Puma Jauni, para que no se quede sola cuando él se va. ¡Indio ladino! ¡Zorro ladrón! No ha querido asomarse él primero y ha mandado a las mujeres. Pero dónde irás hoy, bandido, que mi rifle no te alcance».

El perro no le dejó continuar en su soliloquio. Optando al fin por el lado de donde el viento le traía sin duda las emanaciones más odiosas, se lanzó, tarasqueando furiosamente, hacia aquél por donde Nicéforo iba bordeando, y una vez a la altura de éste, enfiló la cuesta con propósito de salvarla.

Aureliano, atento a la maniobra del animal y comprendiendo que el momento de obrar había llegado, silbó y segundos después el perro rodaba, despatarrado de un tiro.

—¡Bien! —murmuró Calixto—. No está mal el pulso del cholo. Ahora vamos a ver cómo anda el mío.

No había acabado de murmurar esto, cuando por la puerta que daba al corral apareció un hombre, carabina en mano, y luego de espaciar una mirada por las alturas, salvó de un salto las tapias y echó a correr, en zigzag, en dirección al sitio en que Calixto estaba apostado.

Éste, que no le había perdido de vista, tan luego como calculó la distancia que le convenía, sacando el cuerpo y apuntando, gritó:

—Párate, cholo mostrenco, y oye lo que te voy a decir.

Puma Jauni, por toda respuesta, se encaró el rifle rápidamente y disparó, pero

como el disparo lo hizo más guiado por la voz que por el bulto del hombre que apenas entreviera, el tiro le falló.

Ante esta falla, el bandido, sofrenando su nerviosidad, se quedó firme y encarándose a Calixto, que le apuntaba en ese instante y a quien reconoció instantáneamente, le gritó, con tono desafiante:

—Tira, pues, «lombricita de tierra». Me has adelantado. Habías sido tan zorro y madrugador como tu padre Rufino.

Y apenas dicho esto, con rapidez suma, dio un gran salto adelante y se tiró boca abajo, calculando que en ese instante debía disparar Calixto, por suponer que éste ignoraría aquella treta, propia de los *pishtacos* avezados a jugarse la vida en situaciones semejantes.

Calixto, preparado ya para aquel juego, no disparó sino segundos después, cuando ya Puma Jauni, tendido, intentaba cargar el arma, hiriendo al indio en los riñones.

—Creías que yo tampoco sabía estas mañas, ¡perro obasino! Tómate esa balita que te he mandado, para que no vuelvas a robar mujeres y meterte con los Calixtos.

Puma Jauni, sin disimular el dolor que empezaba a torturarle, abandonando el rifle, se incorporó en un supremo esfuerzo, hasta quedar medio de rodillas, y, con quejumbrosa voz, dijo:

—¡Ya, está, Aureliano! ¡Me has jodido! Baja a «hacerme pasar». Te lo pido por favor. La bala me está mordiendo bien adentro. ¡Baja!

Y como el indio, para convencer a Calixto de que efectivamente le había herido, se llevara la diestra hacia atrás y la mostrase después ensangrentada, éste se decidió al fin a bajar, no sin darle antes la voz a Nicéforo para que hiciera lo mismo.

—¡Aquí estoy, hijo del diablo! —habló Calixto, deteniéndose junto a Puma Jauni —. De buena gana te dejaría estacado bocarriba, para que te remataran los buitres, que eso mereces, pero he ofrecido tu cabeza.

—Hazme, entonces, «pasar» pronto, cholito valiente, y córtala después si te da la gana.

—Yo no sé «hacer pasar» porque tú eres el primer cholo que mato. Pero Nicéforo va a hacerte el favor.

—Aunque no lo merece. A mí también me ha hecho bastante daño.

Y dirigiéndose Nicéforo al moribundo bandido:

—¿Con qué quieres que te «haga pasar», con carabina o con cuchillo?

—Con lo que quieras, pero hazlo pronto —replicó con gesto de dolorosa indiferencia el herido, desplomándose.

Y mientras el otro sacaba el puñal para partirle el corazón, Puma Jauni todavía pudo decir:

—Me enterrarán junto con mi perro. ¡No lo olviden!

V

Terminado el desayuno, después del descenso, practicado con menos dificultad y peligro que la subida, por haberles favorecido la luz franca del sol, pero más complicado por la diligencia que tuvieron que desplegar ambos mozos en auxiliar a cada instante a la mujer que bajara con ellos, Calixto, cogiendo a ésta por un pie, la aupó sobre la mula, y dirigiéndose a Nicéforo, ordenó:

—Cuelga la cabeza de ese mostrenco en el anca, si es que no quieres llevarla tú mismo.

—*¡Achachau!* Pesa. Mejor ponerla al anca.

—¿No se ha reventado la maldita?

—Nada. La envolví bien en la camisa y la eché a rodar hasta abajo para quedar con mis manos libres. ¡Qué rica cabeza de cholo! ¡Y qué fea se puso después que la corté! Parece que se quedó diciendo: «¡Cómo estos *lapones* sarnosos han podido más que yo!».

—¿A la vieja *alcabite* dónde la dejaste?

—Adentro, bien amarrada para que no corriera a avisar.

—¿No has agarrado nada de allá arriba? Lo primero que te encargué fue que no agarraras nada. No hemos venido a robar, Nicéforo, sino a matar.

—Ni una hilachita, Aureliano.

—Bueno. Ahora tú, Maruja, arrea. Hay que aprovechar la mañana, que está muy linda —concluyó el flamante *pishtaco*, echándole al cielo una mirada, quién sabe si de gratitud o de complicidad, ya que todo le iba saliendo bien hasta ese momento.

La moza, un poco desencajada y con cierta inquietud en el espejo de sus ojos, arreó nuevamente.

La entrevista de los dos hermanos no había sido efusiva, como ella lo habría deseado. ¿Cuál sería el pensamiento de él cuando ella le salió al encuentro llorando e intentando abrazarle? ¿Se imaginaría que sus lágrimas eran por la muerte del bandido y no por la emoción que le causara la presencia de él? En todo caso ¿tenía ella la culpa de haberle gustado a Puma Jauni? ¿Por qué cuando éste se la llevó no corrió Aureliano, junto con sus amigos, a rescatarla a balazos? ¿Para qué servían los hombres entonces? ¿No era para cuidar a las mujeres, como los perros a los ganados?

Y lo que más le había dolido en la entrevista era que el mozo, después de habérsela quedado mirando, atajándole sus ímpetus fraternos, le dijo: «No me abraces hasta que la mancha que te ha dejado el perro obasino no se te haya limpiado bien y delante de nuestro *jirca*, y hasta que diga tu madrina, después del registro, que no te ha dejado liendre el piojo».

¡Liendre! ¿Sería ésta la causa de que en los últimos días se pasara llorando, sin ganas de comer, encogida sobre la cama y conteniéndose apenas, a la hora en que la vieja le servía, para no tirarle los platos a la cabeza? Y aunque así fuera ¿no era ella una Calixto para quitarse de encima la liendre que le hubieran engendrado sin su gusto? ¿No había para eso en Chupán comadres que sabían sacarla?

Ante este último pensamiento, que pareció repercutir telepáticamente en Calixto,

éste, que caminaba pegado a la cabalgadura, dijo:

—No has querido desayunar allá abajo, Maruja. Estás acaso desganada… ¿Será que el piojo obasino hizo ya cría y te has vuelto por eso melindrosa?

—Nada, Aureliano, nada. ¡Te lo juro!

Y la moza, desmintiéndose, comenzó a llorar silenciosamente.

—Ojalá que así sea, porque si llevas algo adentro no sé lo que vamos a hacer con el intruso. Tendrás que irte donde no volvamos a verte, o me iré yo donde me lleve el diablo. ¡Qué rabia me daría ser tío de un hijo de Puma Jauni!

—¡A mí, qué vergüenza, hermanito! Una deshonra para nuestra familia.

—¿Lo estás diciendo de corazón, Marucha?

—¡De corazón, Aureliucho!

El indio se enterneció un poco, pero no queriendo que su hermana le fuera a descubrir lo que él consideraba una debilidad, y menos que Nicéforo lo trasluciera, gritó:

—Arrea, mula mañosa, que ya se va entardeciendo. Y tú, Nice, corre en seguidita a avisar al pueblo que ya estamos llegando, para que vengan a recibirnos. Y repara en las vueltas, no vayan a estar los *lapones* de Puma Jauni olfateándome.

—Y a la hija de taita Evaristo ¿qué le digo?

—Que eres muy curioso y que estás queriendo volverte *alcabite* en vez de *pishtaco*.

Los dos hermanos quedaron sumergidos en un silencio de quebrada andina, solemne, abrumador, de esos que hacen que el indio se sienta más poseído por su amor a las cumbres, más penetrado de fuerza telúrica, y el hombre de la costa, más aplanado e impaciente por librarse de un medio que le irrita y cuya grandeza no puede aún comprender.

Iban tan absortos que ninguno de los dos se había percatado de que estaban ya en la cuenca del Chillán, y al otro lado un numeroso gentío, que al verles comenzó a vocear:

—¡Ahí viene Aureliano!

—¡Ahí viene Aureliano!

—¡Viva el *pishtaco* valiente!

—¡Viva Chupán!

—¡Viva patrón Santiago!

—¡Dónde está la cabeza de ese ladrón de mujeres! ¡A ver la cabeza, la cabeza!

Ya en el otro lado, precipitose sobre ellos la poblada y, antes de que el mozo acabara de calzarse los *shucuyes*, arrebató de las ancas de la mula el envoltorio que contenía la cabeza de Puma Jauni, y entre alaridos de impaciencia y crispaturas de manos codiciosas, la más poderosa de éstas, cogiéndola por los apelmazados cabellos, la exhibió en alto, desnuda, lívida, medusiana, con los bordes del tasajeado cuello replegados y circuidos por una gorguera de rojos cuajarones, que daba un aire de desprecio enfático.

—¡Ensártala en este palo! —gritó una voz.

—Sí, sí; en el palo, en el palo para que todos la vean cuando entremos a Chupán.

El mozo del palo, que no era otro que el alguacil del regidor, clavó la cabeza en la improvisada pica y, enarbolándola a manera de pendón siniestro, inició el desfile seguido de cerca por una banda de perros famélicos —excitada ya por el olor de la sangre y el ensordecedor griterío de las mujeres— y por otra, la de los músicos, más excitada aún por la expectativa de una bacanal en ciernes y el abigarrado concierto que formaban con sus arpas, violines y *pincullos*.

En el pueblo, el recibimiento se convirtió en apoteosis. Todos, retrasados, indecisos e incrédulos, acabaron por incorporarse a la turba. Hasta los niños, enardecidos por el salvaje espectáculo, corrieron a ponerse a la cabeza de ella. Sólo los inválidos y los enfermos se contentaron con asomarse a las puertas y agitar convulsivamente las manos, como si arrojaran con ellas maldiciones sobre el trágico trofeo que veían pasar.

El mismo taita *Ramun*, el cura, no pudo resistir a la tentación de atisbar, desde uno de los ventanucos de su morada, aquella extraña procesión y decirle a la Santosa, que detrás de él veía también como fascinada el desfile.

—Mañana hay que decir una misa en acción de gracias por habernos librado el Señor de aquella fiera.

—Supongo que no será gratis, Ramón; que te la pagará el pueblo aunque sea a realito por cabeza.

—Veremos, porque éstos a la hora de soltar el dinero son muy roñosos. ¡Y qué buena hazaña la de ese cholito Aureliano! No lo hubiera creído nunca.

—Es de los que tú dices que son como para cría.

—¡Cállate la boca! Siempre han de poner ustedes las mujeres malicia cuando hablan de los hombres que las entusiasman.

Al detenerse la multitud frente al cabildo, donde el alcalde con todos los nuevos *cargos* se hallaban esperando, éste gritó:

—Oye bien, Aureliano, lo que te voy a decir, a nombre del pueblo, y guárdalo. Te has portado bien. Chupán y sus *yayas* te dan las gracias; están contentos y ya podrán dormir tranquilos debido a tu valentía. Acércate para darte un abrazo.

Y después de habérselo dado, continuó:

—Has cumplido tu palabra. Yo también debo cumplir la mía. Aquí tienes a la Isabela, que se quedó temblando cuando te fuiste y ahora que estás de vuelta no hace más que reír. Mírala bien, y si hasta el otro *maranshay* te sigue gustando, no hay más, se lo dices a taita *Ramun* para que te eche la bendición. Ahora, entra para que comas y bebas un poquito de *chacta* con nosotros. Hemos matado algunos carneritos. Los demás que se retiren…

—¿Y la cabeza que te he traído dónde quieres que la pongan?

—Que la haga clavar el regidor en medio de la plaza por unos tres días, para que nadie se quede sin verla, y después que se la eche a los perros, que estarán

codiciándola.

El *trompiezo*

I

A su vuelta de Tacna, Carmelo Maquera notó algo extraño en su mujer. La había dejado diligente y la encontraba perezosa. El huso no giraba ya entre sus manos como de costumbre y el locro, con el que le esperaba todas las mañanas después del trabajo, no tenía la sazón de otros días. Suspiraba mucho y, a lo mejor, se quedaba ensimismada y sin prestarle atención a lo que le decía. El esquileo lo estaba haciendo muy mal y lentamente, sin importarle el compromiso contraído por Carmelo de entregar la lana lo más pronto para cancelar un adelanto que se estaba envejeciendo.

¿Qué le podía pasar a la Isidora? Y no era esto solamente lo que tenía escamado al indio, sino las negativas de su mujer a juntar los pellejos a la hora de acostarse. Lo venía haciendo desde la misma noche del regreso, trancándole la puerta y negándose a abrírsela, por más que amenazaba con echarla abajo. Esto era lo más grave.

Durante los tres años de casados que llevaban, los pellejos que les servían de cama no se habían separado nunca, ni peleados, ni enfermos. No; la bendición del señor cura no había sido para dormir cada uno por su lado, sino para estar juntos, siempre juntos, especialmente en las noches, que en esto consistía el matrimonio.

¿Por qué, pues, la Isidora se negaba a recibirle? ¿Por qué prefería dejarle fuera, sufriendo las tarascadas del frío, ovillado entre la rosca pulguienta de sus perros? La cosa merecía consultarse, ir a Tarata a exponérselo a quien los casó o a su padrino Callata, que tan a la mano lo tenía.

¿No estaría «el gavilán» revoloteando por encima de su choza? ¿No habría por ahí algún zorro venteándole su comida, esa que le sirvieran en la iglesia para él solito y por la cual pagara tan buenos soles? ¿No estaría comiéndosela ya?

Y como todas estas interrogaciones no le permitieran lampear bien ni pastorear el ganado, una tarde, lleno de súbita cólera, sin esperar que oscureciera y que todos sus animales estuvieran juntos para encorralarlos, abandonó todo y tornó a su choza, en momentos en que su mujer moqueaba y se restregaba los ojos en el faldellín.

—¡Estabas llorando!… ¿Qué cosa fea has visto para que se te ñublen los ojos así? ¿Se te ha muerto alguno que te duela más que yo?

—El humo de la yareta[*], Carmelo. Humo juerte.

—Nunca vide que te hizo llorar hasta aura. Te estás volviendo delicada como las señoritas de allá abajo. ¿No será pena?

—Acaso…

—¿Puedo yo curarla…?

—¡Nunca! No es corte de cuchillo, ni golpe de piedra ni de mano.

—¿Qu’es, pues, entonces?

—Si yo te lo dijera, Carmelo…

—¿Te está rondando el zorro?

—Peor que eso. Me ha salido al camino.

—¿Y tú qué le hiciste?

—No pude hacer nada; estaba sola. Ni cómo evitar el *trompiezo*.

El indio se inmutó arrojando violentamente al suelo el atado que tenía a la espalda, desfigurado el semblante por una mueca rabiosa, se acercó a su mujer hasta casi tocarle el rostro con el suyo y barbotó estas palabras.

—¡Un *trompiezo*! ¿Con quién?

—Te diré.

Y la mujer, como alentada por esta amenazadora actitud de su marido, más que atemorizada por ella, comenzó a relatarle toda la historia del hecho que había venido a interpolarse en su vida y a ensombrecerla.

Fue en la chacra de «Capujo», la tarde del domingo anterior al de la vuelta de Carmelo, al oscurecer. Ella estaba haciendo un *tapa* en la acequia para regar, cuando de pronto sintió en la espalda una sensación desagradable que la hizo volverse, y al volverse, entre los maizales, descubrió dos ojos malignos que la estaban espiando: eran los de su vecino Leoncio Quelopana. Tuvo miedo y quiso tirar la lampa y echarse a correr, pero le dio vergüenza. Aunque mujer, no estaba bien que hiciera lo que las vizcachas cuando ven gente.

Sonrió para disimular y acabó preguntándole a Leoncio por su mujer. Entonces éste, saliendo del maizal y avanzando hasta el borde del surco en que ella se había replegado, sin decirle siquiera una palabra, saltó sobre ella como un puma, agarrándola de las manos. Después un forcejeo, dos o tres mordiscos para que la soltara, gritos que nadie pudo oír, porque nadie había en el contorno, y el sol, único testigo, que acabó de esconderse pronto, para no ver el abuso de ese mal hombre. Pasó, pues, lo que había de pasar. Pero no con su gusto. Podía jurarlo. Todavía se sentía rabiosa de lo que le había hecho aquella tarde el maldito Leoncio, que el diablo habría de llevárselo para castigo de su culpa.

Y concluyó en estos términos:

—Cuando me dejó quise correr adonde nuestro padrino Callata, a contarle todo, pero temí que Leoncio me atajara en el camino y quisiera repetir el *trompiezo*. No fui, pues. Más bien me vine a la casa y tranqué bien la puerta, por si al hombre se le ocurriera venir en la noche. Ahí solita le pedí a Dios que volvieras pronto. Y el Tata me ha oído, Carmelo, porque a la semanita llegaste.

El relato no podía ser más minucioso, ni la verdad más ruda y dolorosa. Así ingenuo y medio montaraz como era este aymara, su credulidad no quedó satisfecha. ¿No habría alentado la Isidora, de algún modo, a Quelopana? ¿Por qué siendo ésta tan recia para el trabajo y tan fuerte con la lampa no había sabido defenderse? Él nunca había podido hacer lo que aquel indio salteador de mujeres. Cuantas veces lo intentara había quedado desairado y corrido.

Una cólera fría le apagó la llama que por un momento hiciera brillar en sus ojos su dignidad de hombre y de marido, y después de mirar furtivamente el desmesurado cuchillo que colgaba en la quincha, se resolvió a decir:

—¿Conque el marido de mi hermana ha sido el ladrón? Peor entonces; tendré que ensuciar en él mi cuchillo dos veces; darle dos golpes en el corazón a ese traposo.

—No, Carmelo. No lo vas a matar. Si lo haces me quedaré sola, abandonada y entonces vendrán otros *trompiezos*. Por eso no quería decírtelo, pero mi pecho estaba ahogándose…

—Si no lo hago, Leoncio va a creer que es por miedo. Me perderá el respeto y ya no te dejará tranquila, y yo no podré ir lejos a vender las cosechas ni la lana.

—No creas, Carmelo. Si vuelve seré yo quien le meta el cuchillo. ¿Has visto tu cuchillo, que estái colgado? Sácalo y verás cómo le he puesto su filo. Pa que me acompañe cuando salga sola.

II

Después de esta confesión pareció que el indio quedaba aquietado. Pero una voz íntima le decía que si bien su mujer había hablado toda la verdad, algo le quedaba a él por hacer: cobrarse el daño o matar. De no proceder así tenía que resignarse a vivir toda la vida fingiendo ignorar lo que tal vez sabía ya todo Cairani.

¿Cómo iba a ser posible esto? Ante el *misti* se puede fingir, se debe fingir, porque el fingimiento es la mejor arma del indio para luchar contra él. Es una ley de la raza. Pero ante otro indio, ante otro igual, la ficción es una cobardía inconcebible, una llaga moral pestilente que no deja respirar bien a quien la lleva. Y entre indios hay que cobrarse todo. Al *misti* engañarle, robarle, mentirle, trampearle todo lo que se pueda; al indio, al hermano, no. Las deudas y los agravios hay que cobrarlos inmediatamente, de igual a igual, de hombre a hombre y sin ventajas.

¿Por qué no iba, pues, a cobrarle a Leoncio el daño que le había hecho a su honra, aprovechándose de su ausencia? El que hace un daño debe repararlo. Este principio, que es uno de los puntales del edificio ético, económico y social del ayllo, lo había venido oyendo repetir desde su infancia. Y el rabulismo y el tinterillaje se lo habían confirmado después, en las veces que había tenido que recurrir al papel sellado para defenderse de alguna usurpación.

¿No le había quitado Quelopana su honor? Pues que se lo pagara. La idea le pareció digna de una buena venganza. ¿Para qué herir al otro en el cuerpo cuando bien podía herirle en la bolsa, que era donde más podía dolerle, y sin consecuencias? Así se libraría de ir a parar él a la cárcel o de convertirse en un indio cimarrón y mostrenco.

Y la mezquina imaginación de Carmelo Maquera comenzó a exaltarse. Se vio ya ante el juez interponiendo su queja; luego, a su contrario confesando su culpa,

anonadado por los juramentos y lágrimas de la Isidora. En seguida el acta, en que se hacía constar todo esto, autorizada por el juez y los testigos, y la pena remuneradora. ¡La pena! Una buena suma; algo que seguramente Leoncio no iba a poderle pagar inmediatamente. Entonces sobrevendría el embargo, y el embargo tendría que recaer en la chacra, en las llamas y pacos, en los alfalfares, en todo lo que fuera suyo… Porque él no iba a contentarse con lo que Quelopana quisiera darle buenamente. Para eso tenía en Cairani y Tarata quien lo patrocinara y defendiera. O si era preciso llevar su causa a Tacna, pues allá también la llevaría. Para eso Dios le había dado con qué pleitar.

Persuadido por estos pensamientos, pero, a la vez, atado por la cadena de sus tradiciones seculares, se resolvió a tentar primero por el camino de la componenda amigable, a llevar a Quelopana ante un consejo de vecinos, que en estos casos era obligación de quien quería el arreglo, convocar y oír.

Comenzó, como era de ritual, por ir primero a la casa de su padrino de matrimonio Callata, llamado a presidir ese consejo. Ahí, después de cambiar dos o tres libaciones de aguardiente, llevado con ese objeto por él mismo, solemne, por no permitir el ceremonial familiaridad, Maquera repitió, sin perder letra, toda la confesión de su mujer. Hasta estuvo patético. Habría jurado que cuando la Isidora le contaba todo, su cuchillo, que, naturalmente, había estado oyendo, se estremeció. Y hasta parece que le pidiera sacarlo de la vaina. Pero él prefirió dejarlo quieto hasta que su padrino resolviera lo que fuera mejor.

Callata se rascó la cabeza, pidió otra copa, hizo con el trago una especie de enjuague y después de echarle una mirada sibilina al techo, devolvió la buchada coruscante ruidosamente.

—¡Bueno! Te he oído con interés, como nuestra costumbre manda que se oiga al ahijado que viene a contarnos su agravio y pedirnos consejo. Has hecho bien en no haberle obedecido a tu cuchillo. El agravio que te ha hecho Leoncio Quelopana no es completo.

Maquera, sacudido por la palabra última, golpeó reciamente la mesa con la botella y, lleno de asombro, interrumpió el discurso de su padrino.

—Cómo, ¿todavía le falta algo?

—Sí; el agravio no ha sido completo; te lo ha hecho Quelopana, sólo, sin consentimiento de la Isidora. Y como ella no ha puesto nada en el *trompiezo*, la ofensa no sido sino a medias. Si ella no lo impidió fue porque no pudo. ¿Qué puede hacer la gallina cuando el zorro la sorprende y la coge del pescuezo mientras su gallo duerme o canta en otro corral? La ocasión hace al ladrón, dicen los *mistis*, y me parece verdad. No olvides, ahijado Carmelo, que al dinero y la mujer hay que tenerlos siempre al cinto o encuevados, para que no venga el ladrón y se los lleve, más que sea a la fuerza. ¿Por qué no te llevaste a la Isidora a Tacna?

—No tenía a quién dejar en la chacra pa que me cuidase mi alfalfita y mis llamos.

—Sí, la chacra y los llamos valen mucho; a veces más que la mujer, pero la tuya

vale más que todos tus ganados. No has debido dejarla sola. Yo voy creyendo, Carmelo, que la Isidora te estorba cuando vas a Tacna. He oído decir que hay allí gallinitas para toda clase de zorros y a todo precio. ¿Será verdad?

Maquera, a pesar de la solemnidad del acto, sonrió maliciosamente.

—Tú sabes mucho, padrino Callata. Aconséjame, pues, cómo arreglaré con Leoncio, ya que ni tú ni la Isidora quieren que le cobre la deuda con mi cuchillo.

—Basta con que te pague bien tu honor. ¡Qué más!… ¿Le recibirías doscientos soles…?

—¡Poco! La Isidora no es vieja. Leoncio tiene buenos ganados. ¿Por qué no quinientos?

—¿Qué, estás loco, Maquera? ¿De dónde va a sacar tanto ese cazafaldas? En fin, anda a verte tú con los otros que deben asistir al arreglo esta noche y déjame a mí lo demás, que ya me encargaré yo de que Quelopana y su mujer no falten.

III

Por supuesto que nadie faltó a la cita, a pesar de lo avanzado y crudo de la noche: cuatro de la mañana. Pero había que cumplir los preceptos del ayllo. Asuntos de esta clase hay que tratarlos entre las sombras de la noche, para que los que no asisten no se enteren del arreglo y el sol no se escandalice. Al sol no le gustan estas cosas. Se enoja, lo mismo que los cerros, y daña las cosechas. El arreglo debe ser, pues, antes de que se despierte y comience a desperezarse sobre el lomo de las cumbres.

Callata, revestido de importancia y seriedad, esparció una mirada en torno suyo, para cerciorarse de que todos los invitados estaban presentes. El consejo estaba completo. Allí, formando rueda, desmenuzando bostezos y cascándose, disimuladamente, los piojos, estaban Manuel Mamani, Inocencio Cahuana, Narciso López, Tomás Condori y, naturalmente, los suegros del ofendido y éste y Quelopana, con sus respectivas costillas, la Isidora y la Carlota, hermana de Maquera. Quelopana venía a ser, pues, cuñado de Carmelo, y esto era lo que más aumentaba la gravedad del caso *sujeto a materia*, como se dice en la jerga judicial. Ni esto había sabido tener en cuenta el ofensor.

Era lo que más había conmovido los principios moles de Callata y lo que seguramente iba a producir indignación en los asistentes. Una circunstancia agravante, que había que hacerla valer en favor del ahijado para el mejor éxito de lo que iba a proponer.

Una vez todos arrodillados y contritos y en círculo perfecto, como si estuviera en misa, Callata, dirigiéndose a la Isidora, exclamó:

—Isidora Coahila, mujer de Carmelo Maquera, vas a hacer tu obligación.

Inmediatamente la Coahila comenzó a sacar puñaditos de coca del talego que había mantenido oculto bajo la manta y a invitarles, principiando por su padrino, a la

vez que le decía a cada cual:

—Perdón por el *trompiezo*, que es la primera vez…

En seguida el testigo Cahuana, por ser el más viejo, preguntó:

—Leoncio Quelopana, ¿cierto lo que dice la Isidora?

El interrogado, después de un largo silencio y con la cabeza inclinada, como un reo ante la guillotina, respondió:

—¡Verdad! ¡Verdad! ¡Perdónenme del *trompiezo* por primera vez!

—¿Nada más? —le increpó Callata.

—Que diga Carmelo cuánto cobra por su honor.

—Yo —dijo el aludido— llevo ya gastados más de cien soles en ir a Tarata. Mi apoderado Calisaya le gusta que paguen bien sus servicios. Que me pague Quelopana quinientos soles.

—Me parece mucho. Los títulos de mi terreno los tengo empeñados, los llamos y los pacos se me están muriendo; la cosecha no me ha dejado nada este año y la Carlota ha tenido que vender sus sortijas, sus aretes y todo el orito que tenía, pa pagarle sus derechos al cura en la fiesta de nuestro patrón. ¿De dónde voy sacar tanta plata?

Callata creyó conveniente intervenir.

—Leoncio, el que hace un daño debe pagarlo, y cuando el daño es tan grande como el que has hecho tú, no hay que apretarle mucho el ñudo a la bolsa. ¿Quién te mandó a beber agua ajena? La has ensuciado y hay que volverla limpia, como quiere su dueño.

—¿Te parece bien trescientos, tata Callata?

Callata tuvo un movimiento de sorpresa, pero tan imperceptible que sólo Carmelo, que no lo perdía de vista, lo advirtió. Ambos se miraron fijamente y se entendieron.

—¡Está bueno! —dijo Callata en tono sentencioso—. Que vaya al instante por ellos.

—No podría, tata, porque no los tengo. Iré mañana a Tarata a buscar quién me los preste.

—No hace falta. Te los prestaré yo. Que Cahuana haga el recibo para que tú lo firmes.

Quelopana, cogido en su propia red, no tuvo más remedio que aceptar y firmar, mientras su mujer, profundamente dolida del arreglo, gemía: «¡Mucho, mucho por el *trompiezo*, mucho!», a la vez que todos, todavía arrodillados, se pedían perdón mutuamente.

Terminada la ceremonia, cada cual, después de brindar un trago con Carmelo y recibir otro puñado de coca de manos de la Maquera, quien ya en este instante sonreía y hasta se había atrevido a posar la mirada en Leoncio, se fue despidiendo, no sin decirle antes a ésta: «Tienes un buen marido, Isidora. Cuidado no más con otro *trompiezo*» y a Quelopana: «Que no se te antoje, indio *faltativo, descasador*, con

trompezarte con mi mujer. Yo tengo en mi casa un buen cuchillo y una buena carabina».

Llegado el momento de retirarse también los Maquera, Callata, dejando a un lado toda su prosopopeya, después de darle a cada uno un ceñido abrazo, exclamó, reforzando la intención con una sonrisa:

—¡Bueno ha estado el arreglo! ¿Cuánto me va a tocar a mí?

—Tú dirás, padrino.

—¿Te parece bien cincuenta soles?

—Tómalos, pues, y dame el resto.

Ya en pleno campo, en dirección a su estancia, Carmelo, medio embriagado por la dicha que le producía verse con tantos billetes en la mano, cosa que no le pasaba en mucho tiempo, se sobreparó y le dijo a su mujer, un poco mimoso:

—Oye, Isidora, con un *trompiezo* de éstos cada mes, acabaríamos por comprar todas las tierras de Cairani.

—Entonces no quieres que lleve ya el cuchillo cuando vaya sola a Capujo…

Juan Rabines no perdona

A José Vasconcelos

I

Rotas ya las negociaciones con el montonero Benel, un fuerte destacamento de tropas, compuesto en su mayor parte de paisanos, muchos de ellos enemigos del famoso cabecilla, cayó sobre él en Chipuluc, desbaratándole y ametrallándole sin piedad.

Brava gente esta de Benel y más que brava, escurridiza, matrera, de mucha alicantina y forjada al golpe de los infortunios y de la lucha, de esa vida que no deja dormir más que con un solo ojo, y que enseña a bastarse a sí mismo y a confiarlo todo a las armas.

Cada hombre de éstos, al igual de su jefe tenía la intuición de la maniobra y la soberbia de su independencia. Muchos de ellos se habían afiliado a la banda por mero gusto, por *sport*, por simpatía al hombre que los encabezaba más que por comprensión del principio que sostenía.

No obstante lo estratégico de la posesión, la derrota había sobrevenido. Y lo peor no era esto, sino la victimación del jefe en momentos que, arrastrándose acribillado de heridas, buscaba un refugio en la selva. Ni esperanzas, pues, de reacción, de resurgimiento, de vuelta a la vida montoneril, de entradas y salidas por pueblos y aldeas, bajo el vitoreo de los simpatizantes con la causa y de las sonrisas de las mozas garridas y querendonas.

Todo se derrumbaba de repente, todo, por la fuerza de la fuerza y al crepitar siniestro de las ametralladoras —esas maquinitas pedorreras— como tan gráfica y burlonamente las llamaban montoneros y paisanos. La visión del triunfo y la expectativa de una cuantiosa indemnización, columbradas desde varios meses atrás, se desvanecían entre estertores de muerte y charcos de preciosa sangre fraterna.

Entre estos derrotados, el que más dolorido se sentía por el desastre era el mozo Juan Rabines, enrolado en la gente de Benel con la más sana intención de hacer la felicidad de la patria, pero haciendo antes, por supuesto, la suya. Para eso había contribuido a la rebelión con algunos hombres, escogidos entre el bandolerismo, gente pronta para el asalto, la emboscada, el avance o la fuga.

También lo había llevado un poco de entusiasmo novelesco, de rebeldía innata, atávica, transmitida por la sangre de diez generaciones de hombres turbulentos y combativos, indisciplinados y cerriles, eternamente afiebrados de pasión y excitados por el espectáculo de la tragedia.

Un chotano, un buen chotano, no podía permanecer indiferente ante una rebeldía,

fuera la que fuera. Y en el caso de Benel la vacilación habría sido para él una deshonra. No sólo se trataba del paisano, sino del patrón, del buen don Eleodoro, quien más de una vez había sabido sacarle de apuros por una puñadita de *primera intención*, amparándole en «El Triunfo», sentándole a su mesa y dándole tierras y dinero para trabajarlas, hasta que los edictos —esa indiscreta y odiosa manera de llamar a la gente que tiene la justicia— se cansaban de mentarle el nombre.

¿Cómo no lo iba a seguir, sobre todo, cuando en esta vez estaba de por medio el nombre del doctor, de don Arturo, el ilustre paisano, quien, de repente, sin decir allá va, había caído entre ellos, bizarro y optimista? Un chotano puede vivir con todos sus paisanos en perpetua guerra dentro de su pueblo, que ésta es la ley de la caballería chotanesca desde que Chota es Chota; pero fuera de él, nunca, porque la voz del paisanaje está por encima del odio y ata más que el amor.

Juan Rabines iba, pues, aquella mañana, quince días después de la derrota, en plena renegación, inerme, para que el fusil no fuera a delatarle, cubierto con un poncho, prestado por ahí, para ocultar las desgarraduras de su traje, y con un largo cuchillo a la cintura, como única defensa para el caso de un desagradable encuentro.

Por todas partes iba recogiendo informaciones poco tranquilizadoras. Muchos de los prisioneros habían sido fusilados o rematados en el mismo campo de acción; la muerte de Benel estaba ya confirmada y la caza de dispersos, más que persecución, continuaba todavía. Como casi todos los rebeldes tomaran hacia la montaña, con el fin de internarse en ella y librarse así de caer en manos de las autoridades, puestas en acción telegráficamente, él, Rabines, llevado de un presentimiento, tomó por el lado contrario, hacia la costa, pues algo le decía que por esa ruta la persecución y vigilancia no habrían de ser tan rigurosas, por lo mismo que la atención de todos, amigos y enemigos, estaría fija en esos trágicos momentos en la serranía y la montaña cutervinas.

¡Qué viaje el que tuvo entonces que hacer! Unas horas dentro de los caminos, otras fuera de ellos, eludiendo encuentros peligrosos, como el de la guardia civil, flamante aún en el servicio y deseosa de hacer méritos. Y en su marcha a campo traviesa, cortando quebradas, saltando abismos y ríos torrentosos, el único guía fue su instinto. Allí, donde cualquier costeño se hubiera encontrado sin salida o una falsa pisada le hubiera precipitado en el vacío, o una distracción expuéstole a la asechanza o ataque de alguna alimaña feroz, él había sabido componérselas y salir triunfante de su habilidad, de su fuerza, lleno de un creciente optimismo, a medida que el olor de las tierras bajas se le iba haciendo más sensible y penetrante.

Jamás había pasado de Santa Cruz, adonde fuera en más de una ocasión, atraído por la celebrada belleza de sus mujeres y la dulzura del clima. Porque Rabines, como buen guitarrista y amigo de aventuras amorosas, casi no había dejado pueblo de Cutervo ni de su provincia sin darles a conocer su abaritonada voz y su habilidad musical, su porte seductor y sus arrestos tenorinos. Él era quien había hecho famosa, a fuerza de irla repitiendo en todas partes, aquella copla de su invención, que tan bien

le retrataba de alma y cuerpo:

Con corona o sin corona,
con buenos o malos fines,
quien se la hace a Juan Rabines,
Rabines no le perdona.

Y la copla la iba repitiendo aquella mañana mentalmente. Desde la noche, al rodear los aledaños del mentado pueblo —donde la prudencia no le dejó entrar—, cuna de la mujer que había sabido sujetarle y con la cual se uniera libremente hacía apenas dos años. ¿Dónde estaría ella, la muy deseada, en aquellos instantes? ¿Por qué no la encontraría en La Samana el propio que le mandó del campamento, días antes del combate de Chipuluc? ¿Se habría decidido a volver a Santa Cruz, donde su familia, para librarse de las tropelías de la soldadesca y de los *contramontoneros* comenzadas contra los allegados de los benelistas, particularmente contra sus hogares y sus mujeres? ¿Dónde estaría refugiada?

Había combatido la última vez con esta interrogación colgada de los labios, receloso, inquieto, disparando rabiosamente el rifle, esperanzado en el triunfo, más que por sus resultados, por el deseo de volver al lado de ella, aunque fuera por unos días, y poderle desvanecer así la inquietud que comenzaba a torturarle.

Marchaba despeado, con el talego de fiambre enteramente vacío y una sed que comenzaba a morderle las entrañas. Casi no había dormido en la noche, sacudido de rato en rato por las trepidaciones de los autos, que, desde su escondrijo, veía pasar agujereando sombras, levantando oleadas de abrillantado polvo, sembrando de graznidos el silencio solemne de las alturas y luciendo por largo espacio el rubí de sus linternas traseras.

Desfile interminable… inacabable. Unas veces eran tres o cuatro autos en convoy los que pasaban; otras, uno solo; pero todos, al parecer, urgidos, deseosos de llegar adonde iban. Hubo un momento en que uno de ellos se detuvo casi frente a su abrigo y creyó oír una vez autoritaria que preguntaba algo y otra que respondía respetuosamente y luego ver, entre los conos de luz proyectados por el auto, sables y galones militares.

Inmediatamente comprendió lo que aquel desfile significaba. Un refuerzo de tropas gobiernistas. Soldados, soldados y más soldados… El comando de allá abajo no creía suficiente los que había echado tras del infortunado guerrillero. ¿Y para qué…? ¿Qué, ignoraban todavía lo que se había hecho con él en las inmediaciones de Chipuluc? ¿O se temía algún levantamiento en alguna parte? ¿Tal vez si don Arturo… o quizá si todo lo que había ido recogiendo sobre Benel durante su largo peregrinaje era falso?

Pero no, no podía ser. En la cara de todos los poblanos y campesinos había leído la verdad, toda la terrible verdad. En casi todos ellos un dejo de tristeza, una protesta muda, una sombra de inquietud, una decepción…

Caminó todavía media hora más por las alturas, fuera de camino, bordeándolo, hasta que al fin se resolvió a descender a la carretera, la cual columbrara desde el amanecer y parecía invitarle a bajar. Pero apenas había empezado a saborear el placer de caminar por ella y a sentir extrañas sensaciones en sus pies serranos, cuando, a la vuelta de una curva, un estallido de voces y risotadas le detuvo. Intentó retroceder y ocultarse, pero alguien, desde un camión, que se hallaba plantado en media carretera, le gritó:

—Oiga, amigo, acérquese y denos una manita, que el carro se nos ha plantao.

—Bueno, allá voy.

Y Rabines se acercó confiadamente y ayudó. Una rueda del camión se había salido, al describir una cerrada curva, del lomo de la pista, quedando casi al aire. Una vuelta más y los seis hombres que llevaba el camión habrían rodado con él hasta el fondo del abismo.

—Hemos estado de suerte —dijo uno de ellos—. Ya te decía, Crisóstomo, que todo sale malo en día trece. Ahora falta que no podamos llegar a tiempo al túnel y el ingeniero nos eche una raspa.

—Pa lo que a mí me importa —respondió el llamado Crisóstomo, un zambo fornido y que parecía ser el jefe de ellos—. Con tal que estemos allá antes de las nueve…

Rabines se aventuró a terciar en la conversación:

—¿Que no son las nueve todavía? Yo hubiera creído que ya estábamos en ellas o, cuando menos, cerca…

—Apenas hará media hora que salimos del campamento, y cuando salimos, el jefe que nos despachó dijo: «Bueno, son las siete y media. A las nueve estarán allá descansadamente».

—¿Y usté de dónde viene, amigo? —preguntó el Crisóstomo.

—De arriba, de Santa Cruz.

—¿Es usté deay?

—De más allacito.

—¿No se ha encontrado usté por ay con la fuerza?

—Toda la noche han estao pasando por el costao de mi rancho carros y más carros, llenos de tropa, que no nos han dejado dormir bien.

—Una tontería —intervino otro—. Ya Benel huele a difunto. Le han destrosao toda su gente y a él le han metido cuatro tiros y le han dejado por ay tirao para que se lo coman los gallinazos, según dicen, que a mí no me consta. ¡Sonso! ¿Pa qué se dejó acorralar?

—Si no es indiscreción, ¿puede saberse, amigo, dónde va usté? —volvió a interrogar Crisóstomo.

A Rabines no le supo bien la pregunta. En otro momento y en otro lugar le habría respondido con un «qué le importa a usted», pero como no quería hacerse sospechoso y, de otro lado, la franqueza de esta gente le inspiraba confianza, contestó:

—Ni yo mismo lo sé. ¡Psh! Como todo anda por allá arriba mal y la gente sin trabajo, espantada por los de Benel, me he venido a buscarlo por acá. ¿No habría para mí un lugarcito entre ustedes?

—Ya lo creo que sí. Precisamente son hombres los que necesitamos. Suba al carro con nosotros y véngase, que yo lo presentaré al ingeniero.

Rabines aceptó y después de encaramarse en el camión y devorar unos cuantos trozos de tasajo, que uno de los trabajadores le brindara, dijo, poniéndose a tono de la alegría general:

—¿No hay por ahí un poco de agua?

—¡Tan temprano! —murmuró el chofer—. Como no sea de la que llevamos pa'l refrigerador… Si gusta de ésa…

Rabines, sin preocuparse de la ironía de la respuesta, y de las bromas de sus flamantes compañeros, cogió la lata que le pasaba el chofer, quitole los tapones y levantándola en alarde de fuerza hasta la altura de su boca, vertió sobre ella un chorro de agua fresca y cristalina.

Todos aplaudieron íntimamente esta muestra de sencillez y vigor del simpático mozo, a la vez que empezaron a sentir por él estimación y respeto.

—¡Muy bien, requetebién! —exclamó el capataz Crisóstomo—. Si alguna vez hace usté esto delante de míster Sutton, capaz de mandarle a su tierra pa que boxee.

—O pa que maneje el monitor que van a estrenar dentro de poco.

Rabines sonrió, sin pagarse mucho de la alabanza, limitándose a decir, con profundo sentido filosófico:

—¡Para lo que sirven hoy las manos habiendo tantas cosas con qué defenderse y matar rápidamente!…

II

A los quince días *el cholo Juan*, como acabaron por llamar todos en el campamento a Rabines, sin preocuparse de su apelativo, que él —por una razón muy explicable—, sustituyera por el de Carpio, se había convertido en el trabajador más estimado y popular de Carhuaquero. Hacía todo con una diligencia extrema y una habilidad muy particular.

Mientras la mayor parte de los otros peones serranos sacaban apenas una tarea al día, murrientos, nostálgicos, con las miradas pegadas a las cumbres de los cerros que circundaban el valle, él, alegre y decidor, sacaba tres cada dos y a veces hasta cuatro, vertiendo sobre el duro prosaísmo de los picos y las palanas toda la poesía de las canciones y *tristes* del folklore chotano y cutervino.

Pero esta alegría de Juan Rabines, bien observada, no era más que un disimulo, careta tras de la cual ocultaba una pena más honda que las excavaciones que hacían aquellos hombres en las peñas y canales. Tenía el orgullo de su dolor, la soberbia de

su silencio y la fe de que al fin habrían de volver para él mejores días.

¿Para qué, pues, hacer pública la pena que le ahogaba? ¿Para qué perder tiempo en contarle a los compañeros lo que éstos no habrían de remediar? ¿Quién de entre ellos hubiera podido aquilatar su pena y apaciguar toda la tempestad que hervía en el fondo de su pecho?

Porque Rabines, desde que llegó a Carhuaquero, se sentía carcomido por unos celos horribles. La inquietud se le había tornado en duda y la duda en celos. Unos celos brotados de repente, al despertar una mañana, del fondo de un sueño y medio recordado entre las brumosidades de la vigilia. Celos que iban creciendo a medida que los días pasaban y la ignorancia sobre la suerte de su querida se hacía más larga y profunda.

Y es que Juan Rabines, a pesar de la fogosidad de su pasión, no estaba muy cegado por ella y menos entontecido. Sabía por su práctica erótica todo lo que podía esperar de su amante después de una larga separación. Era una hembra «incitadora como el ají», según expresión propia, y, más que incitadora, fascinante como una vampiresa. Más todavía: tenía los tres dones terribles de la mujer: belleza, gracia y juventud, en torno de los cuales toda precaución marital suele a veces ser poca.

¿Cómo pasar inadvertida una mujer así? ¿No la tendrían asediada ya todos los mozos de su pueblo, que tanto se la habían envidiado? ¿No habría sido ya descubierta por alguno de esos libertinos de sable, desalmados, que se habían esparcido por toda la provincia chotana, a caza de benelistas fugitivos? ¿No la habrían violentado algunos de ésos y cargado después con ella, aprisionado, a su vez, por las redes de sus gracias?

Y ante esta idea dolorosa, el mozo se sentía a ratos tentado de descubrirse y gritar: «Este cholo Juan que ven aquí es el chotano Juan Rabines, el de la copla famosa, que no sabe perdonar ni tener miedo. El que sea hombre que me tome». Luego arrojar la herramienta y perderse cuesta arriba. Pero pronto acababa refrenándose. Algo íntimo le decía que semejante actitud habría sido tonta, estúpida, y, más que todo inútil…, que más tardaría en perderse de vista cuando ya los avisos telefónicos y telegráficos, como chasquis[*] diabólicos, habrían propagado la noticia de su fuga. Un teniente de Benel no era cosa despreciable en esos instantes de expectativa pública. Su captura podía ser hasta motivo de ascenso.

No; no era hora de huir todavía, de eclipsarse, de tornar a la añorada tierra, a esa Samana de sus amores, para darse el gusto de saldar algunas cuentas, que indudablemente le habrían abierto durante su ausencia. Él, como buen pagador, no gustaba quedarse con nada de nadie. Cobrar y pagar fueron siempre las dos grandes preocupaciones de su vida, que, aunque corta, era ya larga en episodios de sangre, lides amorosas, persecuciones judiciales, aventuras montoneriles, levantadas y caídas.

Y la primera de las cuentas que había de cobrar sería seguramente la que alguno le había abierto a costa de su honra, de su crédito de macho que no supo jamás perdonar una ofensa. ¿Cómo presentarse en su pueblo y volver a cantar, al compás de

su guitarra, la famosa copla sin sentirse abrumado de ironía y azotado por la risa zumbona de todos?

¿Para qué quedaría entonces Juan Rabines sino para chacota de los hombres y hazmerreír de las mujeres? Habría sido una imperdonable necedad descubrirse. Se reconvino a sí mismo, se dirigió frases despectivas por sus asomos de flaqueza, comparó su presente y su pasado, hizo de ellos un balance y el saldo favoreció su varonía. Hasta ese momento podía jactarse de haber sido siempre un hombre. Había, pues, que seguir siéndolo; someterse a las circunstancias, al destino, que tan oportunamente le había facilitado la manera de esquivar la persecución y procurarle un honrado medio de vida.

Trabajar no era malo, tal vez si mejor que pasarse una noche aquí y una noche allá, con la vihuela bajo el brazo, o el caballo entre las piernas, de guarda espaldas del patrón Eleodoro, concitándose la envidia de los mismos compañeros de aventuras y oyendo las amargas recriminaciones de las mujeres burladas. El trabajo era un dulce sedativo del pesar y el mejor refrenador de la impaciencia. Trabajando se pasaban raudos los días. Se veía amanecer el sol por un lado y cuando menos se pensaba ya estaba en el opuesto, pálido, agonizante, como esos buenos camaradas que vio caer en torno suyo en los combates.

Y menos mal la vida en Carhuaquero. Se trataba bien al trabajador; se le pagaba semanalmente, sin esos descuentos leoninos de las haciendas andinas. Tantas tareas, tantos soles, ni más ni menos. Nada de esperas ni de enredos a las horas de pago. Cada cual tenía el derecho de comparar su libreta con las cuentas del pagador y reclamar de cualquier equívoco. Y una vez el dinero en la mano se podía hacer con él muchas cosas: proveerse de sabrosas conservas, hacer por ahí alguna picardía con las mozas de los alrededores, darse un brinquito a Chongoyape, para atracarse de guarapo y piñas, o subir a Carrizal, o bajar a La Puntilla, a comprar lo que faltaba en el campamento.

En las noches, tertulia en el galpón, charlas picarescas, briscán, caída y limpia, casino, siete y medio y audición gramofonil. Y brazuelos regordetes y atezados, alcanzándoles a los jugadores vasos de gaseosas y butifarras para alguno a quien la cena no había dejado satisfecho; fru-fru de faldas almidonadas; risas femeninas llenas de malicia y obsequiosidad; chiquillos de rostros palúdicos, pidiendo algo, entre llantos y bostezos; perros ladradores, que olfatean las escandalosas emanaciones de las ollas, y, por encima de todo esto, el ruido del motor de la planta eléctrica taladrando el silencio nocturno con monótono gorgoriteo.

Un domingo de ésos, Rabines, estimulado por la paga del día anterior, que había recibido íntegra, y por la suerte con que jugara en la noche, aligerando más de un bolsillo y, más que todo, por el deseo de averiguar allá abajo algo de lo que le interesaba, se resolvió a ir a la gerencia en demanda de permiso. Su sección no estaba aquel día de turno y bien podía pasarse el domingo en otra parte.

—Adelante, Carpio —exclamó la voz del ingeniero jefe—. ¿Qué le trae por aquí?

—Permiso, señor, para ir a conocer Chongoyape en el camión que va a salir ahora por víveres.

—¡Hum! Como no me lo eche a perder a usted alguna mala junta… Chongoyape es peligroso para los mozos como usted, que se las traen cuando se ven con la guitarra en la mano y el bolsillo un poco lleno. Ayer ha recibido usted su semana íntegra. No salgamos después con que se me pasó la hora…

—No, señor. Esta misma tarde estaré de regreso.

—Sí, sí, así dicen todos y después hay que mandar a requisarlos.

—Soy hombre de palabra.

—Y de otras cosas más, a lo que parece. Por ahí anda en todas las bocas una canción traída por usted, un poco jactanciosa y retadora. Y medio que me está soliviantando a algunos de los matoncitos que tenemos en la peonada. ¿Podría usted decirme qué es eso de «Juan Rabines no perdona»? ¿De dónde ha sacado usted ese canto?

—De mi tierra, señor; de Santa Cruz…

—Hombre, no sabía que habían Rabines en Santa Cruz. Yo he estado allí hace poco y no he tropezado con ningún sujeto de este apellido. Y cuidado que conozco a casi toda su gente visible.

—Es natural, señor, porque la copla no es santacruceña sino chotana.

—¡Ah, acabáramos!… ¡Buenos demonios son esos chotanos! Pero creo que con la felpa que les acaban de dar no les va a quedar ganitas de volver por otra. Bueno, puede usted ir y ojalá, repito, que no sea para quedarse.

Rabines giró sobre los talones un poco militarmente, y cuando ya se preparaba a salir oyó una voz que decía desde adentro:

—Ricardo, ¿no querrías hacer un viajecito a Santa Cruz? El día está como para una excursión.

—Bueno; iremos. Prepárate…

Rabines no acabó de girar. Quedose medio contorsionado, en suspenso, lleno el rostro, al eco de esa voz, de una extraña interrogación y cogido por un súbito y mordiente deseo de curiosidad.

El ingeniero levantó la cabeza y al verle en esta actitud le interrogó:

—¿Quería usted alguna otra cosa?

—No, nada…

Y recobrando un poco su dominio, salió el mozo enfurruñado moviendo dubitativamente la cabeza.

III

El eco de esa voz había perturbado profundamente a Rabines desde ese día. Se quedó sin hacer el viaje a Chongoyape y todo aquel domingo lo dedicó a atisbar el

chalet de la gerencia desde el rancho de Crisóstomo, esperando ver bajar por la escalinata al ingeniero don Ricardo y a la mujer que le invitara a ir a Santa Cruz. Pero ni la pareja ni el automóvil, que debía venir por ella, aparecieron por ninguna parte.

¿Habrían desistido de la excursión? ¿Se habría dañado el auto? Ya al mediodía, cansado de esperar, se atrevió a decir, fingiendo indiferencia, al tiempo de sentarse a almorzar, invitado por los dueños del rancho:

—No he visto salir en toda la mañana al jefe, sin embargo de haberle oído decir que estaba de excursión a Santa Cruz, en compañía, a lo que parece, de una señora.

—Habrán salido por atrás —murmuró la mujer de Crisóstomo, mientras éste, acabando de deglutir un suculento bocado, añadía:

—Por aquí no sale nunca con la mujer. Como la tiene medio de tapadito…

—¿Qué, no es casado? —interrogó Rabines.

—Detrás de la iglesia —respondió el capataz—. Pero ya acabarán por unirse como Dios manda. La moza es muy apreciable. Tiene unos andares y una manera de reír que tiene revolados a todos los demás ingenieros. Y si no se casa y se la lleva pa allá abajo, no sé qué va a pasar aquí cualquier día. Es una tentación la tal santacruceñita.

—¡Cómo te has fijado en todo eso, zamarro! —gruñó bromeando la mujer de Crisóstomo.

—Hombre, pa qué son los ojos. Aunque mujeres así no sean del comer de uno, no por eso va uno a dejar de mirarlas. El mirar ni quita ni da, como dice el dicho. ¿No es verdad, Juan?

Rabines se había tornado pensativo con lo de santacruceñita. ¿Conque ya no era sólo la voz la que le había hecho recelar? Era también la procedencia nativa de aquella misteriosa mujer.

—¿Y desde cuándo la tiene por acá? —inquirió Rabines, atragantándosele un poco la pregunta al pronunciar el «la tiene».

—No hace mucho —respondió el capataz—. Creo que apenas hará un mes. Están en plena luna de miel…

—Has dicho que es santacruceña. ¿Entonces la ha traído de por allá?

—Así parece. Se la encontró, como dicen, en una de sus excursiones don Ricardo. Estaba huachita[*] y medio desconsolada por la pérdida de su *tráido*, que era de los de Benel. ¿Te acuerdas, Marco, de lo que dijo aquel oficial que pasó por aquí el otro día, al ver a la serranita con don Ricardo, recortada en la baranda del corredor?

—¡Cómo no me voacordar, hombre! «¡Ah, por acá estaba ésta! Me se escapó… Me la enseñaron como mujer de uno de los tenientes de Benel y cuando me preparaba a llevármela como botín, llegó un pelotón de esos bebedores de gasolina del gringo Sutton y me se interpuso cuando ya tenía toda mi batería enfilada. Pero puede ser que yo vuelva por acá y entonces…».

Rabines no terminó de almorzar. Los datos no podían ser más concluyentes. ¿Quién de los tenientes de don Eleodoro, fuera de él, podía jactarse de tener una

mujer capaz de revolverle el seso a todo el mundo? Las otras eran unas cholas de poco más o menos. Motosas, chapudas[*] escandalosamente, bastas, sumisas como perros, más adecuadas para fregar que para hacer una caricia. Las tenía bien conocidas a todas. Y luego, que ninguna de ellas era santacruceña; chotanas, celendinas, cutervinas; de las quebradas, de los montes, de las punas…

La suya no era así. Sabía lo que era moda en el vestir, ni más ni menos que las señoritas de la ciudad; lo que era un *jazz*, un tango, un *one*. Por eso, precisamente, se había enamorado de ella. Las otras habían llegado ya a hartarle. Tolerantes, pacientes, rutineras, mecánicas; incapaces de reaccionar ante los despotismos maritales, sumisas a los golpes, semejantes en sus protestas a las llamas, que se echan cuando se les recarga el paso y sólo se levantan cuando las aligeran de él. La suya no; ésta se atrevía a mirar de frente a Rabines cuando se extralimitaba en su conducta hogareña o intentaba volver a su vida licenciosa.

Una brava y fuerte mujer, que supo, desde el primer día, infundirle cierto respeto por la unión libre y despertarle ambiciones no sentidas hasta entonces. Ella fue la que le empujó a seguir al valiente e indómito montonero, a jugarse sobre el tapete de una revolución su vida y patrimonio, para ver si así lograba aumentar éste y colocarse los dos en situación de vida holgada y espectable.

Pero todo esto se había derrumbado de repente, más que por obra de los hombres a quienes había combatido, por obra de la mujer que lo había inducido a ello. Porque era indudable que la mujer a quien se había referido la del capataz Crisóstomo era la suya.

Caída la tarde se retiró de su atisbadero, afiebrado, como si la kola[*] que había estado bebiendo se le hubiese convertido en un tóxico. «Están en plena luna de miel», se iba repitiendo. ¡En plena luna de miel!… ¿De cuántas lunas de miel sería capaz esta mujer? ¿Cómo podía estar en pleno goce de otra cuando al dejarla, no hacía mucho, se había llevado la sensación de que la de ellos no se había acabado todavía?

¿Era así como esta mujer sabía amar? ¿Era así como le guardaba la fidelidad que tanto le había prometido, espontáneamente, al separarse y estimaba el sacrificio de su rebeldía? Y tras de este pensamiento martirizador surgió el otro, el de sus horas de celosidad, de cólera, de pasión que le hacían empuñar la guitarra y lanzarse en son de reto por las calles pueblerinas, cantando en cada puerta, donde el odio o el amor le había arrastrado, la canción de la copla famosa; poniendo en el verso final toda la intención de su espíritu combativo y la pujanza de su pecho de atleta.

Quien se la hace a Juan Rabines,
Rabines no le perdona…

Si ella se la había hecho ya y se la estaba haciendo en esos momentos, ¿cómo la iba a perdonar, por mucho que fuera el amor que le tuviese? ¿Podía caber perdón por una acción semejante? ¿Le tendría tal vez por muerto en el combate de Chipuluc o

fusilado entre los prisioneros? Y suponiendo que así fuera, ¿era así como su corazón guardaba luto por él y respetaba su memoria?

¿Qué estarían diciendo en aquel momento, allá arriba, de los dos, de él principalmente, cuyo paradero se ignoraba, pero a quien no podía haberse dado todavía por muerto, puesto que no se le había identificado, y de ella, que tan a raíz del desastroso final de la revuelta benelista, desapareciera, dejando a todos entregados a maliciosas conjeturas?

Las risotadas con que sus compañeros celebraban en el tambo[*] los chistes y las pullas le sacaron de su abstracción, haciéndolo detenerse.

—¿Qué te pasa, cholo Juan? Traes una cara de viernes santo. Es la primera vez que te vemos así.

—Algo que a ninguno de ustedes le importa: cada uno tiene su procesión por dentro. ¿O es que ustedes creen que yo no tengo en qué pensar?

—¡No seas tan mala gracia, cholo! Si tienes penas, dilas, que las penas comunicándolas se alivian…

—No siempre. Hay unas que no se pueden decir porque al decirlas ahogan. Lo mejor es darle tiempo al tiempo.

—«Al tiempo le pido tiempo y el tiempo no me lo da», como dice el cantar —añadió uno por ahí.

—¿No sería mejor —agregó otro— que empuñaras, Carpio, la vihuela y nos cantaras un poco?…

—No me siento bien. Se me ha cerrado el pecho de repente. Y luego, ¿para qué cantar, si ya les tengo cantado todo lo que sé?

—Verdad, pero la canción esa de Juan Rabines no nos cansa nunca. Y yo, por mi parte, estoy empeñado en aprenderte no sólo la letra, sino en cogerte el modo de cantarla. Parece, cuando la cantas, que tú mismo fueras el Juan Rabines.

El chotano se estremeció y una amarga sonrisa le emergió a los labios.

—¿Conque les parezco Juan Rabines? Pues para parecerme más alcáncenme una guitarra.

Más tardó en decir esto el mozo que en aparecer por entre la rueda de la peonada el instrumento pedido. Cogiole Rabines y después de revisarlo y trastearlo, exclamó:

—Lo de siempre. Toda mala guitarra es así: muchos cintajos en la cabeza y muchos adornos en el pecho y a la hora de sonar, pesada y sorda.

—Como ciertas mujeres —añadió alguien, mirando de reojo a la que tenía al lado.

—Y así no dejan de gustarte todas, bocatán —respondió la aludida.

—¿Te quieres callar, Toribia? —gruñó uno de los obreros, con aire marital.

La llamada Toribia, dándole un codazo y una disimulada torcida de ojos al que la había satirizado, murmuró por lo bajo:

—Ya ves, bandido, a lo que expones a una mujer de vergüenza, a que la reprienda a uno el hombre delante de los cristianos.

Un rasgueo, algo brusco, le puso fin al barullo de frases con que se tiroteaban

aquellos hombres, a propósito del comentario de Rabines sobre la guitarra: rasgueo con el cual parecía haberles querido decir: «Bueno, basta, a callarse, que soy yo quien va a tocar».

Silencio profundo; atención hiperestésica; ojos de todos los matices, clavados como puñales en la broncínea figura del guitarrista; mujeres de bocas entreabiertas y anhelantes y senos umbrosos y elásticos, como gaitas, a cuyos largos pezones estaban prendidos varias criaturas de pecho, tocando su monótona canción de vida; humo de cigarrillos baratos, que atosigaba el ambiente y enrarecía las estrellas que comenzaban a salir de repente de todos los escondrijos del día, como cansadas de esperar…

Y las manos del cholo Juan, como envanecidas de la admiración con que se miraba a su dueño, comenzaron a corresponder a aquélla, habilidosamente. Del *triste* cajamarquino, de acentos semitrágicos y menos doloridos y lacrimosos, y el yaraví sureño, pasó a la canción criolla, a la música de exóticas reminiscencias, concluyendo al fin, después de agotar el repertorio, con la consabida canción de la célebre copla.

Se hallaba ya rematándola con vibrante lirismo, recalcando con toda la potencia de su voz el verso aquel de «Quien se la hace a Juan Rabines…» cuando por uno de los costados de la ramada del tambo, apareció claxonante, pidiendo paso libre, el auto del ingeniero don Ricardo, de vuelta ya de la excursión. Dentro de él, recostada con estudiada indolencia, una mujer, empaquetada en seda y pieles, emergía por entre ellas su ovalado rostro de marfil, embellecido por unos ojos medio satánicos y angélicos.

Como el auto acortase la velocidad hasta casi detenerse, todos los que estaban bajo la ramada pudieron ver bien a la amartelada pareja.

—¡Qué blanca tan linda! —exclamó uno de los obreros—. Por una de éstas me atrevería yo hasta con Juan Rabines, ese que dices tú, cholo Juan, que no perdona al que se la hace…

Rabines, mortificado por la importuna aparición del automóvil, que de tan intempestivo modo le interrumpía su cantar, movido, más que por la curiosidad, por la libidinosa exclamación del asombrado compañero, alzó los ojos para ver también y el asombro suyo fue mayor aún, a pesar de que desde horas antes, otra extraña coincidencia le tenía ya preparado el ánimo para recibir el golpe.

La sangre se le paralizó y su faz tornose de cobruna en lívida. Intentó hablar, pero no pudo: la voz se le quedó enroscada en la garganta. ¡Ah, conque esa que iba ahí era su mujer, la Doralisa, esa que en la mañana hablara tan mimosamente al hombre que iba al lado suyo!

—¿Qué te pasa, cholo? —volvió la misma voz a preguntarle—. Parece que la blanca del ingeniero te ha flechado. Si es así no tienes más que *serenatearla* un poco. Las blancas son caprichosas y ésta no parece moneda de buena ley.

Todos se volvieron a Rabines y echaron a reír al verlo estático y con los ojos fijos en la cola de polvo que dejara el auto.

—Dice bien, Hermógenes, cholo —prorrumpió el tambero—. Yo de vos, con ese físico que te gastas, tocando como tocas y cantando como cantas, ya me iba a aguantar una blanquita como ésa… Por Dios que me la robaba. Para eso que ni casada es. En estas cosas de faldas el que es hombre es hombre y el que puede, puede.

Las palabras del tambero cayeron sobre Rabines como bofetadas. Quien hubiera querido burlarse de él en ese instante no habría dicho nada mejor que este cúmulo de frases intencionadas y azuzadoras.

Rabines volvió en sí; tiró la guitarra sobre una mesa y mirando a todos, de hito en hito, como un águila que columbra desde una cumbre un rebaño de corderillos, exclamó:

—Bueno, muchachos; les agradezco la intención y, más que todo, el concepto que tienen de mí. Yo, sin ser Juan Rabines, pero obligado como buen chotano a imitarle en todo, especialmente en lo de las mujeres, les juro por mi madre que cualquier día de éstos voy a obsequiarles con algo más sonado que aquello de llevarse una mujer de éstas.

Y con la faz un poco asqueada, concluyó:

—A esa mujer que acaba de pasar la conozco yo desde Santa Cruz, por eso me he detenido a mirarla. Está buena para plato de ingeniero bobo, pero no para hombres como yo. De ésas hay en los burdeles de cualquier ciudad, a libra. Y lo que yo he deseado siempre es una mujer que sepa guardar bien las espaldas de su hombre, en todo momento y morirse de pena cuando a ese hombre se lo maten. ¿Hay de ésas por aquí?…

Nadie se atrevió a contestarle. Los hombres se sintieron poseídos de un extraño respeto por quien así acababa de hablarles y más de una mujer se estremeció íntimamente.

IV

Carhuaquero hervía de gente forastera, no obstante de no ser día feriado. Los obreros hormigueaban por todas partes, empujando carretillas, halando cables de acero, acarreando haces de herramientas, transportando cajones, tendiendo tubos de cemento, disparando golpes de comba sobre los remaches aflojados de un puentecillo, piqueteando sobre las entrañas de roca viva de una estribación y dándoles las últimas pisoneadas a los senderos del contorno con un mastodóntico rodillo.

La fiesta, por supuesto, más que para los habitantes del campamento, era para los que iban llegando, especialmente invitados unos y curiosamente atraídos otros. Todos estaban interesados en ver el funcionamiento del misterioso aparato, cuya prueba había dejado pasmados a los mismos ingenieros que la presenciaran. Todos querían cerciorarse de cómo esa cosita manuable y de tamaño tan ridículo disolvía los montes

y los precipitaba en forma de aluvión a lejanos puntos.

Si no fuera porque el aparato estaba ahí a la vista y hasta se le podía tocar, muchos habrían terminado por creer que era una invención o cosa de embrujamiento. En menos de una hora podía hacer el trabajo de cien hombres en cien días, con una economía portentosa. Las piedras, al recibir la rociada del pequeño monstruo, se pulverizaban y se diluían entre cataratas de fango, o saltaban como escupidas por subterráneas fuerzas. Los obreros que le habían visto funcionar se sentían humillados en su orgullo de hombres jóvenes y vigorosos, y se habrían dado por felices si algo hubiera hecho fracasar la exhibición. Porque aquella maquinita, en buena cuenta, iba a competir con ellos ventajosamente y a abaratarles y mermarles el jornal. Al menos así lo susurraban por lo bajo contratistas y capataces, temerosos de la disminución de la demanda de brazos que presentían.

Una docena de ingenieros, mozos casi todos, entusiastas, engreídos por la importancia del trabajo que estaban realizando, bajo las órdenes de un semisajón de espíritu dinámico, comprensivo, infatigable, paternal en todo, en medio de su disciplina de soldado, y, más que engreídos, compenetrados de esa misma importancia, dictaban sus últimas disposiciones a los pelotones de operarios, para luego dirigirse, por distintas rutas, al sitio destinado a las familias invitadas a atenderlas, alegres y corteses.

Desde allí explicaban unos, pormenorizando, todas las obras emprendidas por la formidable empresa. Allá abajo, la planta eléctrica de centenares de caballos de fuerza, que daba luz al campamento y la daría más tarde a algunos pueblos vecinos. Más allá la represa del Chancay, con sus compuertas y en el lado opuesto, la hoyada que iba a servir de reservorio, con capacidad de cincuenta millones de metros cúbicos, para la época del estiaje y uno de cuyos costados debía de cerrarse con un muro de acarreo, operación costosa y casi imposible por medio de los brazos; pero que la hidráulica y la mecánica tenían ya resueltos. Y eran éstas las que iban a transportar hasta allá esas lomas inútiles, ociosas, desde la formación del planeta, que alguna vez había que emplear en servicio del hombre.

El objeto de la invitación era éste: ver cómo por obra del agua y del artefacto, que debía estar ahí cubierto hasta la hora de la ceremonia del bautizo, aquellos promontorios terráqueos desaparecían, fundidos por un chorro potente e incontrastable.

—¿Y cómo se llama el aparato? —preguntó una de las damas al ingeniero que hacía la explicación.

—Tiene un nombre un poco prosaico, pero que dice mucho: monitor. Es claro que no está hecho para avisar ni amonestar a nadie —recalcó el ingeniero—. Como los monitores marinos, tiene su espolón, y es con él con el que destruye todo lo que hiere su formidable chorro.

—Me han dicho que es capaz de deshacer una casa en un instante.

—No le han exagerado a Ud., señora. Es tan potente su chorro que ningún

hombre, por fuerte que sea, podría cortarle de un hachazo. El hacha rebotaría.

—¡Por Dios! Es cosa digna de verse. Me alegro entonces de haber venido y una vez más les agradezco a ustedes la invitación.

Rabines fue también de los concurrentes. No había querido faltar a esta especie de cita a la curiosidad departamental. Él más interesado que nadie puesto que el objetivo suyo no estaba inspirado en esa curiosidad sino en un sentimiento íntimo, en un contenido deseo de venganza. ¿Qué le podía importar a él esa cosa que había soliviantado a la gente de todos los pueblos de la región? Aquella curiosidad la encontraba un poco ridícula, impropia de personas que se tenían por cultas y que miraban a los que venían de las alturas con mal disimulada ironía; en el fondo, una novedad, un pretexto para libar unas cuantas copas de licor y liarse luego, en parejas apretadas, a bailar esos bailes encalabrinantes, más propios de monos lujuriosos que de seres racionales.

No, él no estaba ahí por eso. Y así se lo había dicho a la mujer de Crisóstomo, apenas descendió del camión delante de su rancho. Tal vez si acabaría por no ir a ver funcionar otra maquinita humana, más presuntuosa todavía, más terrible y destructora que todas las ideadas por el hombre. Y la suya, aquel precioso artefacto de carne marfilina y sedeña, que la suerte puso un día en sus manos para su tormento, estaba también entre esa muchedumbre bulliciosa, al parecer alegre y feliz.

Cinco meses había tenido que esperar para ver llegar este día. La suerte había estado jugando con él durante ese tiempo, desde la tarde aquella en que su querida le truncara con un hachazo brutal la copla que, al son de su guitarra, cantaba, envuelta en lírico torrente. Una orden, venida de repente, cuando no se hallaba repuesto aún del *shock* que sacudiera su espíritu, hasta dejarlo sumido en una especie de inconsciencia, le hizo dejar el campamento y marchar a otro de allá abajo, a Huaca de la Cruz, donde algunas centenas de hombres tasajeaban la tierra y enmendaban el curso de un río.

No tuvo más que obedecer. Una rebeldía le habría puesto en el caso de ser despedido. Los siniestros planes que idease durante esa noche, la más larga y horrible de su vida, tuvieron que quedarse aplazados y escondidos en lo más profundo de su ser, carcomiéndoselo y con la angustia de no poderlo evitar.

Cuantas veces intentó darse una escapada a Carhuaquero, tantas tuvo que desistirse, obstaculizado por algo. Diríase que una voluntad perversa jugaba con su deseo, y la vez que pudo lograrlo su decepción fue más amarga todavía.

«La señorita, porque ya has de saber tú que se ha casado con don Ricardo —le dijo la mujer de Crisóstomo—, está por allá abajo, en Pimentel, tomando baños para tonificarse, porque el embarazo la ha puesto melindrosa. Estas blancas cuando las empreñan se vuelven de mírame y no me toques. Cualquiera cosita las resiente. No son como nosotras, que así con barriga y todo, lavamos, cocinamos, cosemos y le llevamos la comida al marido adonde esté trabajando; tiramos lampa en la chacra, si se ofrece, y hasta cortamos leña. Yo de ti ni me interesaría por saber de ella, por más

que sea tu media paisana, a no ser que… ¡Dios me perdone!, iba a decir una cosa…».

Rabines dejó hablar a la Maco y así fue enterándose de todo lo que había sucedido durante su ausencia. Del matrimonio de la *señorita* apadrinado por el jefe gringo, allá en Lambayeque, hacía más de tres meses, con mucha pompa; de sus idas y venidas al campamento, generalmente los domingos: de sus bajadas al tambo, a charlar con la mujer del tambero y a tomar antojos y hasta preguntarle por el cholo Juan Carpio, de quien le habían dicho que había venido de más allá de Santa Cruz, de Huambos y que cantaba una copla muy conocida por ella, lamentándose de no habérsela oído cantar.

«Y no sólo se limitó a preguntar por ti, sino que quiso que te pintaran cómo eras. La Toribia fue dándole tus señas: un cholo bien plantao (no te envanezcas); nariz así, ojos asá, medio facinerosos; boca regular y sin bigote, como la de esos gringos del cine, forzudo, capaz de atravesarle el cuerpo a un hombre de un *cuñaso* y con una voz, cuando está con la guitarra, que le hace correr a las mujeres culebritas por todito el cuerpo. ¿Qué más le iba decir? La blanca se quedó pensativa, con los ojos medio cerrados, como buscando algo por dentro y luego de echar un hondo suspiro, se fue y ya no volvió más pacá hasta hoy, que la he visto pasar con su marido, muy peripuesta, y más linda que nunca. ¡Vaya con la mujer tan abusivamente provocativa! Hasta a nosotras, siendo mujeres como somos, nos tiene medio embobadas. Ya me explico por qué te tiene a ti medio revolao. Es decir, lo presumo yo…».

Y a los dos meses de esta conversación Juan Rabines se hallaba nuevamente en la cabaña del capataz Crisóstomo, viendo desde ahí el afluir de los autos, el desfile de los peatones, venidos desde los caseríos inmediatos, el pictórico conjunto de los trajes y sombrillas de las mujeres, enracimadas sobre los vehículos, sobre las tapias, sobre las prominencias que circundaban el valle. En vano buscaba con la mirada lo que él ansiaba hallar y ver; ver, sin ser visto, para que al choque de ese encuentro, su irrevocable propósito de venganza cobrara nueva fuerza.

Muchas eran las clases de muerte que había ideado para aquella mujer. Un tiro, una puñalada, un accidente automovilístico hábilmente provocado, un estrangulamiento en su propio chalet, junto con el marido, allá en Pimentel; un secuestro hasta verla morir de hambre y pidiéndole perdón entre las cuatro paredes del encierro… Pero todos estos proyectos caían desvanecidos por las objeciones que él mismo solía hacerse. Matar así, como todos, lo mismo que esos asesinos pasionales que llenaban las cárceles, le parecía, después de todo, una tontería. Pero lo cierto era que tenía que matar; matar al uno o al otro, o a los dos. Y había que hacerlo como hombre decidido y hábil, dejándose libre una puerta de escape, esa que siempre hay detrás de toda acción audaz, por riesgosa que sea. Afrontando el peligro primero y burlando después la persecución para reaparecer más tarde en algún punto de su provincia, recogiendo y levantando la bandera que dejó su querido jefe.

Si, él tenía que hacer algo sonado ese día. Para eso había venido, para eso había esperado cinco meses mortales. La ocasión tenía que llegar. La ocasión tiene mucho

de mujer, huye cuando se la persigue y se entrega cuando se la sorprende. Su corazón le decía que el momento de las explicaciones y del desenlace trágico se acercaba. Quizá si el mismo destino era quién había preparado aquella fiesta, para ponerlo en el caso de obrar.

Una voz lo sacó de su abstracción:

—Oiga, Juan; ya es hora que vayamos a ver. Esa gritería de los autos es la señal de que míster Sutton ya está allí. A él no más le estaban esperando…

—Vaya Ud. sola. Yo prefiero quedarme.

—¡No sea bueno! Tiene Ud. que acompañarme, ¡hágalo siquiera por mí!

Y la china, medio insinuante, añadió:

—Que no me vean llegar sola, que siempre es feo, aunque uno sea pobre…

—Allí está Crisóstomo. ¿Que no viene por Ud.?

—No; me dejó dicho que tan luego como diera la señal de haber llegado el gringo me fuera pa allá, porque él va a manejar el pitón del monitor.

—Pues apúrese entonces… Más vale sola que mal acompañada.

—No se haga rogar, hombre, que es feo. ¿Pa qué lo dejó aquí el Crisóstomo, si no fue para que lo represente, supongo yo…?

Rabines, sin darse por enterado de la intención con que le estaba hablando la china, murmuró:

—Lo han escogido a él para el pitón. ¿Y por qué no habrá sido a mí o a otro?

—Quizá porque se necesita juerza pa aguantarlo. Sacude, según dice, como un diablo.

El mozo se quedó mirando a la Maco, irresoluto, pero ésta, rijosa y prendada de él desde que lo conoció, cogiole repentinamente con ambas manos el rostro y, después de estamparle en los sensuales labios un sonoro beso, musitó:

—¡Hazlo por mí, cholo, que después haré yo por ti lo que tú quieras!… Mira que si no vas me quedo…

El mozo, entre risueño y enojado, inhibido por el aura de castidad que envolvía todo su ser, emanada posiblemente del estado de arrebato y absorción espiritual en que le tenía sumido su único pensamiento, contestó secamente.

—Le daré gusto, Maco; vamos.

V

Frente a la explanada en que se habían apostado los autos, entre los que se distinguía, brillante y con la capota replegada, el Buick del ingeniero don Ricardo, aparecía, apuntando siniestramente, el aparato que se iba a estrenar aquel día, mezcla de máquina de guerra y de paz, de obús y de bomba de riego, sobre cuyos acerados y bruñidos músculos convergían las curiosas miradas de los espectadores.

Detrás de esta máquina, como un gigantesco anélido de grisáceos anillos, se

extendía, trepante, sobre una empinada cuesta de más de cien metros, una cañería de más de doce pulgadas, por la cual había de descender, con fuerza incontrastable, al descorrido de una compuerta, el agua de un canal trazado en las alturas.

El capataz Crisóstomo, atento a la voz que debía darle el director de la maniobra, empuñaba el metálico pitón, listo para aguantar la recia sacudida, y orgulloso de una elección que le permitía exhibir la potencia de sus brazos.

—¡Listo! —gritó una voz.

—¡Listo! —respondió el capataz, echándose hacia atrás para contrarrestar la violencia de la sacudida, mientras un cristalino chorro, crepitante, como las encendidas arterias de un artefacto pirotécnico, animado de una diabólica y rasante fuerza, iba a deshacer los flancos de una loma.

Todos se quedaron estáticos. La verdad se ponía de golpe, por encima de lo imaginable. Aquello estaba más allá de la incredulidad de los pesimistas, de la ironía de los detractores de la Empresa de Irrigación. Un chorro de agua, científicamente encadenado, había bastado en ese momento para vindicar el proyecto de aquellas obras gigantescas, combatido por los mismos a quienes iba a favorecer y desacreditado por quienes estaban comiendo a costa de ella.

El reservorio iba a ser al fin una realidad. Las grandes y yermas pampas de allá abajo iban a recibir por primera vez, después de la conquista, el líquido bienhechor y a convertirse en centro de vida y riqueza.

Rabines, absorbido hasta entonces por la contemplación de una de las damas del Buick, en la cual reconociera a su ex amante, volvió también los ojos al fascinante espectáculo y quedó más asombrado que todos aún.

El crepitar del chorro recordó de golpe otro crepitar, oído antes entre las quebradas y riscos de la sierra andina: el de esas maquinitas infernales, con que las fuerzas debeladoras del movimiento benelista les habían perseguido, inexorables, durante varios días, rociándoles los caminos de plomo, desmoronando los riscos que les servían de parapetos, destripando las fajinas, podando las copas de los árboles protectores, acribillando los cuerpos de sus camaradas, ya heridos o muertos, hasta dejarlos convertidos en sanguinolentas piltrafas humanas…

Tac, tac, tac, tac, tac, tac, tac… Sentía revivir en sus oídos el odioso martilleo de las ametralladoras. Pero el de ahora no era igual. No era ya la muerte que golpeaba así, la que al redoble de su fúnebre tambor segaba las más floridas mieses de una revolución. Éste era distinto, como el piafar de un potro indómito, y, en vez de muerte, era vida lo que salía de sus entrañas. Tac, tac, tac, tac, tac… Este soplete de agua era, sin duda, más demoledor. Los flancos de la loma se iban deshaciendo como una masa de cera al contacto de un soplete monstruoso. Los pedrones saltaban en el aire deshechos, pulverizados, como una lluvia de arena, para luego correr, entre oleadas de fango, por el canal que debían llevarlos a algunos kilómetros de distancia, a sedimentarse y petrificarse otra vez, al servicio de una fuerza más poderosa todavía que la que los llevara hasta allí: la de la inteligencia humana.

Un estallido de aplausos, como una válvula de escape, saludó al fin el feliz éxito de la maniobra. Las mujeres, empinadas sobre el fondo de los autos, hacían coro, retozonas y parleras. Una, particularmente, era la que más se esforzaba por sobresalir en estas manifestaciones entusiastas. Alta, soberbia, como una diosa, atrayente, excitante, quizá por su mismo estado de gravidez, con la sombrilla abierta y en alto, como una cúpula sobre una catedral, fluía de sus ojos una orgullosa alegría de maternidad, y de su boca, una incitante crispatura.

De repente, la mirada de ella y la de Rabines se encontraron. ¡Dios de Dios, qué choque! «¿Conque estabas vivo? —parecían decir los de ella—. ¡Y yo que te creía por muerto! ¿Pero cómo se te ha ocurrido venir por acá? ¿No sabes que una indiscreción podía costarte la vida? ¿Que ignoras que estoy ya casada, y que éste que está a mi lado es mi marido? Todo ha terminado, pues, entre nosotros. Porque supongo que tú no estarás aquí por mí, para fastidiarme y echarme a perder mi bienestar. Si así fuera, ya sabes que yo me parezco un poco a ti, que soy de tu misma madera y que tampoco sé perdonar cuando llega el caso. Una palabra mía puede precipitarte quién sabe dónde. ¡Lárgate! Que no vuelva a verte por aquí y menos en mi camino».

Y los de él: «Ya sé que eres mujer de ése; que estás casada; que eres señora de automóvil y que estás orgullosa de tu preñez. Con lo que has puesto una muralla entre los dos. No era preciso tanto. Bastaba mi desprecio. Pero como yo no sé perdonar, porque para eso soy quien soy, prepárate, que he venido a pedirte estrecha cuenta».

Este diálogo, aunque rápido y agresivo como el choque de dos espadas en duelo, fue suficiente para que ambos comprendieran lo que podían esperar uno de otro. Pero Doralisa, confiada seguramente en su posición, crecida en su soberbia de mujer admirada y feliz, dominándose, respondió a la actitud retadora de Rabines con una carcajada intempestiva, burlona, flagelante, cuya intención sólo él pudo comprender.

«¡Ah, perra! —pensó él—, ¡conque me desafías! Bien, recojo el guante. Pero no es en ti sola en quien voy a descargar el golpe; será en los dos; en ti y en tu marido, ese bobo, con cara de cornudo inconfundible. ¡Ya lo verás!».

Pero en esta vez Doralisa ya no se rió. La mirada de Rabines la había asustado y sacudido hasta lo más hondo. Comenzó a sentir miedo. Se vio de pronto perseguida y en manos de este hombre, que jamás supo perdonar; que jugó siempre con la vida de los hombres y el corazón de las mujeres. ¿Cómo desprenderse de él? El único remedio estaba en la denuncia, y era ella la única que podía hacerlo, que debía hacerlo, para completa seguridad suya.

La idea fatal comenzó a darle vueltas en el cerebro. Sí, no; sí, no; sí, no… El sí salió al fin triunfante. Un sí lleno de egoísmo, de miedo, que iba agrandándose hasta convertirse en terror. Un sí que era comodidad, suerte, bienestar; el tranquilo advenimiento del hijo que llevaba en las entrañas; la expectativa del hogar propio y de la fortuna; el encumbramiento social y económico. Mientras que con el no, que equivalía a ese hombre que estaba ahí al frente, ¿qué?…

Era, pues, tontería y peligroso callar. Inclinose repentinamente sobre su marido y señalándole con discreción a Rabines, murmuró:

—¿Sabes quién es ese que está ahí? Juan Rabines, uno de los tenientes de Benel. ¿A qué habrá venido? ¿No crees tú que puede comprometerte por haberle recibido y dado trabajo?

El ingeniero se quedó un poco perplejo.

—¿Has dicho Juan Rabines? Yo lo he recibido como Juan Carpio y por tal lo tienen todos. ¿De dónde lo conoces tú?

—Recuerdo haberlo visto en Chota y en Santa Cruz alguna vez… Es ahí muy conocido como tocador de guitarra.

—Si es así no hay más que hacerlo tomar preso. Ahora mismo puedo dar la orden…

—Espera, hijo; no te precipites. Procura no aparecer tú como el delator. Sería un poco feo.

Rabines, que no había dejado de observar a la pareja, y que por las miradas que disimuladamente le dirigía, presintiera que algo muy grave se tramaba contra él, sofocando la cólera que pugnaba por salirle a la cara en forma retadora, y arrastrado por un loco y desesperado pensamiento, exclamó, acercándose al capataz Crisóstomo:

—Dame el pitón y retírate.

—No, hombre. Vaya a molestarse don Ricardo, que, a lo que parece, nos está viendo.

—¡Qué Ricardo ni qué demonios! Aquí mando yo.

Y mientras con una mano empuñaba Rabines el pitón, con la otra hacía rodar por el suelo al asombrado capataz. En seguida, apuntando resueltamente al Buick, decapitó de un pitonazo de agua al ingeniero, que se derrumbó como un tronco. Doralisa, despavorida, levantó los brazos como impetrando perdón, pero otro pitonazo la tiró de espaldas, despatarrada, mostrando indiscretamente toda su preñez a las miradas atónitas del público, que no se daba cuenta de esta trágica variación de la escena. La pobre mujer intentó levantarse, pero el chorro implacable no se lo permitió. Los ojos de Rabines, buscándole el vientre, le apuntaron ahí y la infeliz comenzó a deshacerse y precipitarse junto con el destrozado automóvil, al fondo de la quebrada, convertida en una masa mucilaginosa y sangrienta.

—¡Bárbaro! ¿Qué has hecho? —interrogó Crisóstomo, intentando arrebatarle el pitón.

—Lo que debía hacer. Yo soy Juan Rabines y Juan Rabines no perdona.

Y arrojando al suelo el pitón, añadió:

—Aquí estoy. Pueden cogerme y consumirme en la cárcel, o pegarme cuatro tiros, que sería mejor…

Una posesión judicial

A Ezequiel Ayllón

I

—Yábar, su despacho.

El escribano aludido, acucioso y solemne, con solemnidad un tanto cómica, fue pasándome hasta una veintena de escritos, los que iba yo proveyendo a medida que me enteraba del contenido. Dos demandas, tres reposiciones, seis ofrecimientos de prueba, una apelación, tres excepciones, dos diligencias preparatorias, dos artículos de nulidad y una solicitud de diligencia posesoria, he aquí a lo que se reducía aquella tarde el despacho del escribano Yábar.

Al llegar al último escrito, al de la diligencia posesoria, el actuario se permitió hacerme esta indicación:

—Es la sexta vez que este señor, en el espacio de cinco años, pide la misma diligencia, según aparece del expediente, y siempre la diligencia quedó sin realizarse. Temo que ahora suceda lo mismo, señor.

Pedí el cuaderno y me puse a hojearlo, pues yo, por razón de ser un mero juez ejecutor y de intervenir por primera vez en él, no lo conocía. Tratábase de un juicio de *misión en posesión*, como se llamaba al interdicto de adquirir en los tiempos del antiguo Código de Enjuiciamientos Civiles, terminado ya por sentencia ejecutoriada, compuesto de unos trescientos folios e incoado en 1898, y del cual no se sabía qué admirar más, si la diabólica maraña de excepciones, oposiciones y artículos previos, la saña con que los litigantes paraban y repetían los golpes, o la marcha violenta o atáxica del procedimiento. Y todo aquello interrumpido por una serie interminable de apelaciones, de las que hoy salía triunfante el uno y mañana el otro, y gracias a las cuales el derecho y la legalidad hallaban de cuando en cuando un punto de orientación en esa selva intrincada de la mala fe y el odio.

Porque, en el fondo, el proceso no era más que esto: lucha de la artería y de la pasión; de la frase mordaz y del derecho hipósito; lucha pestilente y nauseabunda de dos medio hermanos, cuyo odio había ido dejando por todas las encrucijadas del juicio un reguero de bilis y rencor, disimulado apenas por el manto poco tupido de las formas judiciales.

Lo más curioso de esta lucha titánica, con cuya malgastada energía aquel par de hombres habría podido horadar una montaña con las manos, o llegar a pie a los polos, o haber encadenado a sus plantas la fortuna, era que, después de doce años de rudo batallar, una vez alcanzado el triunfo definitivo, había sobrevenido el estancamiento, la pasividad, una pasividad casi rayana en el abandono, interrumpida de tarde en tarde

por algún escrito breve, igual al que acababa de proveer.

¿Por qué estas peticiones tan regulares, tan distanciadas y tan abortadas siempre? Y si de aquí podía deducirse que esa penumbra de olvido, en que parecía dormir el proceso, no era más que aparente, que tras de aquel montón de papel sellado había un ojo que vigilaba y una voluntad que pedía ¿por qué esas paradas súbitas, por qué ese abandono ilógico, para volver a pedir al año siguiente lo que no había de realizarse por culpa del mismo peticionario? Se diría que en esto había algo de morboso, una delectación malsana de pedir por pedir, para, una vez obtenida la providencia, retroceder, esfumarse y dejar la diligencia aplazada. Me parecía estar frente a un caso sospechoso de manía litigiosa, en que el sujeto, al verse vencedor después de una larga y dispendiosa campaña procesal, no teniendo ya con quién contender, se deleitaba en saborear su triunfo y prolongar indefinidamente la realización del acto posesorio, de ese acto que veinte años atrás viera surgir a través de una altisonante y kilométrica demanda y que ahora, no dependiendo aquello más que de su voluntad, de su simple concurrencia al acto posesorio, la evitaba para no matar con ello el más hermoso sueño de su vida.

Y me parecía ver también en esta conducta un asomo de ferocidad en acecho, algo propio de esas bestias feroces, que, después de devorar su presa hasta saciarse, se tienden a su lado, extendidas las garras, a dormitar. O algo de aquellos asesinos, que, después de matar, fascinados por la púrpura de la sangre derramada, se quedan junto al muerto hasta que la justicia y el gendarme le tornan a la realidad de su tragedia.

Hallábame en estas y otras divagaciones, sugeridas por la lectura de los autos, cuando alguien vino a sacarme de ellas. En el umbral, ceremonioso, con un escrito en la diestra, esperaba un hombre de trazas recónditas, extraño, cuyo vestido estrafalario y anacrónico resaltaba, como una mancha innoble, en la deslumbrante claridad que penetraba por la puerta.

¡Qué traje el de aquel hombre! Se diría que antes de ponérselo había estado rodando por el polvo de algún ruinoso desván, o por el fondo de algún viejo y abandonado arcón. Todo él resumía desaliño y antigüedad. El corte y encintado del chaqué, la forma tubular del pantalón, el cuadriculado dibujo de la tela y algunos pormenores más estaban indicando que aquel vestido había vuelto a la luz del mundo con el retraso de tres o cuatro modas masculinas. Y como corroborando esto, un hongo negro y aludo, caído pronunciadamente sobre el rostro del visitante y una bufanda de vicuña, enroscada al cuello, en un sola vuelta, y con las enflecadas puntas sobre el pecho, que contribuía a darle a aquel raro individuo un aire de convaleciente.

No entendí lo que aquel hombre farfulló al pasarme el escrito. De lo único que estoy seguro es de que dijo algo gutural, inarmónico, sordo, que apenas percibí y que me desagradó profundamente.

—Está bien —le respondí, sin mirarle apenas—. Voy a proveer su escrito inmediatamente.

¡Qué rara sensación la que sentí al contacto de aquel papel viscoso y nauseabundo! Parecía bailar ante mis ojos y no sentirlo entre mis manos. Estaba en perfecta consonancia con el traje descrito: el mismo sello de vejez, los mismos pliegues aludidos, el mismo desgaire y con un bienio de retraso, en vez de la flamante y tersa hoja, como era de esperarse, al igual de los otros recursos presentados ese día.

«Señor juez», comenzaba… y en seguida, dos borrones, a manera de dos puntos. A continuación una serie de renglones gruesos, toscos, apalotados, que me costó un esfuerzo enorme descifrar. El recurso parecía escrito rabiosamente, como en un rapto de histerismo, o en un instante catastrófico, en que, roto el freno de la cordura, el litigante, vencido, echa a galopar su despecho por las tentadoras llanuras del papel sellado. ¡Qué lenguaje tan bárbaro, tan antijurídico y a la vez tan propio y tan contundente, tan veraz y tan hondo!

Nada de eufemismos hipócritas, de citas legales, más o menos pertinentes, de retoricismo capcioso y detonante. Todo él era fuerza y acometividad. Se diría que el propósito del opositor —pues se trataba de una oposición a la diligencia posesoria pedida— a pesar de que debía estar convencido de la inutilidad de su recurso, no era otro que herir el lado moral de su colitigante.

Como él decía: «No se trata de un individuo cualquiera. Con un extraño mi actitud habría sido otra. Pero es que en el fondo de la disputa hay algo más que un interés material, que un simple derecho, que la codicia por una cosa tan mísera como los bienes de una herencia, cuya posesión no importa que se haya pedido judicialmente: hay el derecho al nombre que llevo, en el que se halla envuelto el de mi madre; derecho contra el cual el leguleyismo y la rapacidad de mi colitigante han ido hasta el cinismo, probando, gracias a no sé qué artimañas, que yo, el verdadero hijo de don Juan María de Quiñónez y Puelles soy un farsante, un usurpador. ¡Farsante!… Farsante yo, que he vivido, desde que nací —cosa que no podrá decir el titulado mi hermano— bajo el mismo techo que mi padre, a la vista de todo el mundo y paseando por todas partes el ilustre apellido que llevo».

Efectivamente, a estar a lo dicho en lo demás del recurso y en otros semejantes, el opositor resultaba un sosías del viejo don Juan María. No había más que compararles: el mismo mentón prógnata y recio, que le valió de sus condiscípulos el mote de Gorila: la misma barba crespa y acollarada, como una fosca media luna, de los Puelles, transmitida a toda la descendencia por el conquistador de este nombre y fundador más tarde de la muy noble ciudad de los caballeros de León de Huánuco, quien, salido de un mediterráneo pueblecillo español, aportó a la tierra conquistada toda la supervivencia y tenacidad de sus mayores; los mismos rasgos enérgicos e imperativos; la misma cabellera ondeada; la misma nariz aquilina y firme y hasta el mismo ceceo, que le hacía aparecer un poco infantil en sus fugaces instantes de alegría y expansión.

Lo que no pasaba con el pícaro de su *señor hermano*. No había más que verle para adivinar que en las venas de ese hombre podía haber sangre de todas las sangres

del mundo, menos de la de los Quiñónez y Puelles. ¿Y cómo era posible que un hombre así, desvinculado ostensiblemente de los suyos por el alma y por el cuerpo, salido de las alturas de Pillao y aparecido de repente en Huánuco, resultara el verdadero amo y señor de la solariega casa de los Puelles?

Entre el laberinto de sus recuerdos infantiles había uno que estaba fuertemente adherido a su memoria, como un clavo a una tabla: el de que su padre no procreó nunca en su primera mujer. Y hasta otro más: el de que al día siguiente de haberse casado don Juan María con esta primera mujer, se separó de ella ostensiblemente y se fue a vivir, solo y retraído por un tiempo, en uno de sus fundos. ¿Cuál fue el motivo de esta separación? ¿Qué hijo era éste que había esperado, para darse a conocer como tal, que su padre muriera? ¿Por qué su progenitor, si es que tuvo noticia de este hijo, lo calló siempre? Y si la imputación era falsa ¿por qué no ocurrió a la vía judicial para destruirla?

¡Ah, la razón la veía ahora muy clara! Había sido preciso toda la labor exhumadora y disolvente de los juicios para haber llegado a ver en el fondo de ese silencio, ceñudo y hostil, de su padre, cuya dignidad no le permitió a éste violarlo nunca.

De ahí esa tenacidad, esa ruda franqueza en sus escritos, que una indignación justa no le permitía minorar. De ahí el espectáculo de un hombre vencido, agotado por la inmisericorde mano de la ley, pero no convicto. Por eso todos sus recursos resultaban como una catapulta. «Yo no puedo aceptar, señor juez —decía al fin del que acababa de presentarme— que ese hombre sea mi hermano. Si lo fuese habría callado y no removido cosas que no debieron salir jamás a la curiosidad pública, por propia conveniencia y por respeto a ese mismo hombre que tan sarcásticamente ha resultado su padre. Nada vale que sea hijo suyo por obra de la ley, de esa ley que sólo él pudo invocar, si ante Dios y los hombres no lo es. Este Jesús Quiñónez, que más que Jesús es Satanás, no puede ser hijo de mi padre. Por consiguiente, lo que se va a cometer conmigo es un verdadero despojo judicial. La posesión que se le va a ministrar hará estremecer a mi padre en su tumba».

«Ahora, si usted, señor juez, desoyendo esta solicitud, que es la expresión de la verdad, procede a poner a ese sujeto en posesión de lo que en justicia es mío, desde este instante lo emplazo ante el altísimo Tribunal de Dios, para que allí responda por la pérdida de mi alma».

¡La pérdida de su alma!… ¿Qué habría querido decir con esta solemne frase aquel señor tan rebelde a los dictados de la justicia? ¿Qué relación habría para él entre su alma y la posesión judicial que se iba a ministrar al otro Quiñónez? ¿Encerraría esto algún siniestro propósito?

Deseoso de conocer algo más de la vida de este irreductible don Juan María Quiñónez y Lúcar, me resolví a interrogar a Yábar, biblia profana de la vida huanuqueña y perfectamente al tanto de toda la serie de juicios sostenidos entre ambos hermanos.

—¿Conoce usted, Yábar, a este Juan María de Quiñónez y Lúcar?

—Muchísimo, señor. Es, sin duda alguna, el verdadero y único hijo del viejo don Juan María. El otro es un vivo, detrás del cual se han parapetado dos o tres personas, a quienes señala todo el mundo como interesadas en la cuantiosa herencia de aquel viejo.

—Pues el que acaba de estar aquí, a juzgar por su recurso, no parece tonto.

—Tonto no, pero sí un poco ingenuo. Ha tenido la presunción de defenderse solo, aprovechando de la defensa libre y atenido a la justicia de su causa, que no siempre, dicho sea sin agraviar, es la mejor razón para ganar un juicio. Por eso los ha perdido casi todos. En cierta ocasión que me permití aconsejarle, me contestó que la verdad no necesitaba de leguleyos ni tinterillos. Naturalmente el otro, que ha sabido defenderse y gastar el dinero a manos llenas, ha llegado a probar su derecho a la herencia del viejo Quiñónez, cuantiosa, como he dicho ya, pues, además de la casa a que se refiere la posesión, comprende dos fundos de montaña, de doscientas cargas de coca cada uno, otro en el valle, de caña, y algunas fincas en Lima. Todo lo cual está tasado en poco más de doscientos mil soles. Y ya usted sabe, señor, lo que son las tasaciones judiciales cuando el fisco y los interesados andan de por medio. No es, pues, grano de anís lo que los Quiñónez pleitean.

—Pero en el recurso de hoy habla Quiñónez y Lúcar de legitimación…

—Verdad, pero su hermano Jesús le ha probado que todo aquello, si no fue falso, era, cuando menos, nulo, por haber sido hecho estando viva su madre, es decir, la primera mujer del viejo Quiñónez. Porque ha de saber usted que el señor fue casado dos veces.

—¿Y por qué asevera entonces, tan enfáticamente, el Juan María que su hermano Jesús no es tal hermano suyo? ¿Por qué seguridad y vehemencia en afirmarlo?

Yábar sonrió maliciosamente, con esa sonrisa socarrona con que sonríe a todo el mundo, especialmente a mí cuando quiere adularme, movió la cabeza con un aire muy suyo y contestó:

—Porque es un hecho que está en la conciencia de todos, y hasta en la del mismo Jesús, a quien alguna vez, leyendo los recursos de Juan María al respecto, le oí decir, cínicamente: «Que sea yo su hermano o no, lo cierto es que yo seré el dueño de todo». Y como la ley ha declarado sumariamente que don Jesús es hijo del viejo Quiñónez y el otro no, a pesar de lo que le consta a todo el mundo, mientras en el juicio contradictorio que siguen ambos no se acredite lo contrario, el Jesús tendrá que echarse sobre todo, como ya se ha echado sobre los fundos.

—¿Cómo explica usted lo del intestado de Quiñónez? ¿No cree usted inverosímil que un hombre, a quien hay que suponer profundamente herido y enconado contra su primera mujer, se descuidara hasta el extremo de no tomar disposición alguna en resguardo de sus bienes, por ejemplo, la de testar?

—Inverosímil, indudablemente. Pero lo cierto es que si testó, el testamento tuvo que ser cerrado, pues de otro modo los notarios lo habrían hecho público, y de esto

nadie ha dicho una palabra hasta hoy. Lo que no dejaría también de ser inverosímil, pues es un acto en que han debido intervenir hasta ocho personas, seguramente honorables y de la confianza del testador, el silencio de todos sólo podría explicarse por la colusión y el soborno, cosa que se hace difícil aceptar. Además, sobre este punto se ha seguido un juicio por sustracción de documentos, alhajas y otros valores contra Jesús, que terminó por sobreseimiento definitivo. La ley no ha tenido, pues, más remedio que declarar a éste hijo de don Juan María y, como tal, heredero de sus bienes.

—¡Y por una cosa tan clara han disputado tantos años!…

—Es que el Juan María no quiso (cosa que al principio se le propuso) compartir la herencia con Jesús. Se fundaba en que la proposición era una pillería que no podía aceptar sin deshonrar su nombre.

—A todo esto ¿quién es realmente el padre de Jesús?

—Un primo de su madre, que fue con quien vivió públicamente desde que ésta fue repudiada por el viejo Quiñónez. Por eso tuvieron al Jesús, que nació a mucho más del año de la separación, oculto varios años en un fundito de Pillao.

—Ahora me explico el tono violento del recurso.

—Es el tono de siempre, señor. Lo que me extraña en esta vez es su insistencia en oponerse, sabiendo que sus demás oposiciones han sido desechadas y que hay ejecutorias al respecto. Lo creía ausente… No se le ha visto en mucho tiempo… ¿Dónde habrá salido?

—¿No lo sabe usted?

—No, señor. Han corrido ciertas versiones sobre su ausencia: una decía que su hermano lo tenía secuestrado en la montaña; otra, que se había marchado al extranjero, gracias a una gruesa suma, que le diera su hermano para que le dejase en paz. Y como nadie ha tenido interés en averiguarlo…

—Bien. Teste usted en el recurso, de manera ilegible, todas las palabras que le indico, dejando previamente copia de ellas en el libro respectivo, y ponga *no ha lugar* y a los autos.

II

Y llegó el día de la diligencia tantas veces frustrada.

Tratábase de un caserón de dos pisos, ruinoso, destartalado, lleno de antigüedad y silencio, cuya fachada hacía pensar en que tras del hermetismo de sus portones, anchos y pesados, yacería en la oquedad de sus habitaciones, desmenuzado, el orgullo de una familia soberbia y caciquista. Sus rejas voladas y pletóricas de macicez y de dibujos revesados y cubiertos de leprosa herrumbre secular; sus balcones tribunicios y de cenicientos balaustres de madera; su portón principal, de marcos repujados y talladuras estrambóticas en el desmesurado plan de los tableros; sus paredes

desteñidas y emporcadas por el asperges continuo de las lluvias, todo contribuía a darle a aquella casona colonial una solemnidad fría, siniestra.

En el primer momento tropezamos con una dificultad: la de no hallar con quién entendernos para el franqueo de la casa, delante de la cual el escribano y yo tuvimos que permanecer algunos minutos esperando al interesado, que había prometido asistir. Algunas cabezas de curiosos, a manera de gárgolas, asomaban por las puertas y ventanas vecinas.

De pronto un jinete que llega, desmonta y saluda ceremoniosamente, con leve y falsa sonrisa, tan falsa como el plateado metal de las riendas de su cabalgadura. En seguida saca, con brusquedad que revela muy bien lo arrebatado de su carácter, de una alforja de cuero, un negro y desmedido llavón, en cuyo ojo luce el capricho de un arabesco, y lo hunde, como una puñalada, en la cerradura del postiguillo, el cual lanza al abrirse un gemido oxidante, al mismo tiempo que un jabardillo de gorriones y jilgueros huye despavorido.

Adentro, el abrojo y el chamico medran adueñados del zaguán y del patio: el primero, extendiéndose como híspida alfombra sobre el empedrado suelo; el segundo, alzándose en forma montuosa, que fue preciso hender, pisotear, para poder llegar hasta la sala. En esta habitación, que estaba precedida por un amplio vestíbulo de barandilla y columnata, la construcción era de un orden menos bárbaro, más regular: tenía algo de la grave y sobria pureza de líneas de las casonas hispanas, que nuestra criolla simplicidad supo apenas comprender y que más tarde adulteraran las nimiedades de los empíricos de la plomada y el palustre. Además de su perfecta rectangularidad, la ornamentación original y caprichosa de aquella sala extensa hacía curioso contraste con la pobreza estética de la fachada, enteramente desprovista de relieves y surcos decorativos. Mientras afuera todo era vetustez y llaneza, aquí todo era suntuosidad y ostentación. El mosaico del zócalo, el dorado y la pintura de las rejas y maderos, la elegancia del artesonado, resultaban como el capricho principesco de un gran señor, mitad soldado, mitad monje, que, al par que dejaba para el exterior de su casa toda la humildad gazmoña de la época, se complació en derrochar en el interior un poco de soberbia hidalga, para así gozar mejor de la dicha de poseerla él solo en su retiro.

La única nota disonante en aquella estancia señoril era el piso, desenladrillado, removido y lleno de visibles excavaciones, que hacían suponer fundadamente que alguien había pasado allí quién sabe qué horas de angustia y codicia, en busca de algún tradicional tapado[*].

Una luz turbia y triste, amortiguada por el azul intenso de las vidrieras, permitía apenas distinguir el fondo de las habitaciones contiguas, cuyas puertas, a pesar de hallarse abiertas de par en par, parecían hostiles a toda violación. Frías ráfagas de viento soplaban de aquel fondo penumbroso, saturado el ambiente de un acre olor de tierra húmeda y de pegajosas emanaciones de murciélago, y aportando en sus ondas un áspero y monocorde gemir de rendijas mal ajustadas.

Como no hubiera mesa en qué escribir ni sillas en qué sentarse e hiciera yo al respecto una observación un poco acerba, Quiñónez, un tanto contrariado, se apresuró a disculparse:

—Tiene usted razón, señor juez, pero la culpa no ha sido mía. Le mandé a un compadre mío la llave hace dos días para que preparase todo para hoy y el muy estúpido salió devolviéndomela, y no siquiera inmediatamente, sino esta mañana, dándome como disculpa el no haberse hallado en ánimo de entrar solo a esta casa, y que nadie había querido tampoco acompañarle. Una tontería de esta gente supersticiosa. Suplico que me excuse usted y que tenga la bondad de esperar mientras yo voy adentro por todo lo necesario. A no ser que usted prefiera pasar adelante…

—No; prefiero sentar aquí el acta. Sólo le recomiendo brevedad, porque ya ha transcurrido más de un cuarto de hora y yo no acostumbro esperar mucho.

Mientras Quiñónez se alejaba, mi escribano, que hacía rato hojeaba con mal disimulada nerviosidad el expediente, exclamó:

—Señor, me pasa una cosa extraña: el recurso de oposición no está en los autos, sin embargo de que estoy seguro de haberlo cosido yo mismo. ¿No cree usted, señor, que esto podría entorpecer la diligencia?

—Si lo hubiese usted cosido ahí estaría —repliqué desconfiado—. ¿No será éste uno de los tantos olvidos de que usted adolece?

—Le juro, señor, haberlo agregado el mismo día que usted lo proveyó. Recuerdo todavía que al fijarme en la data, en vez de 1918, como debía haberse puesto, decía 1916, por cuyo motivo puse la certificación respectiva. Recuerdo también que la segunda hoja del pliego estaba más aceitosa que la otra y con pronunciados manchones en sus dobleces.

—Quiero aceptar su disculpa, sin que esto signifique que no haya incurrido usted en falta. Antes de venir ha debido revisar usted el expediente y remediar el olvido. Ahora no queda otro recurso que proceder, al comenzar el acta, como si el escrito estuviese en los autos, es decir, prescindiendo de la última foja del cuaderno. ¿Ha oído usted?

Y doblemente contrariado por la falta del uno y la demora del otro, demora que ya comenzaba a escamarme, añadí:

—Vaya usted, Yábar, a ver qué hace ese hombre. Parece que él fuera el primero que estuviera interesado en frustrar la diligencia.

Una vez solo, comencé a pasearme en el vestíbulo y a remontar mi imaginación por aquellos coloniales tiempos en que, seguramente, fue edificada aquella solariega casa, tan disputada, tan sola y tan temida. Porque de todas las casas del barrio de Huallaico ésta, conocida por la de los Puelles, era la más histórica, la más legendaria y la más célebre. Célebre no sólo por el pleito y el odio andino de los hermanos Quiñónez, sino por la tradicional munificencia de sus antiguos dueños y, sobre todo, por la serie inagotable de leyendas, fantasmas y duendes con que la había ilustrado la fantasía popular.

No había vecino de Huallaico que no tuviese que contar algo espeluznante de ella. Ruidos, lamentos, llamas, aparecidos, todo el aparato escénico de lo sobrenatural poníase en acción en la siniestra casona tan luego como caían sobre ella la noche y el silencio. Huallaico entero envolvíase en supersticioso terror. A esto contribuía, además de la sencillez de sus moradores, en su mayor parte gente de modesta condición, la lobreguez espesa en que quedaba sumergido el barrio una vez pasadas las ocho. Después de esta hora nadie se aventuraba a pasar delante de la funesta casa. La gente prefería rodear a correr el riesgo de un mal encuentro.

Y heme a mí aquella mañana en el mismo corazón de la casa de los Puelles, con la imaginación excitada por la sugerencia del ambiente, a pesar de mi innata resistencia a todo lo sobrenatural.

A ratos una extraña frialdad, que insensiblemente había ido apoderándose de mí, hacíame estremecer y sentir un malestar indefinible, hasta el punto de querer postergar la diligencia y retirarme. Aquélla era una frialdad sutil, de éter, que me pasaba como copos de algodón sobre los párpados y me obnubilaba las ideas.

De repente, un grito breve y profundo, venido del interior de la casona, me paró en seco. Era un grito que escuchaba por primera vez en mi vida. Tenía de aullido, de estertor, de exclamación, de hipo… ¿Era aquello efecto del espanto, del dolor, del odio, de la rabia…? Y si era grito humano ¿quién podía haberlo proferido? ¿Quiñónez o Yábar? Porque habiendo salido de adentro lo natural era suponer que proviniese de alguno de los dos.

No pude contenerme y grité:

—¡Yábar! ¿Dónde está usted, Yábar? ¿Por qué se demora usted también?

No había terminado aún de exclamar, cuando Yábar se precipitó en la sala, pálido, desalado, balbuciente, jadeante, sudoroso…

—¡Señor, venga usted, venga usted! No sé qué cosa le ha pasado a Quiñónez. Porque yo creo que le ha pasado algo… Por aquí, por aquí, señor.

Y ambos nos precipitamos por el pasadizo que une el primer patio con el interior de la casa, a la vez que interrogaba a Yábar:

—¿Que le ha dado algún ataque a ese hombre?

—Yo creo que algo peor que eso… Salvo que se haya vuelto loco, porque sólo a un loco puede ocurrírsele estarse ahí mudo y en la posición en que está.

Atravesamos un patio enorme, en cuyo centro se destacaba, como un obús que apuntara al cielo, la pétrea boca de un pozo, sobre cuyo brocal un desvencijado torno tenía desenroscada, a manera de intestino, toda la longitud de su soga, destrenzada y reseca, y después de cruzar un corral, cuajado de cactos y tomates silvestres, penetramos en una huerta deslumbradora de exuberancia y frondosidad.

Yábar, que me precedía, se detuvo y, señalando hacia un punto, exclamó:

—¿Alcanza usted a ver algo, señor?

Miré y me quedé estupefacto. En el punto señalado se alzaba, cual un monstruoso vientre encinta, un horno de adobes, lamido y agrietado por las lluvias y el tiempo,

del que salían por la boca un par de pies calzados, con las puntas hacia abajo y enteramente inmóviles. Para apreciar mejor el cuadro nos acercamos. Aquéllos eran indudablemente los pies de Quiñónez. Las espuelas, que no tuviera tiempo de quitarse, el barro reciente de los tacones, el color marrón de las polainas, estaban ahí confirmándolo.

¿Qué diablos había ido hacer allí aquel hombre? Si estaba vivo ¿por qué esa actitud que parecía la de un muerto? Y si estaba muerto ¿qué impulso fue el que le arrastró hasta allí, en busca de un refugio tan extraño?

—¡Quiñónez! ¡Quiñónez! ¿Qué está usted haciendo ahí?

Como no contestase ni diera muestra alguna de vida, hice que Yábar lo tirara fuertemente de los pies, medida que tampoco dio ningún resultado, pues parecía que alguien le sujetaba de adentro.

—Parece que le tuvieran agarrado, señor —exclamó Yábar—. Yo juraría que está muerto.

—Por lo mismo, hay que sacarlo. Siendo la boca del horno tan grande, no veo la imposibilidad de que no pueda salir. Tiremos de él los dos.

Vano esfuerzo. Por más que jalábamos no pudimos sacarlo ni una pulgada. Enfurruñado, solté y volví a interrogar al escribano.

—¿Cuando entró usted a la huerta estaba ya Quiñónez en esta posición?

—Sí, señor.

—¿Movía aún los pies?

—Me parece que sí, aunque no estoy seguro.

—¿Notó usted aquí algo que le revelara la presencia de otra persona?

—Absolutamente no. Lo que sí recuerdo es haber visto, al atravesar el segundo patio, en uno de los cuartos de la derecha, una mesa patas arriba. Y estoy recordando también que había un sombrero caído. Me parece que era el de Quiñónez.

—Y al encontrarlo en esta postura a Quiñónez ¿no tuvo usted la curiosidad de acercarse para ver lo que estaba haciendo?

—Cómo no, señor; y hasta le di la voz, y al ver que no me respondía, le tiré de los pies y entonces salió del horno un grito como de gato rabioso, que me horripiló y me hizo salir corriendo hasta donde usted. Es todo lo que he visto y oído.

—Veo que es usted muy sugestionable… Pero dejemos a un lado el interrogatorio y vamos a otra cosa.

Inmediatamente comencé a dar las órdenes convenientes, a fin de que dos de los vecinos, que poco a poco habían ido penetrando en la huerta, fueran en busca de los instrumentos necesarios para romper el horno, única manera de sacar a Quiñónez.

No hubo que esperar mucho. Antes de lo que yo pensaba aparecieron los comisionados, armados de picos y palanas y seguidos de una turba de curiosos, medio azorada y recelosa, la cual, apenas vio aquel par de pies salientes, comenzó a decir: «¡Quiñónez! ¡Don Jesús Quiñónez!… Su hermano, que no sabe por dónde anda, se la tenía jurada para cuando vinieran a darle posesión».

Mientras estas parecidas exclamaciones corrían de boca en boca, los hombres de los picos, subidos al horno, lo demolían febrilmente. Al fin uno de ellos, desvanecida la nube de polvo que los envolvía, miró por el ancho boquete y, lleno de infantil asombro, exclamó:

—¡Es un hombre! ¡Está boca abajo y sin sombrero!…

La multitud recibió con burlona carcajada las observaciones, un tanto ingenuas, del buen hombre, y hasta hubo alguno que gritó: «¡Miren qué perspicacia! ¡Si no lo dices tú!»…

—Señor —volvió a exclamar el mismo individuo, imperturbable ante la fisga con que lo acababan de rociar—, tiene las manos en el suelo y la cara sobre un charco de sangre… Parece que la hubiera vomitado.

De un salto me encaramé al horno. Efectivamente, el hombre que yacía tendido boca abajo era Jesús Quiñónez. Estaba sin sombrero y con los brazos separados, formando ángulo recto con los codos, clavadas las primeras falanges de las manos en las resquebrajaduras del suelo del horno y con la cabeza apoyada sólo por la barba, en actitud de esquivez, de suprema angustia, o quizás de horror al nauseabundo contacto de la sangre, que, cuajada ya, parecía una mermelada diabólica que hubieran querido hacérsela comer.

El espectáculo, trágico de suyo, a pesar de la frescura primaveral y de la esplendidez meridiana del sol, tenía todas las características de un acontecimiento fatal. No se descubría en él huella alguna de crimen, ni de acto propio violento. Aquello parecía más bien el efecto de un trastorno moral repentino, colocado fuera de todas las reglas de la lógica, de todos los principios de la normalidad.

Desde luego ¿cómo explicar el caso de un sujeto, al parecer lleno de vida, que en el momento de ir a coronar su triunfo huyo de él y por su propia voluntad corre a sumergirse trágicamente en una realidad tan brutal y repulsiva como la de la muerte? Ahora iba yo encontrando bastante significativo ese empeño suyo de que el acta se sentara en la misma casa, cuando bien pudo sentarse en cualquier otra de la vecindad. Y luego ¿por qué esa determinación de ir solo por la mesa y las sillas, pudiendo haberse hecho acompañar del escribano o de algún vecino? ¿Sería porque nada tuvo que temer entonces?

Y entrando en el fondo del asunto. ¿No sería esto obra del irreductible hermano, de ese Juan María, hasta ayer ausente, quien, viendo lo inútil de su oposición, hubiese optado, al fin, por una medida extrema? Y si era así ¿cómo pudo haber previsto que su hermano había de ir solo al interior de la casa en pos de la mesa y *solo precisamente*? Casual o previsto el caso, ¿cómo pudo matarle y llevarle cargado desde el cuarto en que estaba la mesa volcada hasta la huerta, y, como quien mete una pala de pan, introducirlo en el horno y desaparecer? Todo esto, en un tiempo relativamente corto. Y he dicho *llevarle cargado* porque nada indicaba que hubiera sido arrastrado.

También había otra solución: que el Juan María hubiese obrado con el auxilio de

alguien o que otros hubiesen procedido por cuenta suya. Desde este punto de vista el hecho parecía explicable. Pero ¿por qué había esperado hasta el último momento dando lugar a que recayeran sobre él, como era natural, todas las sospechas? ¿Por qué no se quitó de en medio al hermano en otro instante cualquiera? Un asalto en el poblado y a medianoche… Un *esquinazo*…, en cualquier parte, a esas horas en que la ciudad queda en tinieblas y silencio profundo…

Todas estas reflexiones bullían en mi mente sin humana explicación. Lo único que me respondía era lo extraordinario, lo sobrenatural, tanto más lógico cuanto más me empeñara en encerrar mi razón de juez ritualista y disciplinado en el frío discernimiento de los hechos.

Una vez hechas las anotaciones respectivas, pues desde aquel momento empezaba la investigación judicial, hice extraer al occiso, no sin visible esfuerzo para desprenderle las agarrotadas manos, y colocarle a la sombra de un pacae, donde se le examinó minuciosamente. El cuerpo estaba intacto; no presentaba huella alguna de lesión, y la sangre que le empurpuraba la boca parecía más bien producida por un derrame interno. ¿Aneurisma, golpe violento en alguna noble entraña, para cuya afirmación era preciso la autopsia o cierto transcurso del tiempo? ¡Quién sabe!

Mi perplejidad subió de punto cuando uno de los curiosos, que estaba encima del horno, gritó:

—¡Señor juez, parece que aquí hay un hombre enterrado! Se le ve algo por las junturas de los adobes…

Me acerqué presuroso y aguaité. No había duda alguna: por entre el charco de sangre emergía algo como una mota de pelos, y en opuesto sentido, por entre las junturas de los mal asentados adobes, se entreveían las puntas de unos botines resecos y amarillos.

Ante este nuevo hallazgo, hice reanudar su tarea a los improvisados piqueros, descubriéndose después de un breve trabajo, entre el asombro de los unos y el espanto de los otros, el cadáver de un hombre con un puñal clavado en el pecho hasta el mango. Cuando le vi en el suelo, al lado del otro cadáver, un choque brutal me conmovió hasta la médula, haciéndome exclamar: «¡Qué parecido al hombre del recurso!».

Yábar, que también se había acercado a contemplarle, se espeluznó y salió de estampida a refugiarse entre la turba, que repetía, acaloradamente: «¡Es don Juan María Quiñónez! ¡Es él… es él!… ¡Con razón penaban tanto en esta casa!…».

La verdad era que el nuevo cadáver coincidía en toda su indumentaria con el del hombre del recurso: el mismo traje, la misma bufanda de vicuña enrollada al cuello, el mismo hongo faldudo, el mismo calzado amarillo de pasadores. Y, personalmente, también había entre ellos algo de común: la barba crespa y acollarada de simio gigante.

En cuanto a su estado, conservaba todavía la piel íntegramente. Estaba en un periodo de momificación, en ese periodo en que los cadáveres despiden un tufo acre,

muy parecido al de los cirios viejos guardados. Podía afirmarse, sin temor alguno, que el cadáver del llamado por todos Juan María Quiñónez databa de unos dos años atrás. A esto se añadía la vieja oxidación del puñal y el acentuado sacofagismo del traje.

Claro es que desde un punto estrictamente legal la afirmación de los vecinos sobre la identidad del cadáver no podía aceptarse como definitiva. Tanto podía ser el de Juan María Quiñónez como el de algún otro individuo parecido. Era necesario agotar primero todas las posibilidades contrarias, cerrar el círculo hasta no dejar dentro, como en una retorta, más que el precipitado de la certidumbre.

Además, mi lógica no me permitía conciliar un absurdo: el de la relación íntima entre el hombre del recurso y el del fúnebre hallazgo. Mientras para todos los presentes la verdad estaba fuera de toda duda, para mí lo imposible estaba por encima de la verdad. Y es que para ello la cuestión sólo tenía un lado: el natural, porque lo extraordinario no existía.

Por eso mi asombro, ante el cual todos mostrábanse extrañados, dio seguramente lugar a falsas interpretaciones, poco favorables a mi penetración de juez.

Esta idea me tornó a la realidad, y volví a coger el hilo de la investigación en el preciso momento en que, al descubrirse el pecho del cadáver, para apreciar mejor el sitio de la herida, caía de uno de los bolsillos interiores del chaqué un pliego de papel sellado, doblado en cuatro.

—A ver, Yábar, recoja usted eso y examínelo.

Yábar, venciendo su natural repugnancia, cogió el papel y principió a desdoblarlo con cierta cautela; pero no bien acabara de hacerlo cuando los cabellos se le erizaron y el rostro se le desencajó, al mismo tiempo que rompía a gritar:

—¡Es el mismo recurso que cosí el otro día, señor! Ahí está la fecha… 1916… ¡El mismo, el mismo!…

Y el pobre escribano, lívido, tambaleante, dando manotadas al aire, como si tratara de espantarse algo odioso, se desplomó, al mismo tiempo que la turba de curiosos, poseída de repentino espanto, salía disparada y ululante, mientras yo permanecía abrumado por la realidad de un misterio y con el corazón sabiamente envejecido.



ENRIQUE LÓPEZ ALBÚJAR (Chiclayo, 1872 - Lima, 1966). Narrador, poeta, periodista y magistrado peruano, conocido como el iniciador de la corriente indigenista del siglo XX. Retomando la temática de Narciso Aréstegui y de Clorinda Matto de Turner, incorpora la indagación psicológica y las técnicas del cuento moderno para retratar el mundo andino. Se le considera el primer escritor en construir una imagen verosímil del indio peruano, con sus creencias y formas de violencia.

De su obra narrativa sobresalen *Cuentos andinos* (1920), *Matalaché* (novela, 1928), *Nuevos cuentos andinos* (1937), *El hechizo de Tomayquichua* (novela, 1943) y *Las caridades de la señora Tordoya* (1955). Asimismo, su larga experiencia como juez y vocal en provincias le permitió escribir *Los caballeros del delito* (1936), estudio de sociología criminal peruana.

Glosario

— *¡Achachau!*: ¡qué susto!, interjección de sorpresa o temor.

— *Actado*: demandado ante el juez.

— *Alcabite*: deformación de alcahuete.

— Alcalde pedáneo: el elegido por la comunidad, con amplias facultades para gobernarla y administrarle justicia, pero sin perder de vista la tradición. Todo lo contrario de lo que, según el léxico, significa la palabra.

— Áñax, añás: zorrillo o mofeta, cuyos orines pestilentes trascienden a gran distancia.

— *Arihuay*: canción con que se acompaña a los músicos en las danzas.

— *¡Atatau!, ¡tatau!*: ¡qué feo!, interjección de asco o disgusto.

— *Au, aumi*: sí.

— *Auquillo*: viejecito, abuelito; espíritu de los cerros o *jircas*. Seres mitológicos, unas veces bondadosos y otras, vengativos.

— Ayllo, ayllu: comunidad indígena; unidad básica de parentesco de la estructura social andina, la cual, generalmente, puede trazar su descendencia de un ancestro común y tiene derechos colectivos a tierras.

— *Bajopontinos*: pertenecientes al tradicional distrito del Rímac, Lima.

— *Campo*: función concejil y, por extensión, quien la desempeña. Son dos en cada concejo, y deben ser mozos fuertes para imponer sus mandatos con las manos si es preciso.

— *Capac Eterno*: Padre Eterno. Dios.

— *Catipar*: mascar coca con objeto de adivinar el futuro por medio del sabor.

— *Chacchar*: mascar hojas de coca mezcladas con cal. Entre los indígenas, tiene funciones vigorizantes y ceremoniales.

— *Chacta*: aguardiente de caña.

— Chapudo: con marcas rojas en las mejillas por efecto del frío. Su uso es despectivo, para subrayar el origen andino del aludido.

— *Chaquinani, taquinani*: sendero estrecho, de cabras.

— Chasqui: «el que toma alguna cosa», antiguos mensajeros de los incas, un servicio de correo por relevos mediantes quipus.

— Chicha: bebida alcohólica, especie de cerveza hecha generalmente con maíz

fermentado.

— *Chirriampa*: chicharra; doncella de los mestizos, muy emperifollada.

— *Costado blanco*: neumonía.

— *Cuchiguato, cuchiguatu*: «cerdo atado»; peyorativamente, hombre casado.

— *Decurión*: mozo al servicio de los *yayas* o del concejo.

— *Denario*: especie de collar de frutas, que llevan las mujeres en el carnaval y que defienden contra las acometidas de los hombres, pues la que lo pierde paga una multa al grupo que preside el juego.

— *Ganchudo*: fascinador, transmisor del mal de ojo.

— *Guapi*: voz con que se espanta al gavilán, halcón u otra ave de presa, para evitar que se lleve lo que está acechando.

— Guarapo: bebida fermentada a base de jugo de caña de azúcar.

— *Guayuncas*: racimo artificial de maíz.

— Huacho: solo, huérfano.

— *Huallqui*: bolsón de piel sin curtir en que se guarda la coca.

— *Huampa*: paloma más grande y hermosa que la cuculí, parecida a ésta.

— Huayco: masa de lodo y peñas que las lluvias desprenden de las alturas de los Andes y que, al caer en los ríos, ocasionan su desbordamiento.

— *Huayna-pishtanag*: donde se asesinó a la querida.

— Huayruro: semilla del árbol homónimo (*Ormosia coccinea*), de color rojo y negro, que se usa como adorno y como amuleto.

— Ichu: (*Stipa ichu*) paja dura de las regiones altas. Gramínea que crece en toda la puna.

— *Illapaco*: tirador.

— *Illapaco-jumapa*: tirador de la comarca.

— *Jacha-caldo*: caldo de yerbas.

— *Jirca*: cerro, a algunos de ellos los indígenas les atribuyen cualidades divinas.

— *Jitanacuy*: el juego del carnaval.

— *Jitarishum*: «lo expulsaremos»; condena al ostracismo, por la que se es borrado de la comunidad, con expulsión inmediata y expropiación de tierras, animales y enseres.

— Kola: bebida estimulante elaborada con semillas del árbol de cola, contenedoras

de un alto índice de cafeína.

— Lampa: azada, pala cuadrangular de hierro.

— Lampear, tirar lampa: cultivar; escarbar la tierra con una lampa.

— *Lapón*: perro.

— Laupi: árbol cuya madera se prefiere para hacer imágenes.

— *Librito*: libreta que se da a los tiradores licenciados.

— *Malagusa*: piojo hambriento.

— *Manachi*: no.

— *Maranshay*: censo de la comunidad que se hace anualmente con granos de maíz de varios colores.

— Mate: escudilla o plato de la corteza de la calabaza.

— *Matohuasi*: almacén donde se guarda la coca.

— *Misti*: persona blanca; por asociación, miembro de la clase dominante; mestizo, en el sentido peyorativo de aquel que renuncia a su entidad indígena.

— *Mosho*: concejal nuevo.

— Mostrenco: el mayor insulto que se hace a un indígena, señalándolo como individuo paupérrimo, descamisado.

— Motoso: que apenas habla castellano o lo hace con acento indígena. Su uso es despectivo, para subrayar el origen andino del aludido.

— Nuevos *cargos*: concejales recientemente elegidos, pero que todavía no han jurado.

— *Orongoy*: moscardón.

— Otorongo: tigre americano.

— Pillco-Rondos: sobrenombre con el que es conocida la ciudad de Huánuco entre los indígenas de la comarca.

— *Pincullo*: flautín indígena de carrizo; en Chupán lo hacen de hueso de buitre.

— *Piquipillco*: «huanuqueño (natural de Huánuco) sin medias» o «huanuqueño piquiento».

— Pirca: pared de piedra.

— *Pishtaco*: matador de hombres.

— *Pongo*: sirviente; indígena de hacienda que sirve gratuitamente, por turno, en la casa del amo.

— Quedarse riendo en la laguna de Puma-Saca: convertirse la cabeza que en ella se arroja en calavera.

— Quipu: manojo de cuerdas o lana de colores, anudadas, usado desde tiempos preincaicos con fines contables y, según algunos investigadores, como reemplazo de la escritura. El *quípuc* de Chupán, degenerado o transformado, usa maíz o hayruros en vez de cuerdas. Se emplea en el censo de la comunidad.

— Quishuar: vara de chonta o de laupi raspada.

— *Ragrapacho*: mestizo de la quebrada o mestizo hambriento.

— *Rigcharillag*: cántico de carácter religioso.

— *Rogro*: flojo, ocioso.

— *Rucu*: concejal saliente.

— *Shapra*: barbudo, calificativo de los indígenas a los conquistadores.

— *Shucuy*: sandalia de piel de toro, sin curtir, de bordes doblados y cosidos, similar a la babucha; por extensión se dice del que usa dicho calzado.

— Supay: dios-demonio precolombino, que habita las profundidades de la tierra y el inframundo de los muertos, y puede ser malo o bueno; con el catolicismo, pasó a identificarse con el diablo.

— Taita: papá, papito; tratamiento coloquial a ciertas personas de respeto.

— Tambo: posada o tienda pequeña en zonas rurales alejadas.

— Tapado: tesoro enterrado.

— *Terciana muda*: la que lleva al estado de inanición al que la padece. Los indígenas la consideran efecto de un maleficio.

— *Tocus, tocosh*: papas que han pasado por un periodo de descomposición; por su fuerte olor, su consumo sólo es apto para estómagos fuertes.

— Tullo-Calpa, Tancuy y Sumarag: dioses infernales de la teogonía incaica, adulterada por los chupanes.

— *Ushanan-jampi*: «el remedio último»; pena de muerte o linchamiento, ejecutado por todos los miembros de la comunidad, al infractor del *jitarishum* o destierro perpetuo.

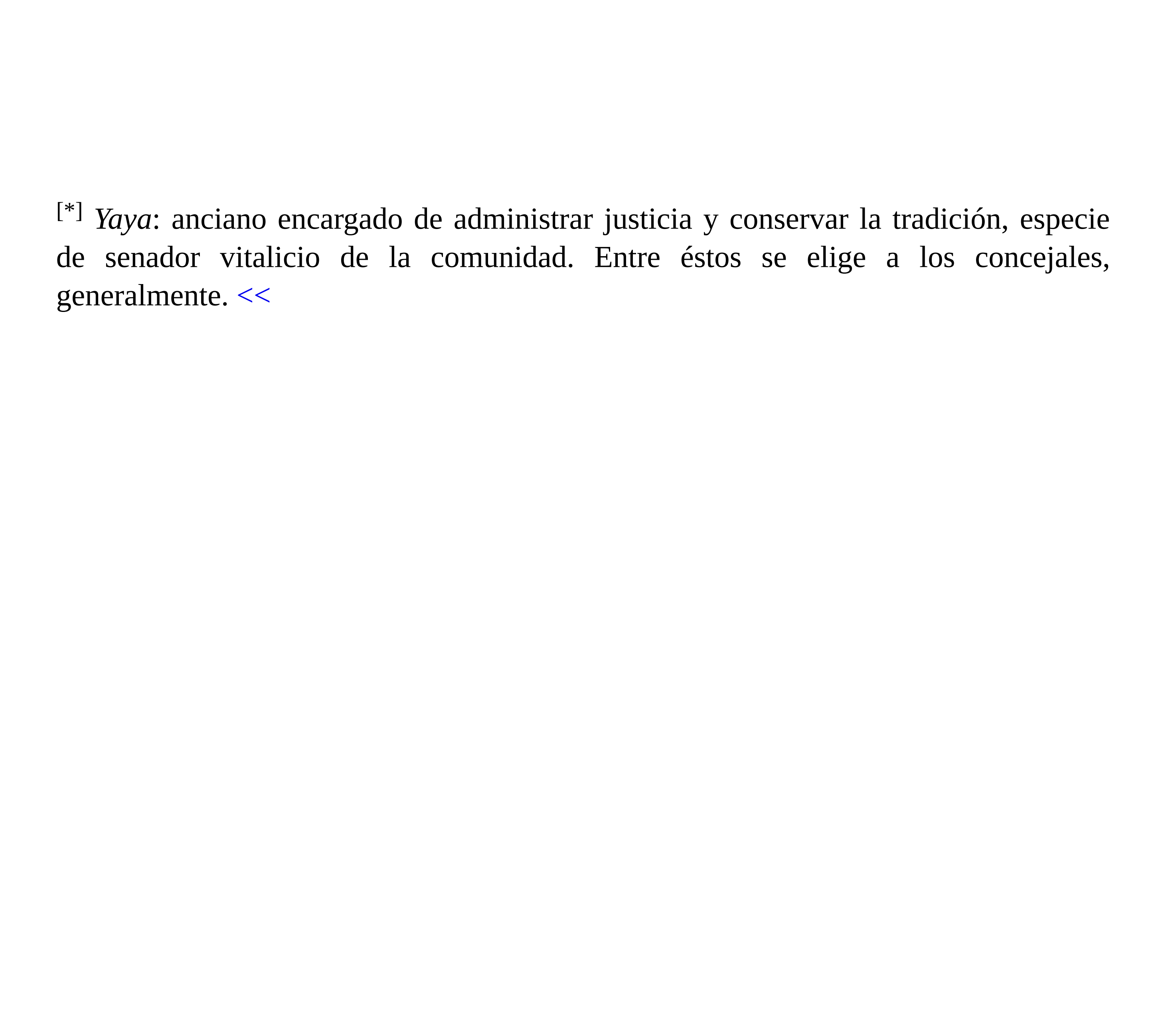
— *Utacas*: hormigas, especie de hormiga-león.

— Yareta, llareta: combustible vegetal, hecho de la planta del mismo nombre (*Azorella compacta*).

— *Yaya*: anciano encargado de administrar justicia y conservar la tradición, especie

de senador vitalicio de la comunidad. Entre éstos se elige a los concejales, generalmente.

Notas



[*] *Yaya*: anciano encargado de administrar justicia y conservar la tradición, especie de senador vitalicio de la comunidad. Entre éstos se elige a los concejales, generalmente. <<

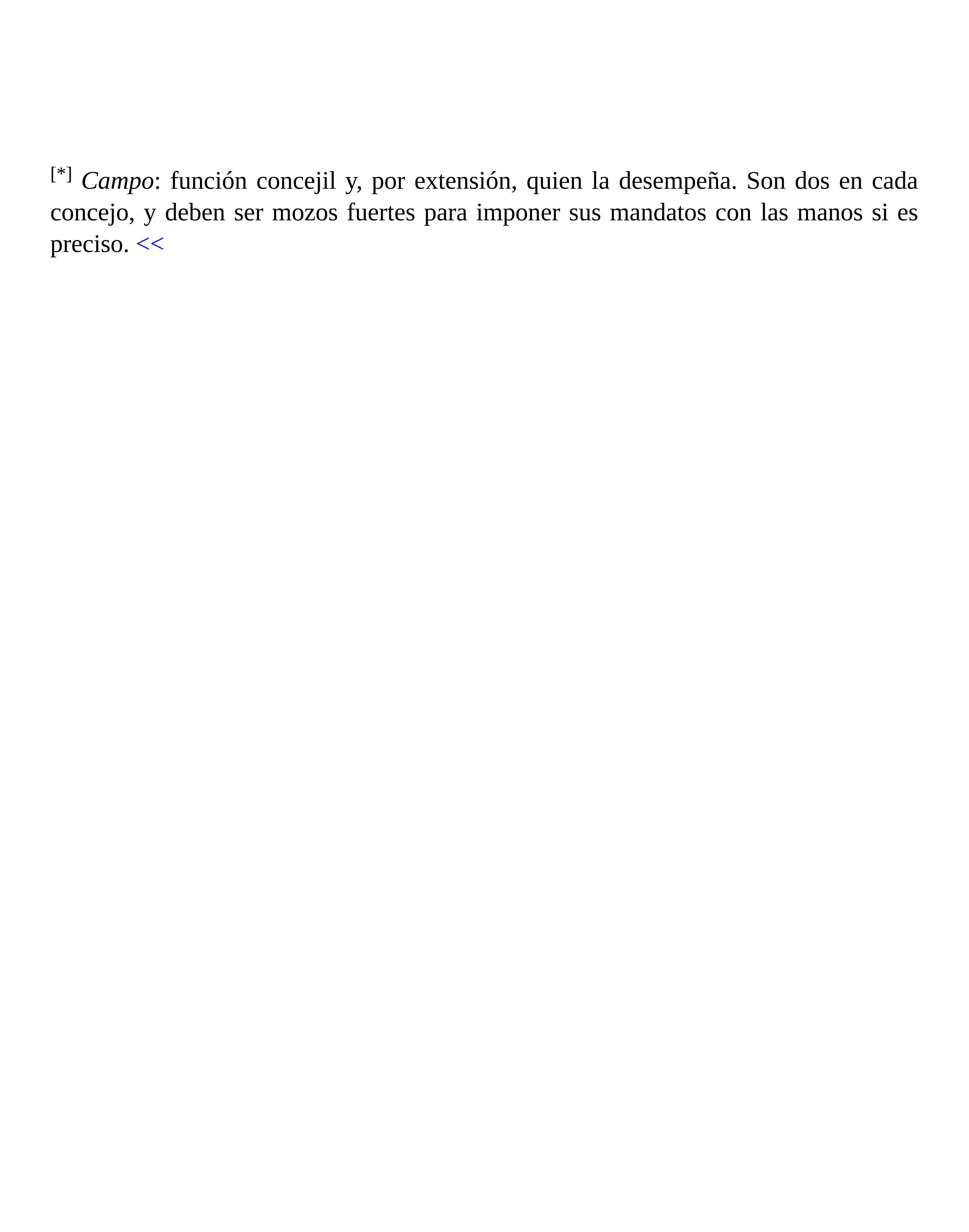
[*] Lampear, tirar lampa: cultivar; escarbar la tierra con una lampa (azada). <<



[*] *Misti*: persona blanca; por asociación, miembro de la clase dominante; mestizo, en el sentido peyorativo de aquel que renuncia a su entidad indígena. <<



[*] Pillco-Rondos: sobrenombre con el que es conocida la ciudad de Huánuco entre los indígenas de la comarca. <<



[*] *Campo*: función concejil y, por extensión, quien la desempeña. Son dos en cada concejo, y deben ser mozos fuertes para imponer sus mandatos con las manos si es preciso. <<

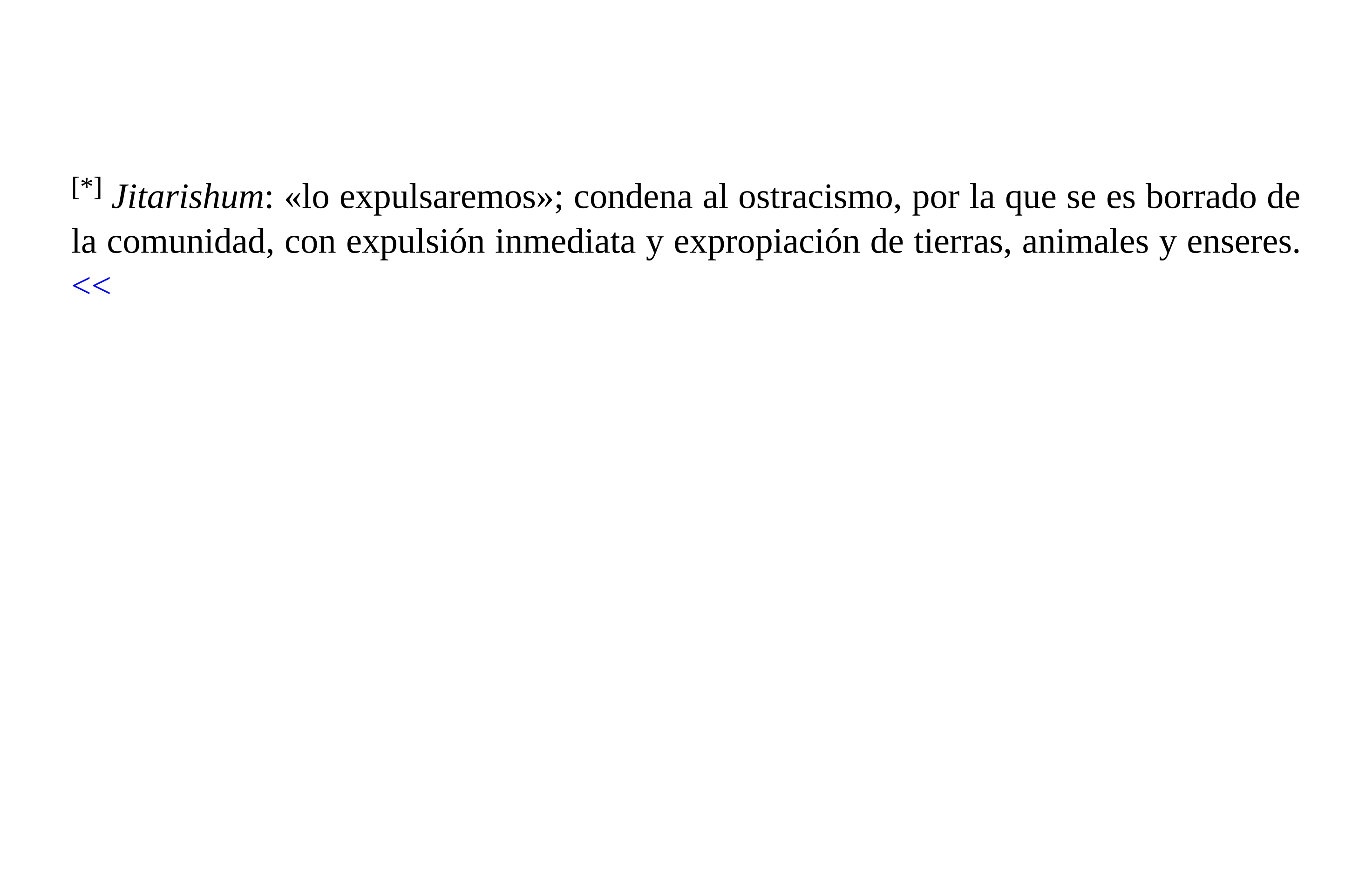


[*] *Chacchar*: mascar hojas de coca mezcladas con cal. Entre los indígenas, tiene funciones vigorizantes y ceremoniales. <<

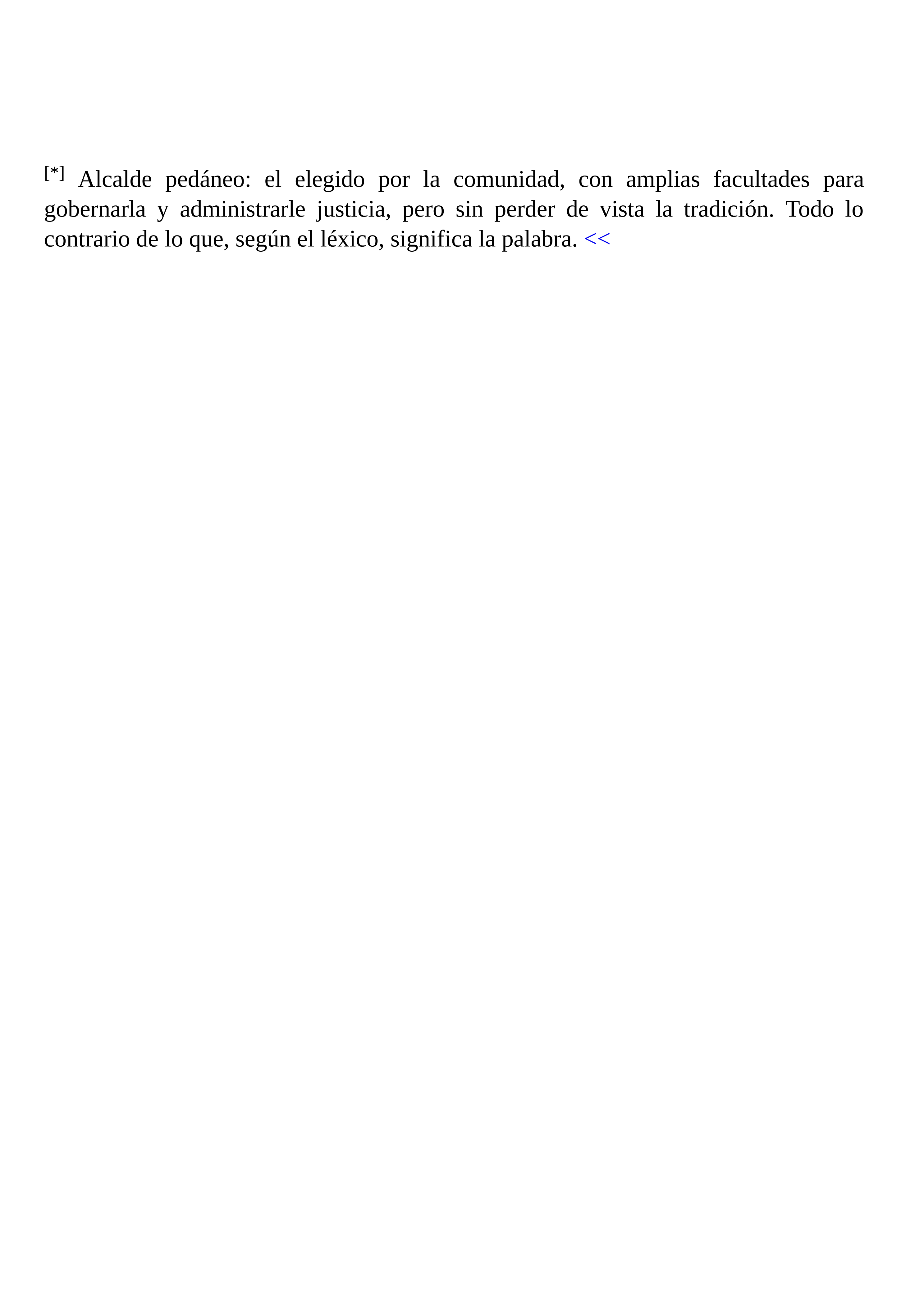
[*] Taita: papá, papito; tratamiento coloquial a ciertas personas de respeto. <<



[*] *Pongo*: sirviente; indígena de hacienda que sirve gratuitamente, por turno, en la casa del amo. <<



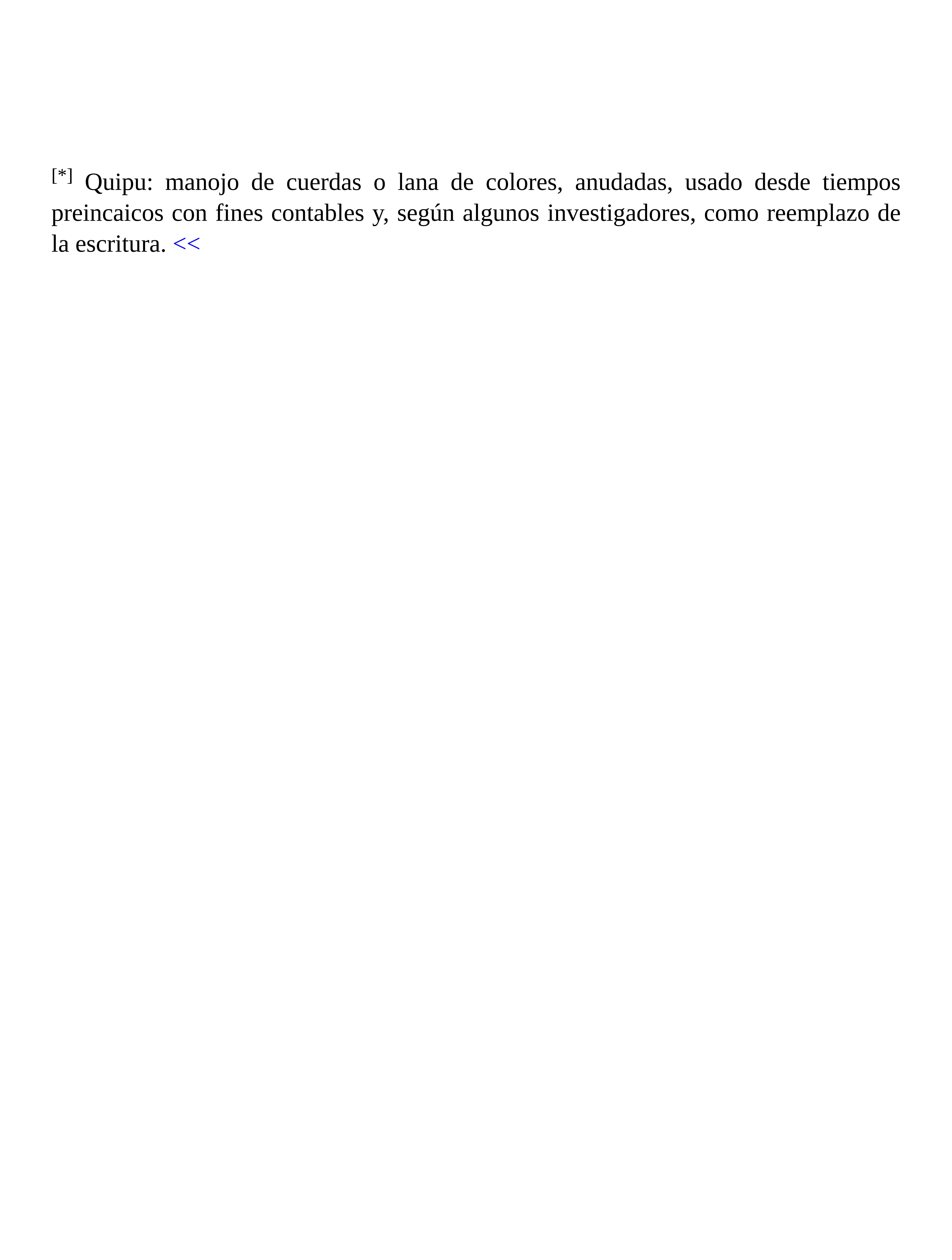
[*] *Jitarishum*: «lo expulsaremos»; condena al ostracismo, por la que se es borrado de la comunidad, con expulsión inmediata y expropiación de tierras, animales y enseres. <<



[*] Alcalde pedáneo: el elegido por la comunidad, con amplias facultades para gobernarla y administrarle justicia, pero sin perder de vista la tradición. Todo lo contrario de lo que, según el léxico, significa la palabra. <<

[*] *Jirca*: cerro, a algunos de ellos los indígenas les atribuyen cualidades divinas. <<

[*] *Decurión*: mozo al servicio de los *yayas* o del concejo. <<



[*] Quipu: manojo de cuerdas o lana de colores, anudadas, usado desde tiempos preincaicos con fines contables y, según algunos investigadores, como reemplazo de la escritura. <<

[*] *Catipar*: mascar coca con objeto de adivinar el futuro por medio del sabor. <<

[*] *Costado blanco*: neumonía. <<



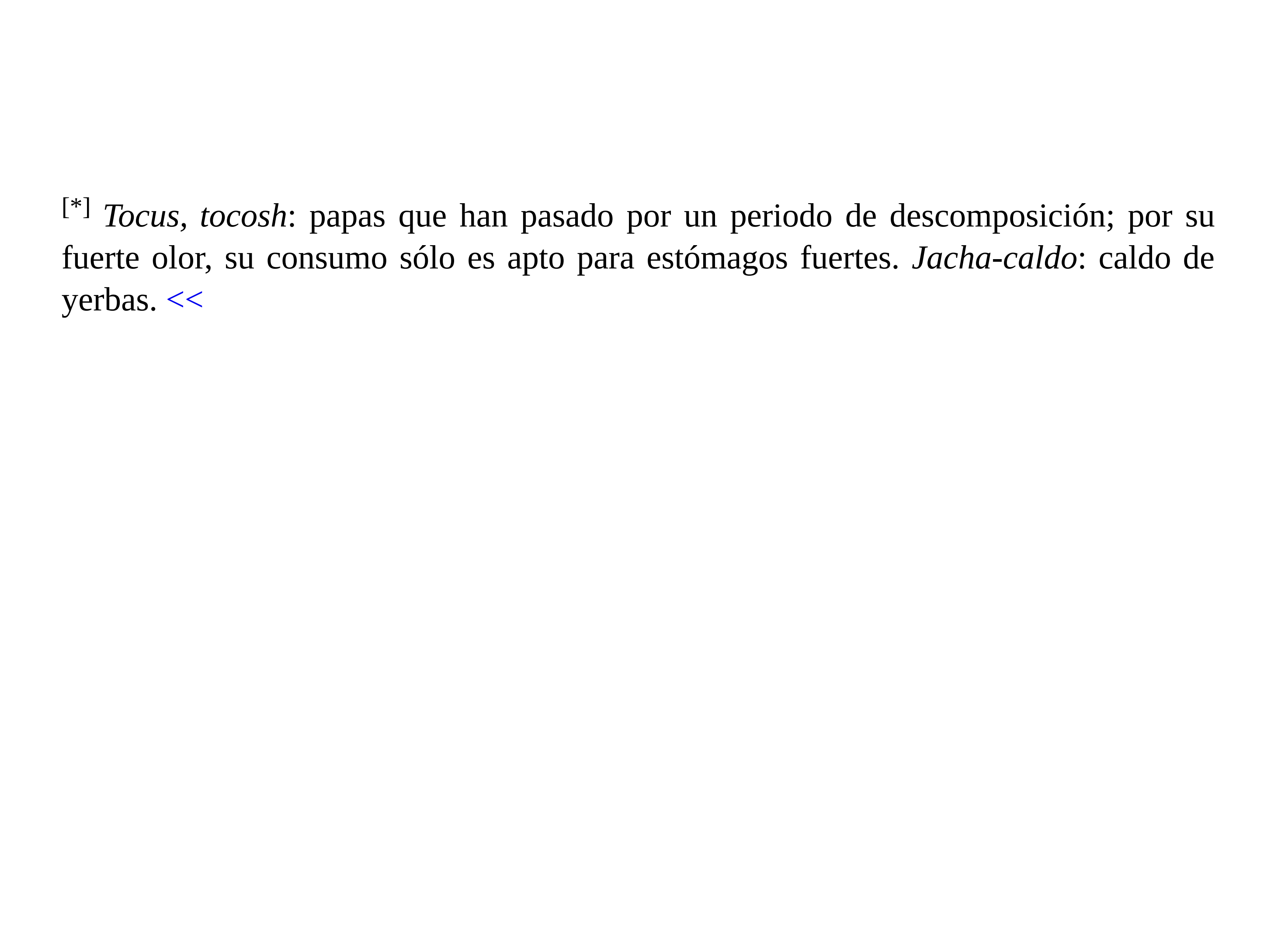
[*] *Terciana muda*: la que lleva al estado de inanición al que la padece. Los indígenas la consideran efecto de un maleficio. <<

[*] *Illapaco*: tirador. <<



[*] *Shucuy*: sandalia de piel de toro, sin curtir, de bordes doblados y cosidos, similar a la babucha; por extensión se dice del que usa dicho calzado. <<

[*] *Chaquinani, taquinani*: sendero estrecho, de cabras. <<



[*] *Tocus, tocosh*: papas que han pasado por un periodo de descomposición; por su fuerte olor, su consumo sólo es apto para estómagos fuertes. *Jacha-caldo*: caldo de yerbas. <<

[*] *Mosho*: concejal nuevo. <<

[*] *Capac Eterno*: Padre Eterno. Dios. <<

[*] Nuevos *cargos*: concejales recientemente elegidos, pero que todavía no han jurado. <<

[*] Chicha: bebida alcohólica, especie de cerveza hecha generalmente con maíz fermentado. <<

[*] Quishuar: vara de chonta o de laupi raspada. <<

[*] *Arihuay*: canción con que se acompaña a los músicos en las danzas. <<

[*] *Pincullo*: flautín indígena de carrizo; en Chupán lo hacen de hueso de buitre. <<

[*] *Lapón*: perro. <<



[*] *Guapi*: voz con que se espanta al gavilán, halcón u otra ave de presa, para evitar que se lleve lo que está acechando. <<

[*] *Jitanacuy*: el juego del carnaval. <<

[*] *Rigcharillag*: cántico de carácter religioso. <<

[*] *Au, aumi*: sí. <<

[*] «Ganado» significa aquí «hombres». <<

[*] *Ragrapacho*: mestizo de la quebrada o mestizo hambriento. <<

[*] Tullo-Calpa, Tancuy y Sumarag: dioses infernales de la teogonía incaica, adulterada por los chupanes. <<



[*] Quedarse riendo en la laguna de Puma-Saca: convertirse la cabeza que en ella se arroja en calavera. <<

[*] *Manachi*: no. <<

[*] Mate: escudilla o plato de la corteza de la calabaza. <<

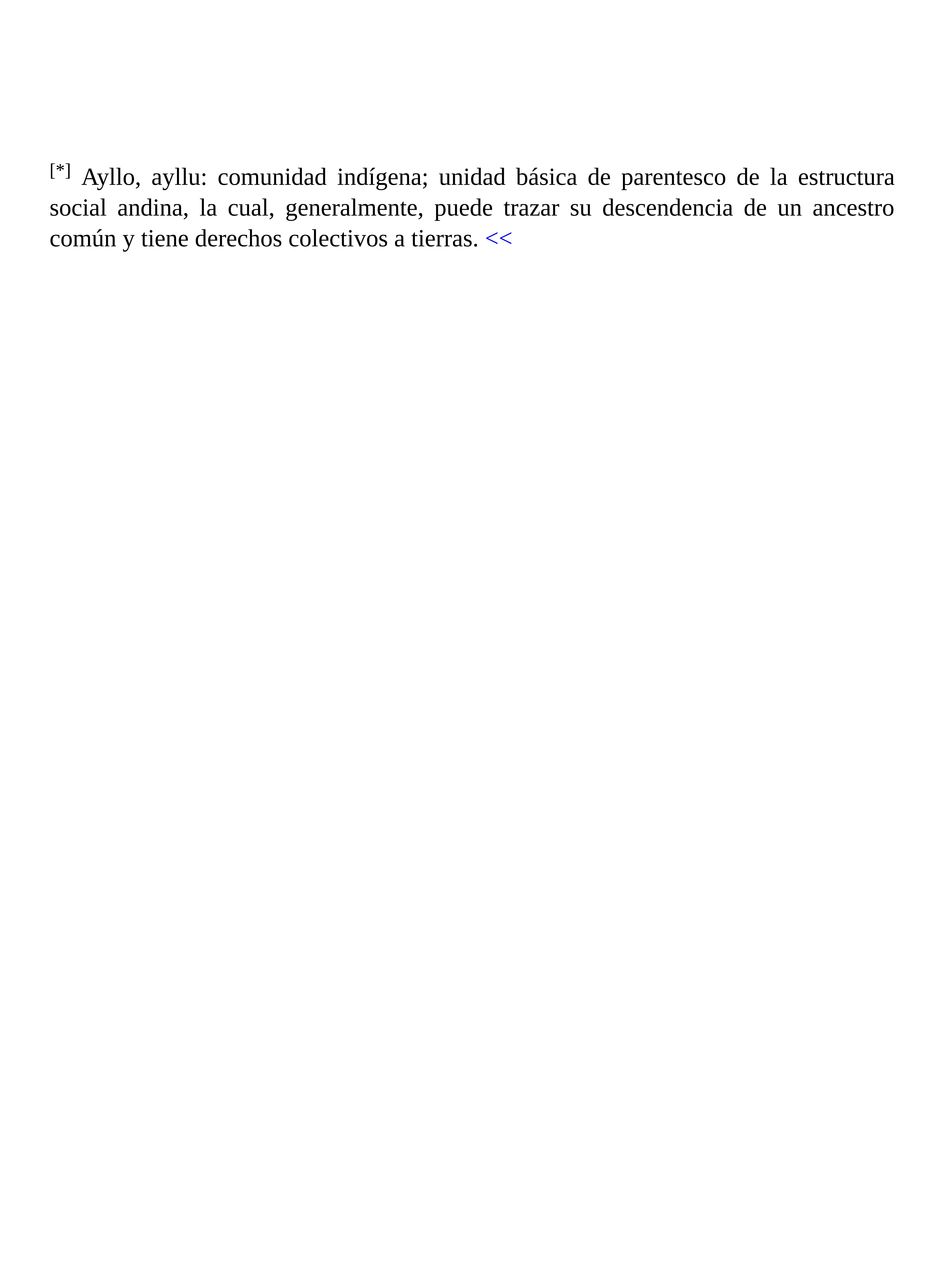
[*] *Shapra*: barbudo, calificativo de los indígenas a los conquistadores. <<

[*] Otorongo: tigre americano. <<

[*] *Guayuncas*: racimo artificial de maíz. <<

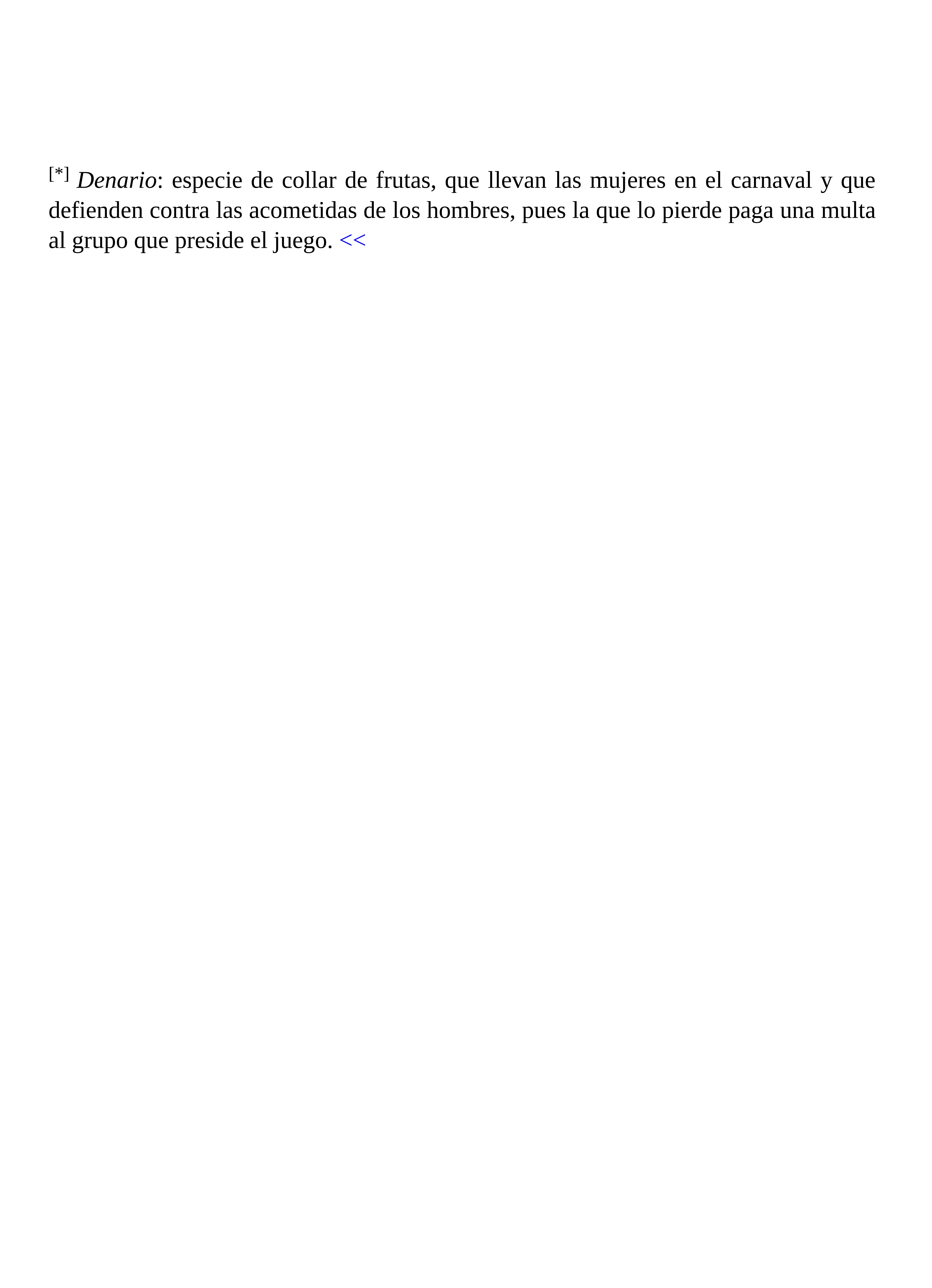
[*] *Alcabite*: deformación de alcahuete. <<

[*] *Actado*: demandado ante el juez. <<



[*] Ayllo, ayllu: comunidad indígena; unidad básica de parentesco de la estructura social andina, la cual, generalmente, puede trazar su descendencia de un ancestro común y tiene derechos colectivos a tierras. <<

[*] Huayruro: semilla del árbol homónimo (*Ormosia coccinea*), de color rojo y negro, que se usa como adorno y como amuleto. <<



[*] *Denario*: especie de collar de frutas, que llevan las mujeres en el carnaval y que defienden contra las acometidas de los hombres, pues la que lo pierde paga una multa al grupo que preside el juego. <<

[*] *Chacta*: aguardiente de caña. <<

[*] Guarapo: bebida fermentada a base de jugo de caña de azúcar. <<

[*] Mostrenco: el mayor insulto que se hace a un indígena, señalándolo como individuo paupérrimo, descamisado. <<

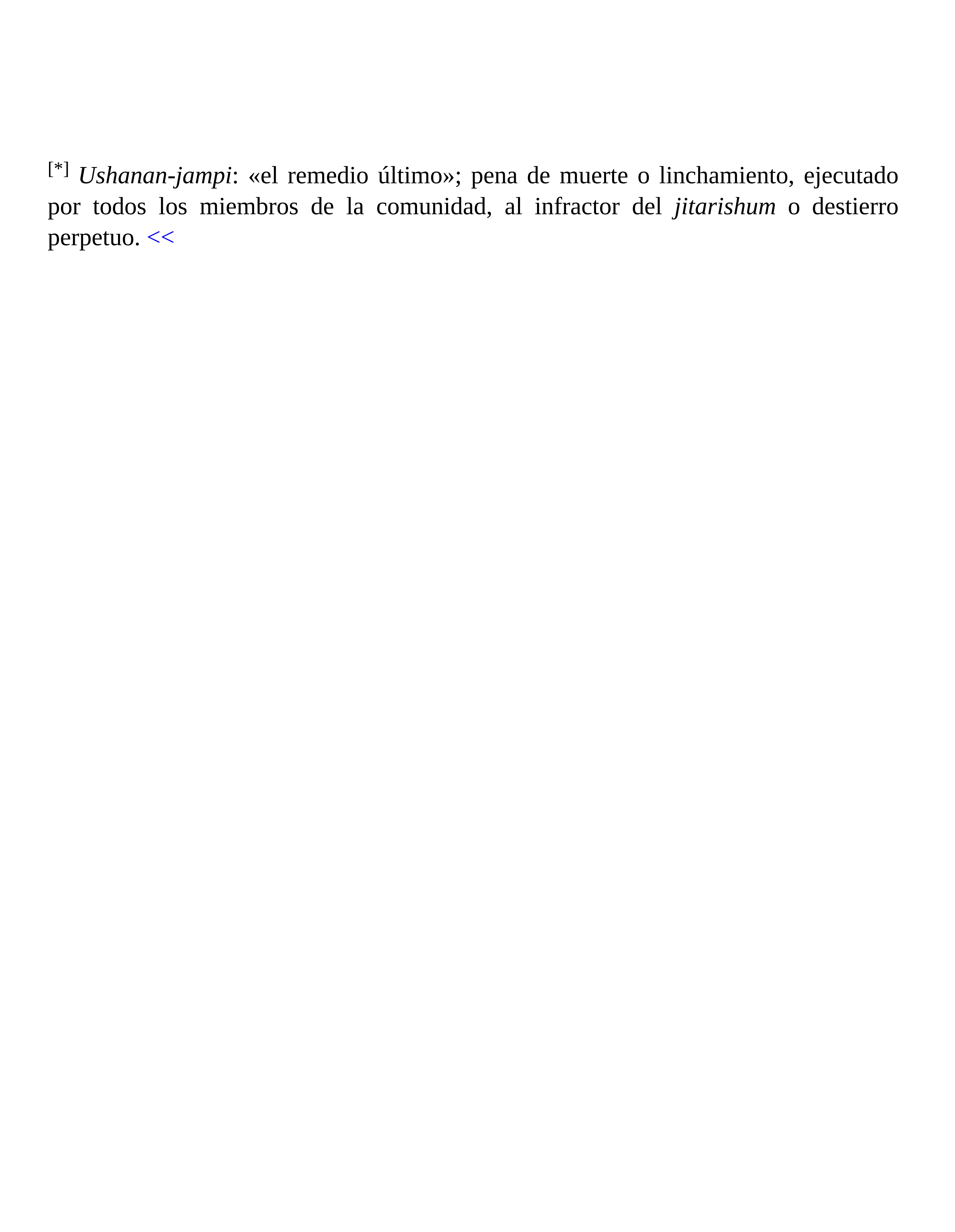
[*] *Ganchudo*: fascinador, transmisor del mal de ojo. <<

[*] *Librito*: libreta que se da a los tiradores licenciados. <<

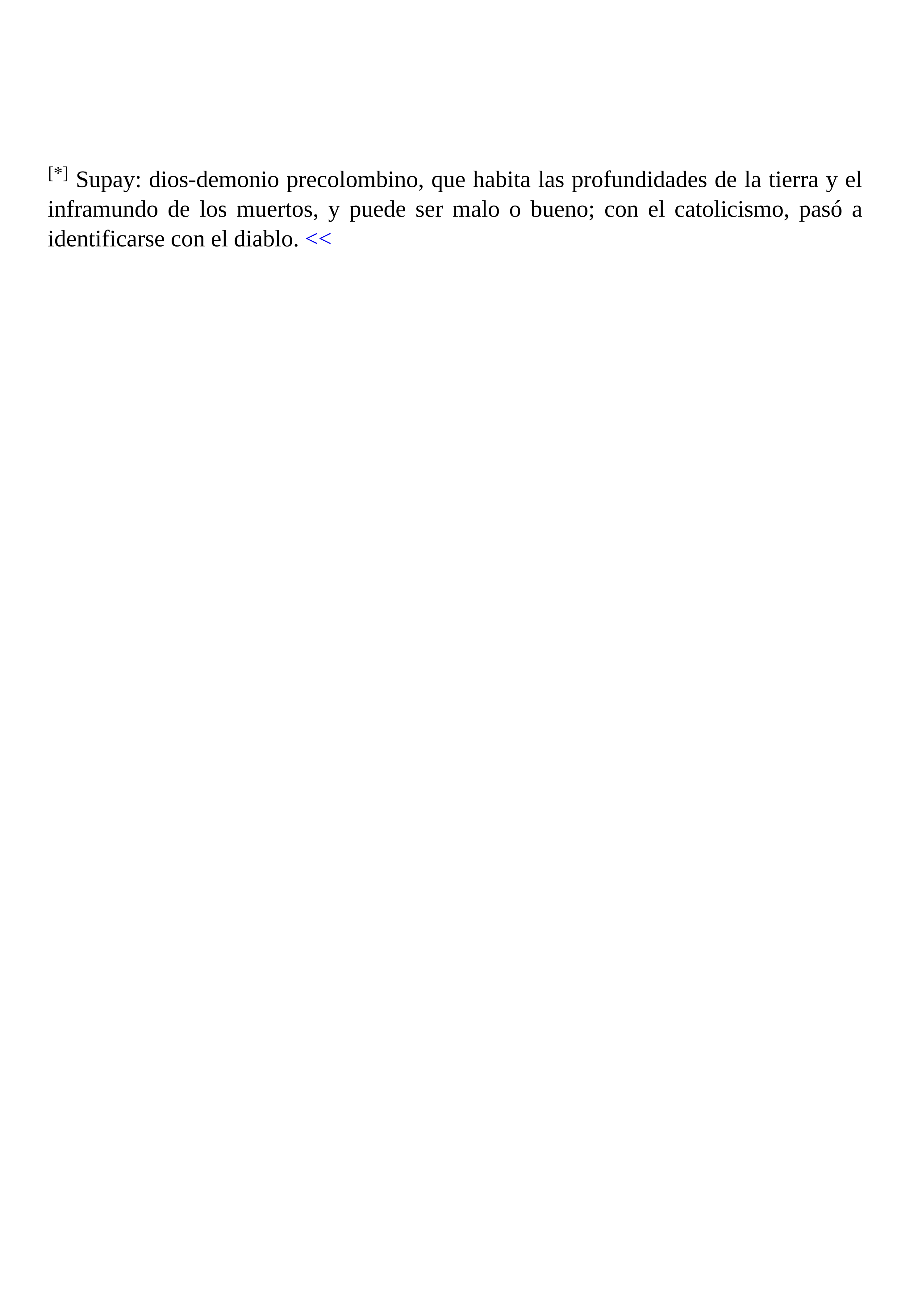
[*] *Illapaco-jumapa*: tirador de la comarca. <<

[*] *Huampa*: paloma más grande y hermosa que la cuculí, parecida a ésta. <<

[*] *Orongoy*: moscardón. <<



[*] *Ushanan-jampi*: «el remedio último»; pena de muerte o linchamiento, ejecutado por todos los miembros de la comunidad, al infractor del *jitarishum* o destierro perpetuo. <<



[*] Supay: dios-demonio precolombino, que habita las profundidades de la tierra y el inframundo de los muertos, y puede ser malo o bueno; con el catolicismo, pasó a identificarse con el diablo. <<

[*] Laupi: árbol cuya madera se prefiere para hacer imágenes. <<

[*] *Matohuasi*: almacén donde se guarda la coca. <<

[*] *Huallqui*: bolsón de piel sin curtir en que se guarda la coca. <<

[*] *Rogro*: flojo, ocioso. <<

[*] *Chirriampa*: chicharra; doncella de los mestizos, muy emperifollada. <<

[*] Áñax, añás: zorrillo o mofeta, cuyos orines pestilentes trascienden a gran distancia.
<<

[*] *Utacas*: hormigas, especie de hormiga-león. <<

[*] *Piquipillco*: «huanuqueño (natural de Huánuco) sin medias» o «huanuqueño piquiento». <<

[*] *¡Tatau!*: ¡qué feo!, interjección de asco o disgusto. <<

[*] *Malagusa*: piojo hambriento. <<

[*] *Cuchiguato, cuchiguatu*: «cerdo atado»; peyorativamente, hombre casado. <<

[*] Lampa: azada, pala cuadrangular de hierro. <<

[*] *Huayna-pishtanag*: donde se asesinó a la querida. <<

[*] *Bajopontinos*: pertenecientes al tradicional distrito del Rímac, Lima. <<

[*] *Pishtaco*: matador de hombres. <<



[*] *Maranshay*: censo de la comunidad que se hace anualmente con granos de maíz de varios colores. <<

[*] Como se vio anteriormente, «ganado» significa aquí «hombres». <<

[*] *Rucu*: concejal saliente. <<



[*] El *quípuc* de Chupán es el incaico, degenerado o transformado, usando maíz o hayruros en vez de cuerdas. Se emplea en el censo de la comunidad. <<

[*] *¡Atatau!*: ¡qué feo!, interjección de asco o disgusto. <<

[*] *¡Achachau!*: ¡qué susto!, interjección de sorpresa o temor. <<

[*] Pirca: pared de piedra. <<



[*] *Auquillo*: viejecito, abuelito; espíritu de los cerros o *jircas*. Seres mitológicos, unas veces bondadosos y otras, vengativos. <<



[*] Ichu: (*Stipa ichu*) paja dura de las regiones altas. Gramínea que crece en toda la puna. <<



[*] Huayco: masa de lodo y peñas que las lluvias desprenden de las alturas de los Andes y que, al caer en los ríos, ocasionan su desbordamiento. <<

[*] *Taquinani, chaquinani*: sendero estrecho, de cabras. <<

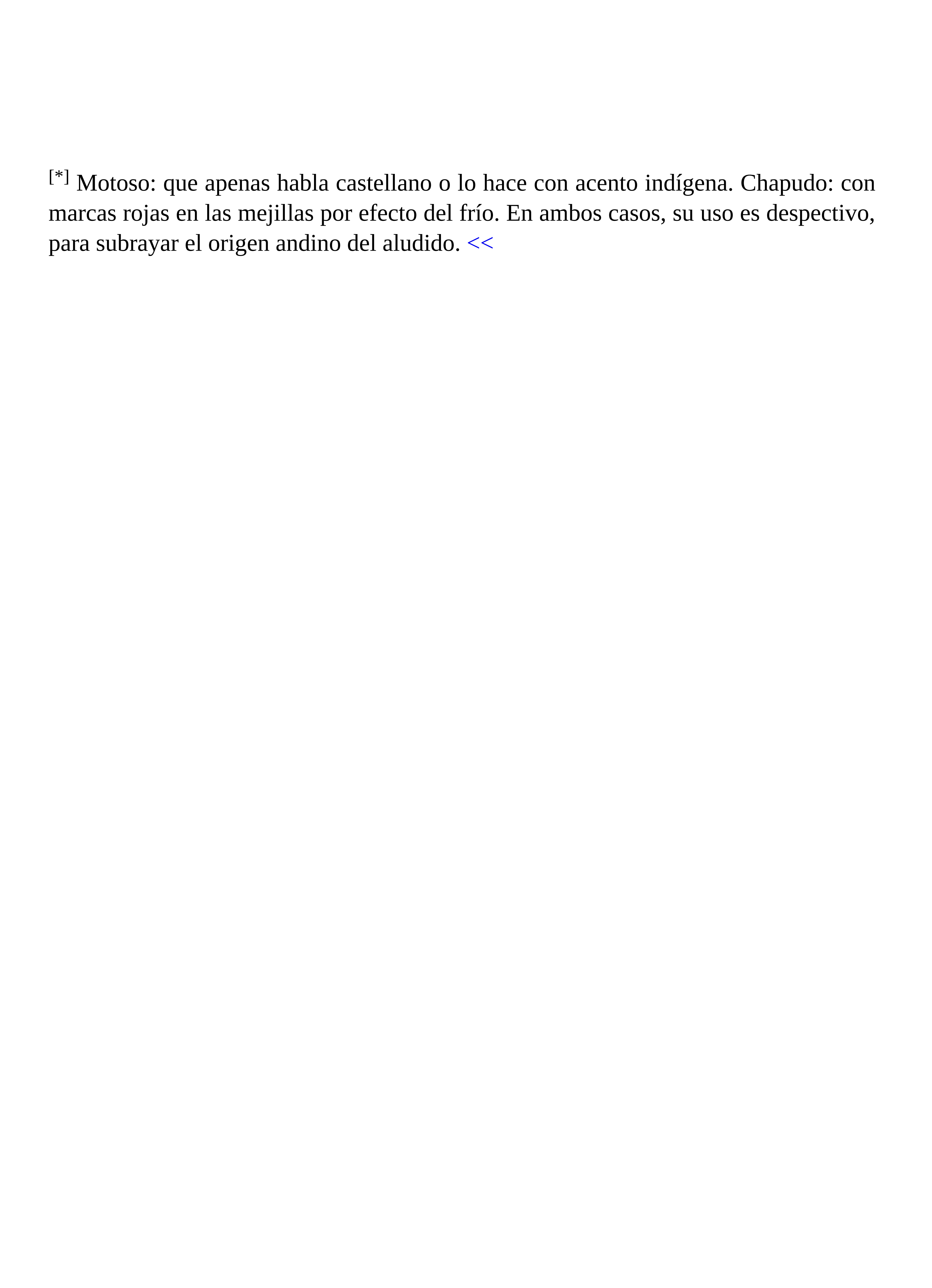


[*] Yareta, llareta: combustible vegetal, hecho de la planta del mismo nombre (*Azorella compacta*). <<



[*] Chasqui: «el que toma alguna cosa», antiguos mensajeros de los incas, un servicio de correo por relevos mediantes quipus. <<

[*] Huacho: solo, huérfano. <<



[*] Motoso: que apenas habla castellano o lo hace con acento indígena. Chapudo: con marcas rojas en las mejillas por efecto del frío. En ambos casos, su uso es despectivo, para subrayar el origen andino del aludido. <<

[*] Kola: bebida estimulante elaborada con semillas del árbol de cola, contenedoras de un alto índice de cafeína. <<

[*] Tambo: posada o tienda pequeña en zonas rurales alejadas. <<

[*] Tapado: tesoro enterrado. <<